

VIAJE, HALLAZGOS Y FORTUNA DE DOS VIAJEROS EUROPEOS DEL SIGLO XVII EN IRÁN. GARCÍA DE SILVA Y PIETRO DELLA VALLE¹

Joaquín María Córdoba
Universidad Autónoma de Madrid

*A Antonio Invernizzi
Con mi admiración y mi más profundo agradecimiento*

ABSTRACT

In the early seventeenth century, two of the most interesting European travellers to the Near East, the Spanish García de Silva y Figueroa and the Italian Pietro della Valle visited the court of Shah Abbas the Great of Iran. Both had a very interest in the monuments and ruins, and the two visited the most interesting ruins of the country, as Persepolis. Pleasant narrators of their experience, the Spanish and the Italian were the first Europeans to highlight interesting aspects of ancient cultures, making significant contributions to the archeology and history of the ancient Near East.

RESUMEN

A comienzos del siglo XVII, dos de los más interesantes viajeros europeos a Oriente, el español García de Silva y Figueroa y el italiano Pietro della Valle, coincidieron en la corte del šāh 'Abbās el Grande de Irán. Ambos tenían un singular interés por los monumentos y las ruinas, y los dos visitaron las más interesantes del país, como Persépolis. Amenos narradores de su experiencia, el español y el italiano fueron los primeros europeos en destacar interesantes aspectos de las antiguas culturas, realizando ambos significativas aportaciones a la Arqueología y la Historia del Oriente antiguo.

KEY WORDS

García de Silva y Figueroa, Pietro della Valle, Persepolis, rediscovery of the ancient Near East

PALABRAS CLAVE

García de Silva y Figueroa, Pietro della Valle, Persépolis, redescubrimiento de Oriente antiguo

En los primeros lustros del siglo XVII, la escena internacional parecía haber alcanzado un cierto equilibrio. Al menos hasta el comienzo de la Guerra de los Treinta Años (1618), Europa viviría una paz relativa. La alianza de los Habsburgo de España (Felipe III, 1598-1621) y el Imperio (Rodolfo II, 1576-1612 y Matías, 1612-1619) por un lado, y por otro la Francia de Enrique IV (1586-1610) y Luis XIII (1610-1643), o la Inglaterra de Jacobo I (1603-1625) aprendían a vivir en paz. Subyacían rivalidades económicas y controversias religiosas, frustraciones políticas y anhelos de revanchas

¹ Agradezco a la Dra. D^a Francesca Baffi, Profesora de Arqueología en la Universidad de Lecce, Directora de la Misión Arqueológica Italiana en Tell Tuqan (Siria), por las aclaraciones hechas a mis dudas sobre algunos conceptos y expresiones propias del lenguaje de Pietro Della Valle y su época. Igualmente, al Dr. Don Francisco Javier Villalba, Profesor de Historia Medieval en la Universidad Autónoma de Madrid, por haberme conseguido la edición completa de los *Viaggi* de P. della Valle, imprescindible para una adecuada redacción de mi trabajo. Eso aparte, aclaro que, en lo esencial, este artículo recoge mi intervención en el Seminario de Roma, coordinado por la Dra. D^a A. M^a Suárez Huerta, cuya invitación agradezco. Eso sí, al redactarlo para su publicación, creo que ha crecido en demasía, acaso por los mil detalles que de la aventura de uno y otro he querido recoger y no he tenido corazón de omitir. Por ello me disculpo ante ella, ante mis compañeros y ante los posibles lectores.

militares, pero con la Tregua Hispano-holandesa de 1612 se impuso la cordura un tiempo. Al fin y al cabo, los estados europeos compartían creencias casi idénticas y valores caballerescos muy cercanos, puestos de relieve por el éxito que iba a alcanzar una gruesa novela española: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Publicada en Madrid en 1605, pronto sería vertida al inglés (1612), al francés (1614) y al italiano (1622)², extendiéndose así la fama y figura de su héroe. Sátira y divertido entretenimiento, la novela de Cervantes era también espejo de valores en los que una buena parte de las sociedades europeas aún creía. Aquellos valores, liderados por el honor y la valentía, eran los que empujaban a no pocos de quienes se lanzaban a la conquista de mundos lejanos, viajaban en busca de fortuna y riquezas por todo el orbe, o luchaban en defensa de su rey en los lejanos escenarios del Mediterráneo Oriental, en las aguas de los océanos Atlántico, Índico y Pacífico, o en los desiertos, selvas y colosales montañas de América. Valores que, a comienzos de aquel siglo, sin duda encendieron también la animosa constancia de un noble español y otro italiano, viajeros ambos por el fabuloso Irán de los safavíes.

Mientras Europa se asentaba en paz, dos grandes imperios de Oriente se observaban y combatían por la hegemonía: la Sublime Puerta otomana y el Irán safaví. Con suerte alterna, los dos se disputaban las regiones orientales de Anatolia, las estribaciones del Cáucaso y las llanuras mesopotámicas, pero uno y otro vivían situaciones internas distintas: los turcos, bajo los sultanes Ahmed I (1603-1617) y Osmán II (1618-1622), se iban deslizándose lentamente hacia una decadencia que, a lo largo del siglo, aún sería frenada algún tiempo gracias al coloso Murad IV (1623-1640)³. Por el contrario, los persas safavíes (1501-1736)⁴, con el brillo y el esplendor creciente de la mítica dinastía, adquirido a lo largo del siglo XVI, en el siguiente iban a alcanzar la cima en todos los órdenes bajo el reinado de ‘Abbās I el Grande (1588-1629)⁵. Comerciantes, embajadores y aventureros dieron noticia de tales acontecimientos a los principales gobernantes europeos, que desde hacía tiempo estaban viendo a Irán como un posible aliado en su secular disputa con el Imperio Otomano.

Y era el caso que a comienzos del siglo XVII, en la primera línea de fuego en Centroeuropa o el Mediterráneo, Viena y Madrid aún enfrentaban la amenaza constante de los turcos y su imperio. El siglo anterior había terminado en tablas. Ni el fracaso de Sulayman ante los muros de Viena en 1529⁶, ni la derrota naval de Lepanto en 1571⁷, bajo el sultán Selim II (1566-1575), habían mermado seriamente el poderío de Estambul. Y aunque en la segunda mitad del siglo se fuera reduciendo todo a combates menores en

² Sobre las primeras traducciones a otras lenguas europeas véase la introducción de Martín de Riquer a su edición de M. de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, edición, introducción y notas de M. de Riquer, Editorial Planeta, S. A., Barcelona, 1980, XVII-XVIII. Como él resume, Thomas Shelton se encargó de la primera inglesa en 1612, en Londres, César Oudin de la primera francesa en París, en 1614, y Lorenzo Franciosini de Castelfiorentino de la primera italiana en Venecia, en 1622. En el mismo siglo, pero algo más tarde, aparecerían las traducciones al alemán y al holandés, y en el XVIII, lejos ya de la época que ahora tratamos, las traducciones al danés, polaco y ruso. Véase igualmente, J. L. Alborg, *Historia de la literatura española. Época barroca*. Editorial Gredos, Madrid 1999, 185-186. Por otro lado, no deja de resultar llamativo que la edición del Instituto Cervantes de 1998 no haga mención alguna al asunto de las tempranas traducciones a otras lenguas. Así, M. de Cervantes.- *Don Quijote de la Mancha*. Edición del Instituto Cervantes, dirigida por F. Rico. Instituto Cervantes - Crítica, Barcelona 1998.

³ J. Sellier y A. Sellier.- *Atlas de los pueblos de Oriente*. Acento Editorial, Madrid 1997, 177.

⁴ R. Savory.- *Iran under the Safavids*. Cambridge University Press, Cambridge 1980.

⁵ R. Savory.- “The Safavid empire at the height of its power under Shāh ‘Abbās the Great (1588-1629)”, en R. Savory.- Op. cit (1980), 76-103. E. Herzog, y W. Floor (eds).- *Iran and the World in the Safavid Age*. Tauris & Co., Ltd., London 2007. S. R. Canby.- *Shah ‘Abbas. The Remaking of Iran*. British Museum, London 2009. Igualmente, *Shah ‘Abbas and the Treasures of Imperial Iran*. The British Museum Press, London 2009.

⁶ K. Schwarz.- “Von Mohacs bis zur ersten Verteidigung Wiens”, en G. Sievernich y H. Budde (eds).- *Europa und der Orient 800-1900*. Bertelsmann Lexikon Verlag, Berlin 1989, 255-259

⁷ R. Cerezo Martínez.- *Las armadas de Felipe II*. Editorial San Martín, S. L., Madrid 1988, 213-131.

Hungría y los Balcanes, o golpes de mano contra las costas de Italia y España, vengados en contraataques por tierra o razzias arriesgadas por mar, emprendidos por gente brava como el famoso capitán Alonso de Contreras⁸, el nuevo siglo no auguraba nada bueno para Europa, en cuanto la Sublime Puerta superara las rencillas internas y las luchas de palacio. Las circunstancias parecían pues acercar los intereses de España e Irán frente a un enemigo común: los otomanos.

Si la situación internacional determinaba pues la coincidencia de objetivos de sus monarcas, la riqueza de Irán, el desarrollo de su comercio y las posibilidades ofrecidas por el *šāh* ‘Abbās atraían hasta su corte a toda suerte de aventureros europeos de la más varia procedencia, condición e intenciones. De los más nada sabemos, de otros muchos sí, por haber sido mencionados en los informes, cartas o relatos escritos por una buena lista de quienes dejaron así recuerdo de su paso por el reino persa. En su monumental catálogo y antología de viajes a Mesopotamia e Irán, Antonio Invernizzi recoge referencias de más de trece viajeros presentes en el Irán del *šāh* ‘Abbās, sujetos todos de nacionalidades muy diversas⁹, que escribieron libros de mayor o menor difusión sobre su viaje hasta allá o del país en el que algunos llegaron a residir bastante tiempo. Naturalmente, no todos los libros son hoy de parejo interés, pero la mayor parte de ellos proporcionan información muy curiosa. Eso sí, de entre todos ellos, los *Viaggi* de Pietro della Valle y los *Comentarios* de García de Silva son, a mi entender, los más ricos en datos, los más amenos y los que más atienden y con mejor juicio a las antigüedades y los monumentos de Irán. Partidos de Europa el mismo año, aunque por razones y con objetivos diferentes, coincidentes ambos en la corte del *šāh* ‘Abbās, los dos iban a hacer sendas y significativas contribuciones a la Historia Antigua de Oriente y a la Arqueología en sus orígenes.

1.- LAS PERSONAS Y LAS CIRCUNSTANCIAS DE SUS VIAJES

El 8 de abril del año 1614, salía de Lisboa una pequeña flota rumbo a Goa. En la nave capitana, *Nuestra Señora de la Luz*, iba el embajador de Felipe III al *šāh* ‘Abbās de Persia, Don García de Silva y Figueroa. Tan sólo dos meses después, el 8 de junio del mismo año zarpaba del puerto de Venecia el *Gran Delfino*, buque en cuyo pasaje iba un noble romano, Pietro della Valle. Seguro que ninguno de ellos sabía del otro ni de su casi simultánea partida, pero el destino y la fortuna había de hacerlos coincidir en su vida y en la historia, por más que sus personas y las causas de sus viajes fueran tan distintas.

El español partía en la estela de una ya densa tradición de intercambios diplomáticos que, desde hacía cierto tiempo, habían ido anudando los intereses de España e Irán. En 1523, el *šāh* Ismā‘īl I (1501-1524) había enviado una carta al emperador Carlos V

⁸ Estimado por Lope de Vega, que le dedicó su comedia *El rey sin reino* -según E. Díez-Echarri y J. M^a Roca Franquesa en su *Historia de la literatura española e hispano-americana*, Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid 1972, 598-, Alonso de Contreras (1582-1641) fue militar aventurero que combatió en todas partes, incluso en operaciones de corsario contra las costas otomanas de Oriente. Sobre el capitán y su obra, véase A. de Contreras.- *Discurso de mi vida*. Introducción y notas de H. Ettinghausen. Editorial Bruguera, Madrid 1983: *Derrotero universal del Mediterráneo*. Estudio preliminar de I. Fernández. Editorial Algazara, S. L., Málaga 1996. El personaje ha inspirado también alguna de las novelas de Arturo Pérez Reverte y de su más famoso personaje, el capitán Alatriste. Así *Corsarios de Levante*. Alfaguara, Madrid 2006.

⁹ A. Invernizzi (ed.).- *Il Genio vagante. Babilonia, Ctesifonte, Persepoli in racconti di viaggio e testimonianze dei secoli XII-XVIII*. Edizioni dell’Orso s.r.l., Alessandria 2005. Vid. 154-235. El autor publica reseñas y textos selectos debidos a 3 viajeros portugueses -Antonio de Gouvea (1597-1620), Gaspar de São Bernardino (1593-1601) y Pedro Teixeira (1603-1605)-, 1 español (García de Silva y Figueroa (1613-1624)-, 4 italianos (Giavan Battista y Girolamo Vecchiotti (1599-1608), Pietro Della Valle (1614-1626) y Filippo Ferrari (1605)-, 3 ingleses -John Cartwright (1600-1601), Anthony Sherley (1598-1601) y Thomas Herbert (1626-1629)-, 1 austriaco -Johan Christoph Tayfel (1587-1591)-, 1 alemán -Heinrich von Poser (1620-1626)- y 1 francés -Pacifique de Provins (1627-1629)-, lo que supone una selección que reúne, con certeza, a algunos de los más interesantes autores de toda la literatura europea de viajes a Oriente.

y al rey Luis II de Hungría¹⁰, y en 1529, el emperador le mandó otra a su vez, proponiendo la alianza contra el turco. Pero su misiva alcanzó la corte iraní cuatro años después de la muerte del *šāh*. No obstante, los motivos para buscar la alianza subsistieron, e incluso se reforzarían aún más a fines del siglo, motivando entonces un intenso intercambio de enviados durante los reinados de Felipe II y Felipe III. La historia de esta relación diplomática ha sido tan minuciosamente tratada por Luis Gil Fernández, que nada se puede añadir a cuanto él ha expuesto en dos apasionantes volúmenes¹¹ a los que me remito. Por parte española había ahora dos razones de peso: la posible alianza contra el turco, primer y más viejo motivo, y, desde que Felipe II recibiera la corona de Portugal en 1582, la perentoria defensa del imperio luso en las costas de la India, Arabia y las islas cercanas a Irán. Para el *šāh*, las razones eran parejas: su perenne disputa contra los otomanos en la frontera occidental de su imperio¹² -que aconsejaba una alianza con quienes pudieran presionar a los turcos en sus dominios europeos o mediterráneos-, pero también las colonias portuguesas, tan próximas a su área de interés nacional, que imponían sutiles equilibrios en una época que, para Irán, era de expansión y afirmación territorial de su imperio.



Fig. 1. En el Escorial se fechan las instrucciones dadas a Don García de Silva y Figueroa (grabado de J. Höfnagel, en la primera edición del *Civitates orbis terrarum*. En *Ciudades del Renacimiento*, h. f. ullmann 2008, 8)

¹⁰ R. Savory.- Op. cit. (1980), 108.

¹¹ L. Gil Fernández.- *El Imperio luso-español y la Persia safávida. Tomo I (1582-1605)*. Fundación Universitaria Española, Madrid 2006.; *El Imperio luso-español y la Persia safávida. Tomo II (1606-1622)*. Fundación Universitaria Española, Madrid 2009.

¹² R. Savory.- Op. cit. (1980), 85. En 1590 había tenido que ceder a los turcos, mediante oportuno tratado que al menos le permitía una paz temporal en el oeste, varias regiones de las estribaciones del Cáucaso y el Azerbaiján.

Los nuevos contactos tendentes a consolidar una alianza se iniciaron esta vez a mediados del siglo, en 1556, cuando el emperador Maximiliano II (1527-1576), que “*recibió de lleno ... la presión del turco*”¹³, resolvió mandar una embajada a Irán y lo puso en conocimiento de Felipe II de España (1527-1598). Los dos parientes acordaron enviar una carta, con el apoyo y connivencia del rey de Portugal y sobrino de Felipe, Don Sebastián de Portugal (1554-1578), pero circunstancias diversas interrumpirían la preparación. Años después, la victoria de Lepanto ofreció una óptima ocasión, y a iniciativa esta vez de Don Sebastián, Felipe II preparó nuevas cartas para acompañar la embajada de su sobrino. Pero esta embajada, según parece, tampoco alcanzó sus objetivos¹⁴, al igual que otros esfuerzos posteriores. Rey de Portugal desde 1581 y hasta el fin de su reinado, Felipe II fue consciente del alto interés que tanto para la gran estrategia de su imperio universal como para los asuntos de la India portuguesa y las costas de Arabia tenían las relaciones con el Imperio safaví. L. Gil Fernández recuerda sus reiteradas cartas a los virreyes de la India, requiriéndoles el envío de embajadas de alcurnia al *šāh* o insistiendo en la importancia de mantener la amistad con él y “*continuando com ela como cousa que tanto importa*”¹⁵, en 1594, 1596 y 1598, esta última el mismo año de su muerte.

El caso es que, como se insinúa más arriba, las derrotas sufridas por el *šāh* ‘Abbās, y el lesivo tratado de 1590 le instaron a buscar apoyos contra los turcos en Europa. El momento se prestaba a ello, pues con la paz en Oriente, el visir otomano Sinan Pachá comenzó su larga guerra (1593-1606) contra el imperio¹⁶. Además, en 1598, la rebelión del príncipe de Georgia, Simeón Kartli, acababa de abrirle a los turcos un nuevo e inesperado frente. Por aquellos años llegaron a la corte de Irán dos hermanos y aventureros ingleses en busca de fortuna, Anthony y Robert Sherley¹⁷, que tanto tendrían que ver con España entonces y en el futuro. Coincidieron allí con el fraile agustino Nicolás de Melo, que preparaba su marcha a Roma: entonces Anthony, que “*se hacía pasar por enviado de los príncipes de Occidente*”¹⁸, tuvo una idea: que el fraile agustino se presentara ante el *šāh* como delegado del papa y del rey de España, y ambos instarían al monarca a enviar una embajada en busca de alianza. Nació así la conjunta del noble persa Husayn ‘Alī Beg y Sir Anthony Sherley¹⁹, que salió para Europa el 9 de julio de 1599. Larga y llena de acontecimientos a cual más curioso, la embajada alcanzó la corte de Felipe III en Valladolid el 13 de agosto de 1601, y Husayn ‘Alī Beg transmitió los deseos de su señor: que un embajador del rey de España le acompañara a su vuelta, y que se corrigieran los abusos de Ormuz para con el comercio persa²⁰. Tras múltiples avatares y nombrado embajador ante el *šāh*, Don Luis Pereyra de la Cerda, el enviado persa marchó a Lisboa “*con el buen recuerdo de los miramientos que con él y los suyos se habían tenido, pero con*

¹³ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2006), 57.

¹⁴ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2006), 67-69.

¹⁵ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2006), 78.

¹⁶ K. Schwarz.- “Von Friedensschluss des Jahres 1547 zum langen Türkenkrieg (1593-1606), en G. Sievernich y H. Budde (eds.).- Op. cit. (1989), 267-269.

¹⁷ A. Invernizzi.- Op. cit. 2005), 164-165. Particularmente Anthony Sherley (1565-1636), que terminó sus días en España y plenamente integrado en el estado y al servicio del rey, ha generado una larga serie de estudios. Los capítulos que le dedica L. Gil Fernández son excelentes. Véase L. Gil Fernández.- Op. cit. (2006), capítulo III: “La embajada de Husein Ali Beg y Antonio Sherley”, 79-142 y capítulo IV, “Antonio Sherley al servicio de España”, 143-253. Véanse también los estudios de Á. Alloza y M. Á. de Bunes en A. Sherley.- *Peso de todo el mundo (1622), Discurso sobre el aumento de esta monarquía (1625)*. Edición y estudios de Á. Alloza, M. Á. de Bunes y J. A. Martínez Torres. Ediciones Polifemo, Madrid 2010. Así, Á. Alloza Aparicio, “Sir Anthony Sherley”, 15-45; M. Á. de Bunes Ibarra, “Antonio Sherley, un aventurero al servicio de Felipe III”, 47-68.

¹⁸ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2006), 80.

¹⁹ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2006), 79-142. Igualmente, C. Alonso.- “Embajadores de Persia en las cortes de Praga, Roma y Valladolid (1600-1601)”, *Anthologica Annua* 36 (1989), 11-271.

²⁰ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2006), 128.

la enorme amargura de ver la defección de su propio sobrino Ali Guli Beg²¹, que convertido al cristianismo tomaría el nombre de Juan de Persia. La estancia en Lisboa resultó algo problemática por la desordenada vida del embajador, asunto que causó no pocos disgustos al virrey, Don Cristóbal de Moura. Pero finalmente se embarcó para Goa el 16 de marzo de 1602, contento con su embajada y el trato recibido. Mas a su llegada a la cabeza del imperio luso en la India, Husayn ‘Alī se “encontró con la sorpresa de que la fortaleza de Comorán, frontera a la isleta de Ormuz en tierra firme, estaba sitiada por los persas”²². Con deseos de solucionar el problema se puso en marcha hacia Isfahán, acompañado del padre Antonio de Gouvea, agustino portugués de larga permanencia en Irán, muy activo en los asuntos diplomáticos entre ambos reinos²³.

En espera de la llegada del embajador de Felipe III, Don Luis Pereyra de la Cerda, que no había podido embarcarse en la flota del año 1602, los padres agustinos de Isfahán, sobre todo fray Antonio de Gouvea, tomaron varias iniciativas para asegurar su misión en Isfahán y animar la relación con el *šāh*²⁴. Por fin, tras largo viaje, Pereyra de la Cerda llegó a presencia de ‘Abbās el 10 de octubre de 1604, en pleno campo de batalla contra los turcos²⁵. Las gestiones no debieron dar fruto alguno, y Felipe III se quedó insatisfecho, a la espera de un nuevo embajador persa. Pero no habría misiones de relieve hasta la de Roberto Sherley, que con una vaga misión de animar a los príncipes cristianos a unirse contra los turcos, salió de Irán el 2 de febrero de 1608, alcanzando Madrid el 22 de enero de 1611. La desconfianza que rodeaba su embajada, sus mismas gestiones y la indecisión de la corte española la harían inútil²⁶. Otro tanto habría de suceder con la que en primavera de 1609 fuera enviada por el *šāh*, e integrada por su embajador Danguis Beg y fray Antonio de Gouvea: proponía de nuevo la guerra contra el turco, desviar el comercio de la seda por Ormuz y la vía marítima, y favorecer aún más la actividad religiosa católica en su reino con los armenios y otros cristianos orientales²⁷. Al no haber acuerdo sobre la persona que había de ir como embajador de Felipe III, acompañando la vuelta del enviado del *šāh*, se entregaron cartas a fray Antonio, aunque la sensación de que la embajada no había alcanzado sus objetivos le costaría muy caro a Danguis Beg²⁸. Mientras esto sucedía, en España se preparaba, por fin, la embajada de calidad y con poderes que el *šāh* ‘Abbās llevada demandando hacia tiempo: el elegido iba a ser, García de Silva y Figueroa.

Felizmente, la persona y la obra de Don García de Silva y Figueroa (1570-1624) han merecido en los últimos veinte años una larga serie de publicaciones, pues la excelente edición príncipe de su gran manuscrito a comienzos del siglo XX, apenas sí produjo secuela posterior alguna²⁹. Pero a partir de finales de los ochenta, la edición primera de su epistolario³⁰ siguió pronto un detallado estudio de su persona y su viaje a Irán³¹, así como

²¹ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2006), 136. Sobre este personaje, autor de unas curiosas *Relaciones de Don Juan de Persia* (Valladolid, 1604), véase J. Gil Fernández.- “Tras las huellas de don Juan de Persia y otros persas”, *Silva: estudios de humanismo y tradición clásica* 2 (2003), 111-130. También, A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 168.

²² L. Gil Fernández.- Op. cit. (2006), 142.

²³ A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 158-160.

²⁴ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2006), 255-288.

²⁵ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2006), 288-295.

²⁶ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 121-169.

²⁷ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 171-222.

²⁸ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 217-218.

²⁹ G. de Silva y Figueroa.- *Comentarios de D. García de Silva y Figueroa de la embajada que de parte del rey de España Don Felipe III hizo al Xa Abas de Persia*. Edición y prólogo de M. Serrano Sanz. Sociedad de Bibliófilos Españoles, 2 volúmenes, Madrid 1903 y 1905.

³⁰ L. G. Fernández (ed.).- *G. de Silva y Figueroa. Epistolario diplomático*. Edición y estudios preliminares de L. Gil Fernández. Institución Cultural “El Brocense”, Cáceres 1989.

³¹ C. Alonso.- *D. García de Silva y Figueroa. Embajador en Persia*. Diputación Provincial de Badajoz, Badajoz 1993.

una buena serie de artículos en múltiples publicaciones³². Luego, la monumental obra de L. Gil sobre el imperio luso-español³³ ha venido a culminar, precisamente, con la persona y la obra del embajador. La ya bien asentada evidencia del notable papel que jugó en múltiples aspectos de la historia y la cultura de la época explican, por ejemplo, que en su antología de viajeros a Oriente, A. Invernizzi dedique al español una buena cantidad de páginas³⁴, que se recoja su persona y su obra en exposiciones dedicadas al viaje y la historia de la investigación sobre el Oriente Próximo antiguo³⁵, que se procuren ediciones de su obra dirigidas a un amplio público³⁶ y, en fin, que la Universidad Nueva de Lisboa esté preparando una exquisita edición anotada y completa de su libro, que por el momento ha sacado a la luz un magnífico volumen de estudios³⁷, entre los que se lee una nueva biografía de García de Silva³⁸. Así pues, habida cuenta de la relativa difusión actual de su persona y vida, y considerando los objetivos concretos de este estudio, me cumple ofrecer aquí tan sólo una aproximación a su figura, las causas de su elección y su viaje, para centrarme en sus aportaciones al redescubrimiento de la Antigüedad.

Era noble por familia, pero su alta condición nobiliaria es evidente en sus actos, en la consideración que le concedía la corte española y en la elección que de él se hizo para embajada tan especial. Así se ha reiterado en distintas ocasiones³⁹, pero recientemente, L. Gil ha dado a conocer un documento del Archivo General de Simancas en el que García de Silva se declaraba nieto de Don García de Toledo, ayo de Carlos V cuando era príncipe, e hijo de Don Lorenzo Suárez de Figueroa⁴⁰, que sirvió al emperador en distintas campañas militares, desde Túnez a Alemania. En reseñas biográficas de presunta solvencia⁴¹ se decía que había prestado servicio militar en Flandes. Bien es cierto que M. Serrano Sanz, en su pionera edición de los *Comentarios* (1903), se hizo eco sólo de una carrera civil⁴², y si la actividad militar se ha recordado en alguna obra posterior⁴³, no parece concedérsele hoy valor especial. Verdad es que a lo largo de su viaje, Don García demostró valor combativo, capacidad para organizar una defensa y fundamentados juicios críticos en fortificaciones y

³² J. M^a Córdoba.- “Algunas notas sobre Don García de Silva y el descubrimiento del Oriente a comienzos del siglo XVII”, en J. Mangas y J. Alvar (ed.).- *Homenaje a José M^a Blázquez*. Ediciones Clásicas, Madrid 1994. Volumen I, 353-360: “Un caballero español en Isfahán”, *Arbor* 711-712 (2005), 645-669: “Don García de Silva y Figueroa y el redescubrimiento de Irán”. En J. M^a Córdoba y M^a C. Pérez Díe (eds.).- *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*. Ministerio de Cultura, Madrid 2006, 89-97. J. M^a Córdoba y M. Mañé.- “An early reference to the 3rd millennium graves at Oman. Questions on a Spanish manuscript of the 17th century”, *ISIMU* 10 (2007), 29-48.

³³ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 251-358.

³⁴ A. Invernizzi.- “García de Silva y Figueroa (1570-1624). (1613-1624)”, en A. Invernizzi (ed.).- Op. cit. (2005), 205-221.

³⁵ El año 2006 tuvo lugar en el Museo Arqueológico Nacional, en Madrid, una exposición sobre viajeros españoles a Oriente, las primeras colecciones museísticas y las excavaciones españolas en Oriente. Con tal ocasión, la persona y la obra del embajador García de Silva fue oportunamente destacada y estudiada. Así, J. M^a Córdoba, M^a C. Pérez Díe (eds.).- Op. cit. (2006), 89-97 y 188-191.

³⁶ G. De Silva y Figueroa.- *Comentarios*. Edición, introducción y notas de J. M^a Córdoba. Miraguano, S. A., Ediciones, Madrid (*documentum in itinere*)

³⁷ R. M. Loureiro y V. Rosende (coord.).- *Estudos sobre Don García de Silva y Figueroa e os «Comentarios» da embaixada à Pérsia (1614-1624)*. Universidade Nova de Lisboa, Lisboa 2011.

³⁸ L. Gil Fernández.- “Biografía de don García de Silva y Figueroa”, en R. M. Loureiro y V. Rosende (coord.).- Op. cit. (2011), 1-59.

³⁹ C. Alonso.- Op. cit. (1993), 21. L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 243.

⁴⁰ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2011), 9-10.

⁴¹ “Silva y Figueroa, Don García”, *Enciclopedia Ilustrada Hispano-Americana Espasa*, Vol. 56, 263.

⁴² M. Serrano Sanz.- “Advertencia”, en G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), V-XVIII. Vid. VI.

⁴³ C. Alonso.- Op. cit. (1993), 22. Dice literalmente el autor, que “antes de esa fecha habría sido -según informadores incontrolados- paje de Felipe II, habría estudiado derecho en Salamanca y habría servido en las guerras de Flandes, donde le ascendieron a capitán”.

navegación que superan los de un culto comentarista no perito⁴⁴. Mas lo cierto es que, como destaca L. Gil Fernández, remitiéndose al documento de Simancas, cuando hizo relación de sus servicios al rey, el embajador sólo se refirió a haber sido corregidor de Jaén, Toro y Badajoz⁴⁵. Sus obras muestran que estaba en posesión de una gran cultura, que era experto en geografía, historia, astronomía y navegación, aficionado a la pintura, buen lector, que hablaba o entendía bien lenguas antiguas y modernas. Es decir, que había recibido una educación esmerada y que era persona erudita y devota del saber y de los libros. En 1609 fue consultado por el Consejo de Estado y el mayordomo mayor de Felipe III, dada su condición de geógrafo y cosmógrafo reputado, sobre el supuesto hallazgo de una vía de navegación septentrional de enorme importancia: con argumentos precisos, él supo desentrañar la superchería⁴⁶. Mantuvo estrechos contactos con humanistas reconocidos de España y Portugal, como el luso Vicente Nogueira, amigo suyo y notable humanista y bibliófilo⁴⁷, que le regalaría un excelente lote de libros para que le acompañasen en su largo viaje a Irán. Noble pues de alcurnia, al par que humanista, cosmógrafo, hábil organizador y administrador, a mediados del año 1610, cuando acababa de dejar su cargo de corregidor de Badajoz, y probablemente buscaba en la corte nuevo empeño -dado que además, y según parece, desde hacía tiempo era miembro de la muy selecta Real Cámara⁴⁸-, su nombre salió a colación cuando se intentó mandar de vuelta a Irán, con Robert Sherley, a un alto embajador del rey. En su informe y propuesta de 19 de julio, el Consejo de Estado daba las razones que avalaban la candidatura de Don García de Silva: teniendo en cuenta la dificultad de la gestión, dado que *“las calidades que deben concurrir en quien hubiere de ir a Persia son muchas y difíciles de hallar en sólo una persona, porque ha de tener noticia de aquellas partes, mucha inteligencia para penetrar si el Rey de Persia nos quiere descuidar y acometer a Ormuz, alguna plática en materia de fortificaciones”*, se concluía que quien poseía las virtudes requeridas era *“Don García de Silva y Figueroa, que acaba de ser corregidor de Badajoz, habiendo servido en otros oficios, cuya calidad es conocida. El apellido es portugués y trata entre ellos con familiaridad. Es de los mayores cosmógrafos que hay, muy leído en historias portuguesas, y tan conocedor de las cosas de Persia, que los mismos persianos convertidos no las saben”* ... *“Y no es casado ni tiene casa que le estorbe”*⁴⁹. Así que por una vez, la necesidad, la virtud demostrada y la disponibilidad manifiesta parecían coincidentes, pero la confirmación final y la partida irían por caminos mucho más complejos de lo esperado.

El primer problema sería la condición castellana y no portuguesa del enviado⁵⁰, toda vez que la primera idea de enviar uno de cada nación no satisfizo a los lusos, aunque ninguno de los portugueses propuestos aceptara la comisión. El segundo problema era concertar la retribución y los gastos del embajador y la embajada misma, y el tercero, reunir los regalos que éste había de llevar al *šāh* ‘Abbās en nombre del rey de España, cuidando evitar la cicatería y cortedad con la que se dotó la embajada de Luis Pereira de la Cerda en 1602⁵¹. Aceptado Silva como único embajador, definidos los costes y pagos del embajador y su misión, reunidos en fin todos los regalos⁵², Don García dejó la corte a

⁴⁴ J. M^a Córdoba.- Op. cit. (2005), 649.

⁴⁵ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 245; Op. cit. (2011.a), 9 y 15.

⁴⁶ M. Serrano Sanz.- Op. cit. (1903), XII. L. Gil Fernández.- Op. cit. (2011), 12-13.

⁴⁷ J. Gil.- “D. García de Silva y D. Vicente Nogueira”, en R. M. Loureiro y V. Rosende (coord.).- Op. cit. (2011.b), 411-450.

⁴⁸ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2011.a), 19.

⁴⁹ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2011.a), 21. Es el documento AGS E 1811 sf.

⁵⁰ C. Alonso.- Op. cit. (1993), 51.

⁵¹ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 247.

⁵² L. Gil Fernández.- Op. cit. (1989), 290-292. C. Alonso.- Op. cit. (1993), 63-64. C. Alferes Pinto.- “Presentes ibéricos e “goeses” para ‘Abbas I: A produção e consumo de arte e os presentes oferecidos ao Xá de Pérsia por D. García de Silva y Figueroa e D. frei Aleixo de Meneses”, en R. M. Loureiro y V. Rosende (coord.).- Op. cit. (2011), 245-278.

finales de febrero de 1614, zarpando por fin rumbo a Goa el 8 de abril. Comenzaba así la última aventura de su vida. No podía saber, desde luego, que mientras él navegaba por alta mar, un noble italiano salía a su vez del puerto de Venecia, camino de su mismo destino en Irán.

Y así era pues, como escribiría el mismo noble romano con indudable sesgo literario, “*al despuntar la aurora*” del domingo 8 de junio de 1614, zarpó del puerto veneciano de Malamacco, embarcado en el fuerte galeón de guerra *Grand Delfino*⁵³. Si como vamos a ver, las razones que le impulsaron a emprender el viaje fueron diversas, pero un tanto caprichosas y fantaseadas, lo cierto es que desde hacía siglos, muchos otros italianos habían transitado ya por todas las rutas de Oriente. Cuando en el siglo X volvió a hacerse posible la navegación mediterránea, las ciudades italianas de Génova, Pisa o Venecia tornaron a visitar los puertos de Siria, Palestina o Egipto. Al principio eran comerciantes sobre todo, pero pronto irían además embajadores, religiosos o, simplemente, aventureros, que cada vez serían más numerosos a partir del siglo XII. Las historias del viaje o las antologías de documentos guardan memoria de su paso y sus libros⁵⁴, y la verdad es que los antecesores de Pietro della Valle fueron muchos y muy ilustres. El primero del que se tiene noticia sería un religioso franciscano, fray Giovanni di Pian di Carpine (c. 1182-1252), enviado por el papa Inocencio en 1245, para que entablara contacto con el *jan* de los mongoles⁵⁵. Su *Historia mongolorum* abrió a la curiosidad erudita las estepas de Asia Central y las costumbres de aquellos que entonces eran azote del Islam y esperanza de la Cristiandad. Tras él vendría Marco Polo (1254-1324), el gran comerciante y viajero veneciano⁵⁶, que recorrió el Oriente Próximo y Lejano donde residió tanto tiempo (1271-1295), cuyas experiencias trasladaría a un libro justamente célebre⁵⁷, pronto difundido por todas partes. Luego, otros religiosos llenarían la lista de viajeros y escritores sobre Oriente: así, el dominico Ricoldo Pennini (1243-1320) -enviado por el papa Honorio IV, que entre 1288-1301 pasó por Palestina, Siria, Turquía y Mesopotamia⁵⁸-, fray Odorico Mattiussi da Pordenone (1265/1274-1331) -misionero en Oriente y China (1318-1330), uno de los primeros en visitar las ruinas de Persépolis⁵⁹- y, en fin, el noble florentino, franciscano luego, fray Giovanni de Marignolle (1290-1359), enviado a China en dos ocasiones (1338 y 1342) por los papas Benedicto XII e Inocencio VI, que llegó a ver el Mar Negro, Asia Central y el desierto de Gobi, India y Ceilán, el Golfo Pérsico, Mesopotamia, Siria y Palestina, regiones de las que escribió historias y descripciones en un *Chronicon*⁶⁰. Ya en el siglo XIII, los comerciantes se volverían más activos: uno de ellos sobre todos, el veneciano Nicolò de' Conti (1395-1469)⁶¹, que activo en Damasco y

⁵³ P. Della Valle.- *Viaggi*, 2.

⁵⁴ A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 67-192.

⁵⁵ J. Gil.- *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*. Alianza Editorial, S. A., Madrid 1993, 71-77. Además -véase, 158-249-, el autor publica el texto completo de la obra de Fray Giovanni. También, véase A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 76.

⁵⁶ J. Larner.- *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*. Ediciones Paidós Ibérica, S. A., Barcelona 2001. También, A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 78-79.

⁵⁷ M. Polo.- *Milione. Versione Toscana del Trecento*. Edición de V. Bertolucci Pizzorusso. Adelphi, Milano 1982. Una edición española: *El libro de las maravillas*. Edición de M. Armiño. Ediciones Gereaes Anaya S. A., Madrid 1984.

⁵⁸ R. Pennini.- *Itinerario ai paesi orientali*. Edición de V. Fineschi, Firenze 1793. A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 79.

⁵⁹ H. Sancisi-Weerdenburg.- “Introduction. Through travellers’ eyes: the Persian monuments as seen by European travellers”, en H. Sancisi-Weerdenburg y J. W. Drijvers (eds.).- *Achaemenid History VII. Through Travellers’ Eyes. European Travellers on the Iranian Monuments*. Nederlands instituut voor het Nabije Oosten, Leiden 1991. 1-35. A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 81-82.

⁶⁰ A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 83-84.

⁶¹ F. Surdich.- “Conti, Niccolò de”, en *Dizionario Biografico degli Italiani*. Istituto Della Enciclopedia Italiana, vol. 28, Roma 1983, 457-460. A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 88-89. Con Niccolò de’ Conti se relaciona un curioso viajero español, Don Pero Tafur, en un supuesto encuentro entre ambos. Sobre este tema

habiendo aprendido el árabe, se marchó al interior en busca del origen de las especias, pasando por Mesopotamia, el Golfo Pérsico, India, Birmania, Sumatra y volviendo tras largos años (1414-1439) a Europa por el Mar Rojo y Egipto. En Roma, Poggio Bracciolini, secretario del papa Eugenio IV, tomó nota de sus aventuras y redactó un texto famoso⁶². Más tarde, ya en el siglo XV tenemos a otro noble veneciano, Giosafat Barbaro (1413-1494), esta vez embajador y, como su compatriota de dos siglos después, nuestro Pietro del Valle, interesado por las ruinas de Persépolis. Tras varias misiones por Oriente, en 1472 fue enviado por la Serenísima en busca de una alianza contra los turcos, al entonces hombre fuerte de Irán, el turcomano Ūzūn Hasan⁶³, aunque sin éxito. Pero él aprovechó el viaje para conocer lugares tan dispares y lejanos entre sí como Ormuz o Basra, Sultaniya y Persépolis, dejando recuerdo de todo en un libro curioso⁶⁴. Normalmente se le cita -si dejamos aparte la sencilla referencia de Odorico Mattiussi da Pordenone-, como el primer europeo que escribió de Persépolis, Naqs-i Rostam y Pasargada, tanto de las ruinas aqueménidas como de los relieves sasánidas⁶⁵. También en el siglo XVI podría llamarse antecesor de Pietro della Valle, por la mera razón de que sólo la curiosidad le llevó hasta tierras lejanas, a su compatriota Luigi Roncinotto⁶⁶. Comerciante durante cierto tiempo en Levante, en 1529 quiso conocer tierras más lejanas aún, y atraído por los relatos de los viajes y hallazgos portugueses, marchó por el Mar Rojo, Yemen, el Golfo Pérsico, la India portuguesa y Sumatra, volviendo luego por Persia y Mesopotamia en 1532.

En fin, en el mismo siglo, otros cinco viajeros italianos señalaron el camino que iba a seguir muy pronto Pietro della Valle. El primero sería Benedetto Ramberti, secretario de la Señoría de Venecia, que por razón de su cargo hizo al menos un viaje a Oriente, del que legó un libro original y variado: *Delle Cose de Turchi* (Venezia, 1541)⁶⁷. Un poco después tenemos al comerciante Cesare Federici (1530-1602), que entre los años 1563 y 1581 viajó desde Venecia hasta la India y Birmania. A. Invernizzi dice de él que fue el primer europeo que describió con detalle el itinerario de Aleppo hasta el Golfo Pérsico. Estuvo en Goa, Ceilán, Malaca y sufrió naufragios y desgracias en la peligrosa navegación del Océano Índico. Pero además de eso, fue un notable observador, que en la consideración de las ruinas antiguas estaba más atento a lo que veía que a las leyendas bíblicas, introduciendo indicaciones que “muestran una aguda percepción de la realidad, incluso técnica, de las ruinas”⁶⁸. El tercero de los viajeros del *Cinquecento* fue Gasparo Balbi (1550-1621/5), igualmente veneciano, comerciante de piedras preciosas, que marchó a Siria en 1576. Estando allí, junto con otros comerciantes, en diciembre de 1579 viajó a Bagdad, siguiendo la misma ruta que Cesare Federici. Luego continuó hasta Basra, Ormuz y la India, tornando por el mismo camino a Venecia en 1588. Su libro, *Viaggio del'Indie Orientale* (Venecia, 1590), no tuvo excesiva difusión en su patria, pero sí en Europa, gracias a su traducción al alemán (1605) y al latín (1606). Se dice que fue el primero en citar ruinas

véase, en este mismo volumen: F. J. Villalba.- “El encuentro de Pero Tafur y Nicolò dei Conti”, *ISIMU* 14 (2011), 151-164.

⁶² P. Bracciolini.- *De l'Inde. Les voyages en Asie de Niccolò de' Conti. De varietate fortunae. Libro IV*. Edición, traducción y comentario de M. Guéret-Laferté. Brepols Publishers n.v., Turnhout 2004.

⁶³ S. H. R. Khezri y otros. *Persia. Cuna de civilización y cultura*. Almuzara 2011, 75.

⁶⁴ “Viaggio del Magnifico Messer Iosaphat Barbaro Ambasciatore della Illustrissima Republica di Venezia alla Tana” y “Viaggio dello istesso Messer Josaphat Barbaro in Persia”, en *Viaggi fatti da Vinetia, alla Tana, in Persia, i India, et in Constantinopoli*. Aldus Manuzio, Vinegia 1543.

⁶⁵ H. Sancisi-Weerdenburg.- “Introduction. Through travellers' eyes: the Persian monuments as seen by European travellers”, en H. Sancisi-Weerdenburg y J. W. Drijvers (eds.).- Op. cit. (1991), 3-4. A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 99-100.

⁶⁶ A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 107.

⁶⁷ A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 109-110.

⁶⁸ U. Tucci.- “Federici (Fedrici, De Federici, dei Fedrici), Cesare”, en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Istituto Della Enciclopedia Italiana, vol. 45, Roma 1995, 616-620. A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 122-123.

tales como la ciudad de Zenobia o el nombre correcto de Ctesifonte⁶⁹. Y en fin, los viajeros italianos más próximos a Pietro della Valle serían los hermanos Giovan Battista (1522-1619) y Girolamo (1557-1640) Vecchietti, florentinos. El primero se apasionó por las letras y la filosofía, aprendiendo además árabe y persa. En 1584, el papa Gregorio XIII le encomendó una misión junto al patriarca de Alejandría -empujar a la guerra contra el turco-, pero muerto el patriarca tuvo que marchar a Irán con el mismo encargo. Vuelto a Europa por Goa y Madrid, informó a Felipe II de las debilidades de los persas ante los turcos. En 1603 decidió probar fortuna con el comercio, y junto con su hermano Girolamo partió en 1605 hacia Mesopotamia e Irán, a donde llegaron ambos en 1607. La fortuna no les fue propicia. Tras avatares sin cuento, los hermanos tuvieron que separarse, reencontrándose mucho después en su patria, y habiendo vivido enormes vicisitudes. Tantas fueron las penalidades que Giovan murió prematuramente. Más tarde, los viajes y aventuras de ambos serían narrados por Girolamo en una breve relación, *Lettera di Girolamo Vecchietti a N. N. sopra la vita di Giovambattista Vecchietti suo fratello* (Venecia, 1776)⁷⁰.

Así que es obvio que cuando nuestro ilustre noble romano pensó marcharse a Oriente, tras él tenía una larga serie de compatriotas de cuantas profesiones y condiciones sociales quepa imaginar, desde ricos comerciantes, poderosos embajadores y notables aventureros a modestos transportistas y sencillos frailes. Muchos no habían dejado más recuerdo que sus charlas con los amigos o los colegas, pero otros habían escrito libros, relaciones o informes conocidos por la gente culta. Y Pietro della Valle⁷¹ era un hombre excepcional. Nació en la Ciudad Eterna, el 11 de abril del año 1586⁷², hijo de Pompeo della Valle y Giovanna Alberini. Era por tanto miembro de las más nobles e ilustres familias romanas, con varios cardenales entre sus miembros, como Rustico della Valle, cardenal bajo Honorio II (1216-1227) y Andrea della Valle, poderoso cardenal bajo los pontificados de los papas León X (1513-1521), Adriano VI (1522-1523) y Clemente VII (1523-1534). El palacio familiar estaba muy cercano a la iglesia de Santo Andrea della Valle, en la entonces *Via Papale*, hoy *Corso Vittorio Emanuele*⁷³. Era una fastuosa morada

⁶⁹ A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 136-137.

⁷⁰ U. Tucci.- “Una relazione di G. B. Vecchietti sulla Persia e nel regno di Hormuz”, *Oriente Moderno*, (1955), 149-160. A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 169-170.

⁷¹ I. Ciampi- *Della vita e delle opere di Pietro Della Valle il Pellegrino*. Tip. Barbéra, Roma, 1880. R. Amalgia, “Per una conoscenza piu completa della figura e del’opera di Pietro Della Valle”, *Rendicontidell’Accademia Nazionale dei Lincei*, Classe di scienze morali, storiche e filologiche, ser. 8/6, (1951), 375-381. E. Rossi, “Pietro Della Valle orientalista romano (1586-1652)”, *Oriente Moderno* 32, (1953), 49-64. C. Micocci y S. La Via.- “Della Valle, Pietro” en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Istituto Della Enciclopedia Italiana, vol. 37, Roma 1989, 764-771. A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 193-204.

⁷² En una especie de prólogo -sin paginar- a la segunda edición -Pietro Della Valle.- *Viaggi di ... il Pellegrino ... divisi in tre Parti. Cioè, la Turchia, la Persia et l’India, co’l ritorno in patria*. Roma MDCLXII- Giovanni Pietro Bellori escribe una “Vita di Pietro Della Valle il Pellegrino”. Me remito a varios de los datos allí reunidos. La edición completa y que voy a usar es la siguiente: *Viaggi di Pietro della Valle il Pellegrino Con minuto ragguaglio Di tutte le cose notabili osservate in essi, Descritti da lui medesimo in 54. Lettere familiari, Da diversi luoghi Della intrapesa peregrinatione, Mandate in Napoli All’erudito, e fra’ più cari, da molti anni suo Amico Mario Schipano, Divisi in tre parti, cioè La Turchia, la Persia, e l’India, Le quali havran per Aggiunta, Se Dio gli darà vita, la quarta Parte, Che conterrà le figure di molte cose memorabili, Sparse per tutta l’Opera, e la loro esplicatione*. Roma, Apresso Vitale Mascardi 1650, 1658 (2) y 1663, en cuatro volúmenes. Aprovecho la generosidad de la Biblioteca del Observatorio de San Fernando de la Marina española, que por mediación del Ministerio de Cultura, ha digitalizado los cuatro volúmenes de su propiedad y los ha puesto a disposición de los investigadores.

⁷³ En su *Guida insolita de Roma* (Newton Compton editori, Roma 2010, 138), escribe C. Rendina que “la construcción de este palacio, que está en el n° 101 del Corso Vittorio Emanuele II, se remonta al periodo entre el 1517 y el 1523, siendo voluntad del cardenal Andrea della Valle, cuyo nombre aparece en la inscripción que hay sobre el portal. En el palacio habitó el polígrafo Pietro Della Valle (1586-1652), que

que sufrió el *sacco* de Roma en mayo de 1527⁷⁴, siendo luego restaurada por Lorenzetto Lotti, alumno de Rafael, y decorada con pinturas de Francesco Salviati y los alumnos de Giulio Romano. En 1662, escribía Giovanni Pietro Bellori que Pietro della Valle era de espíritu diligente, fácil ingenio, memoria poderosa, agudo y perspicaz. Sabemos además que recibió una cuidadísima educación en estudios clásicos, literatura, artes y música, y que cultivó también una fuerte atracción innata por las ciencias de la naturaleza y la medicina. Por el rango de su familia y su vasta cultura entró pronto en una de las más prestigiosas academias literarias de la Roma de los siglos XVI y XVII, la *Accademia degli Umoristi*, fundada por el noble Paolo Mancini, con sede y lugar de reunión en el mismo Palazzo Mancini⁷⁵. Además de inquieto por las artes y la literatura, Pietro viajó mucho por Italia, primero por Umbría, Toscana y Campania hasta llegar a Nápoles, donde residió entre 1609 y 1614, participando en la vida intelectual del virreinato español, y donde afianzó una gran amistad con Mario Schipano, médico y famoso erudito en las academias italianas de la época, que sería su corresponsal durante los largos años que había de vivir en Oriente. Estando allí, en 1611 se sumó a la flota y expedición española contra las islas de Berbería, enviada al rescate de los cautivos cristianos. Por lo demás, suele invocarse un fuerte desengaño amoroso que afectó gravemente a su salud como causa de su peregrinación a Jerusalén y viaje por Oriente. Su amigo, Mario Schipano le habría animado a emprender la aventura para conocer gentes y paisajes distintos, de los que hablaban los libros de tantos otros viajeros. En sintonía con él, Pietro acordó enviarle sucesivas cartas narrándole cuanto viera y conociera, con las que algún día podría acaso formarse un ameno libro. Y así, un día ofreció un voto en la iglesia napolitana de San Marcelino, con una misa en agradecimiento y como protección rogada a su viaje, haciendo bendecir entonces la túnica y un bordoncillo de oro que se colgó al cuello, titulándose desde entonces “*il pellegrino*”, prometiendo no quitárselos hasta después de haber visitado la Tierra Santa. Tal es la portada “oficial” del viaje, pero como Franco Gaeta dejara constancia hace tiempo, en su edición de las cartas de Persia, el desengaño amoroso fue muy anterior, y ya en Nápoles “*encontró consuelo oportuno a su infelicidad en una dama que luego celebró bajo el nombre de Belisa, que no era otra que Doña Beatriz de Ávalos*”⁷⁶. Y es el caso que, poseído de curiosidad sin fin, tentándole la aventura de conocer Oriente y sus maravillas, y decidido a hacerlo por la circunstancia que invoca -pero en realidad animado por sus amigos, entre los que se contaba el español Diego de Urrea, funcionario de la corte virreinal y experto en árabe, turco y persa⁷⁷-, asegurando la remisión paulatina de informes que su amigo Mario Schipano iría reuniendo, partió un día camino de Venecia. No mucho después, y como anoto más arriba, “*al despuntar la aurora*” del domingo 8 de junio de 1614, Pietro Della Valle salió del puerto véneto de Malamacco, embarcado en el galeón *Grand Delfino*, rumbo a Estambul. También él ignoraba que dos meses antes, y desde el puerto de Lisboa, había salido un noble español y embajador de Felipe III, llamado García de Silva y Figueroa, y sin embargo, los dos tenían la misma cita con la Historia.

hizo del edificio un centro de cultura en el que participaron los mayores ingenios de la época, como Tommaso Campanella”

⁷⁴ Sobre el *sacco* de Roma, sus acontecimientos y la incidencia del mismo en el mundo del arte, véase A. Chastel.- *El sacco de Roma, 1527*. Espasa Calpe, S. A., Madrid 1983.

⁷⁵ L. Alemanno.- “L’Accademia degli Umoristi”, *Roma moderna e contemporanea* III, 1, enero-abril (1995), 97-120.

⁷⁶ F. Gaeta.- “Prefazione”, en *I viaggi di Pietro Della Valle. Lettere dalla Persia*. Tomo I. Istituto Poligrafico dello Stato, Roma 1972, XI-XXVII. Vid. XXIII.

⁷⁷ F. Gaeta.- Op. cit. (1972), XXIII.

2.- DOS EUROPEOS CAMINO DE LA CORTE DE IRÁN

Dado que nuestro objetivo es destacar las aportaciones de ambos viajeros a la Arqueología y al descubrimiento de los antiguos monumentos y las grandes ruinas de Irán, seguiremos apenas sus respectivos viajes hasta la corte del *šāh* ‘Abbās, a través de las rutas y rumbos marcados por tierra y mar⁷⁸.



Fig. 2. Vista de Lisboa en 1619, grabado de Hans Schorken según dibujo de Domingos Vieira Serrão (Museo da Cidade de Lisboa, en R. M. Loureiro y V. Resende, eds.- Op. cit., 2011, lámina 1)

El viaje de Don García de Silva tenía un objetivo fijo desde su comienzo: llegar a la corte de Irán, desarrollar el cometido de su embajada y volver a la corte de España en cuanto fuera posible. Pero lo que debía haber sido un viaje largo, pero razonable, teniendo en cuenta la distancia y la ruta escogida -Madrid, Lisboa, Goa, Ormuz, Isfahán-, se prolongó más de lo esperado a causa de los problemas que hubo de afrontar, por lo que sólo diez años después pudo emprender la vuelta, muriendo fatalmente en alta mar, antes de alcanzar la Península. El caso es que el martes 8 de abril de 1614, de los cinco buques de la flota que aquel año iba a la India, tres se hicieron primero a la mar, a las ocho de la mañana: la nave capitana, Nuestra Señora de la Luz -en la que iba el embajador-, la almiranta, Nuestra Señora de los Remedios, y una tercera, Nuestra Señora de Guadalupe. Guiaba el rumbo de la flota el piloto mayor, Gaspar Ferreira, “*hombre vigilantísimo y práctico en su arte*”⁷⁹. El lunes día 14 tuvieron a la vista la isla de Puerto Santo -“*primera que en este grande océano fue descubierta después de que el Infante don Enrique de Portugal dio principio a sus felices descubrimientos*”⁸⁰; un día después, la isla de Madeira, y el 17 fueron dejando atrás las islas Canarias. Según las órdenes recibidas, se abrieron entonces las instrucciones reales, y dada la importancia de la misión emprendida, se decidió que las naves capitana y almiranta siguieran rumbo hacia Goa por “*haber peligro,*

⁷⁸ Por menos conocido entre nosotros y haberse hecho en su mayor parte por tierra, me extenderé algo más en el viaje del noble italiano.

⁷⁹ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 3. Sobre este piloto y en general la navegación, véase J. M. Malhão Pereira.- “Aspectos náuticos das viagens por mar de D. García de Silva y Figueroa entre 1614 e 1624”, en R. M. Loureiro y V. Rosende (coord.)- Op. cit. (2011), 183-205.

⁸⁰ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 6.

*con cualquiera tiempo que se perdiese, de no llegar aquel año a la India*⁸¹. Había que aprovechar los vientos que hacían posible la navegación anual, tanto por el Atlántico como por el Océano Índico, como bien sabían los pilotos portugueses, que tan costosa y sabiamente habían aprendido a trazar lo que ellos llamaban, la “*volta grande*”.

La feliz navegación de las flotas hasta la India era un prodigio de destreza marinera, pero como se hacía a lo largo de tan inmensas rutas y entre climas tan diferentes, no podía estar exenta de errores -inevitables los más, teniendo en cuenta que entonces no era aún posible determinar con certeza la longitud⁸²-, ni falta de dolorosos naufragios. Y fueron éstos tantos que su relato acabó constituyendo todo un género de la literatura portuguesa⁸³. Tras dejar a popa las islas, aprovechando los alisios y las corrientes, los buques cruzaban el Ecuador por la parte más estrecha del Atlántico, en dirección a la costa brasileña; a la altura del cabo de San Agustín mantenían rumbo sur-suroeste hasta los llamados Baixios de los Abrolhos, desde donde gobernaban sureste hasta la isla de Tristão da Cunha. Viraban luego al este y mantenían rumbo hasta que consideraban haber sobrepasado el siempre temible Cabo de Buena Esperanza. Una vez en el Índico, los pilotos decidían, según las circunstancias, si navegaban al este o al oeste de la isla de San Lorenzo (Madagascar). Fijaban luego sus rumbos y en ambos casos, más o menos a la altura del cabo de Guardafui, extremo más oriental de África, comenzaban a virar suavemente rumbo este-nordeste hasta aproar la mítica Goa. En líneas generales, y por muy bien que se dieran los vientos y las corrientes, el viaje era extremadamente duro, muchos de los embarcados morían a causa de las enfermedades, y todos pasaban más de cinco, seis o más meses sin pisar tierra.

Tenemos muchos relatos y diarios de viajes a Goa, pero el de Don García de Silva, como testimonia el mismo J. M. Malhão Pereira, “*es riquísimo en contenido, como dije anteriormente y se reconoce la enorme curiosidad científica y humana del autor, que describe todo y cuestiona todo*”⁸⁴. Y, verdaderamente, García de Silva atiende y comenta todo: la navegación en sí, las tormentas, los animales marinos y las aves, los problemas de los buques, marinería y pasaje, las constelaciones ... Y en todo demuestra un conocimiento superior al de un simple observador inteligente. Así, por ejemplo, dice que el día 30 se tomó el sol en menos de 8°, pero critica que los pilotos tomaran este dato con astrolabios tan pequeños que apenas tenían un palmo de diámetro, “*donde escasamente se puede conocer medio grado de diferencia*”, a pesar de ello “*ponen en sus derroteros confiadamente no sólo tercios y sextos de grados, incluso cuatro y cinco minutos*”, lo que en su opinión ni siquiera era posible hacer con instrumentos mucho mayores, imponiéndoles la comisión de grandes errores⁸⁵. Es posible que con todo su saber, que era ciertamente mucho, como escribe J. M. Malhão Pereira, los pilotos lusos tuvieran un método más atinado de lo que Don García pensaba⁸⁶, aunque como no poca de la estimación había de hacerse a ojo, por fuerza tenían que ser grandes las equivocaciones, según se comprobaría cuando se dobló el cabo de Buena Esperanza. El mismo día 30 entraron en calmas: el autor observa los tiburones que seguían las naves y los describe minuciosamente, incluso se fija en los peces que les acompañan pegados a su cuerpo, a los que “*la gente de mar les llama romeros*”⁸⁷, observando luego otros muchos peces que

⁸¹ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 7.

⁸² Como dice J. M. Malhão Pereira, sólo podía hacerse por estima “*atendiendo a los valores obtenidos en viajes anteriores, que eran sucesivamente registrados*”. Véase, Op. cit. (2011), 186-187.

⁸³ I. Soler.- *Los mares naufragos*. Acantilado, Barcelona 2004. Sobre la navegación en sí de la llamada *Carreira da Índia*, véase la introducción de la editora, 14-17 y mapa en 50-51. Y, naturalmente, el trabajo citado de J. M. Malhão Pereira.

⁸⁴ J. M. Malhão Pereira.- Op. cit. (2011), 189.

⁸⁵ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 9-10.

⁸⁶ J. M. Malhão Pereira.- Op. cit. (2011), 190.

⁸⁷ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 10-11.

pescaban los navegantes, y que también describe con detalles propios de ictiólogo. Tras dichas calmas, la noche del día 14 del mes siguiente sufrieron los barcos una tormenta terrible. Más adelante, Don García habla de otro tipo de tiburones inofensivos y curiosos, con mucho detenimiento y relato de anécdotas, tipo que todos creían tan peligroso y más que el común, pero que él dice “*no solo no lo tengo por nocivo y dañoso para los hombres, sino por muy doméstico y amigo de ellos*”⁸⁸. Más adelante, serían los delfines los que llamaran su atención. La navegación se iba haciendo lenta y cada vez más difícil: se sumaban el retraso en la partida, las diferencias entre pilotos, la mala estiba de la carga - mala y excesiva, a decir verdad, cosa frecuente por la codicia de los comerciantes- y las muchas adherencias de los cascos de los buques, que lastraban la obra viva, “*como se echaba claramente de ver cuando arfaba, apareciéndose entonces infinidad de conchas y mariscos*” adheridos al casco “*que no había de qué admirarse nadie de que no escurriese*”⁸⁹. Era éste un problema difícil de solucionar, aun limpiando el casco en puerto y en carena, pues, además, la broma dañaba gravemente la tablazón: no se resolvería hasta que en el siglo XVIII se empezara a forrar los cascos de madera con planchas de cobre. La noche del día 25 comenzaron a verse las constelaciones propias del hemisferio sur. A lo largo de la navegación, Don García iba observando las del norte, anotó cuando se fueron perdiendo y, luego, describió cuidadosamente las nuevas regidas por la Cruz del Sur, que entonces llamaban Crucero, de la que dice era “*muy hermosa y lucida y la mayor de este hemisferio Austral y de la grandeza del Can Mayor*”⁹⁰. El 25 de julio, tras recio temporal que empujaba las naves con presteza, el piloto y los demás hombres de mar mostraron general desconcierto, pues según sus cálculos tendrían que haber tenido ya señales de tierra y de haber doblado el Cabo, pero, como anota Don García, “*con ser este viaje tan usado y trillado de ellos se engañó nuestro piloto mayor ... en más de cuatrocientas leguas*” ... “*aunque no se le puede negar ... su mucha vigilancia y cuidado*”⁹¹. El error se habría producido por las causas arriba citadas. Siguieron avante desconcertados, hasta que el 10 de agosto avistaron un gran lobo marino, señal cierta de la proximidad del esquivo cabo de Buena Esperanza, confirmándose al fin haberlo doblado el 12 del mismo mes, día de Santa Clara, a las ocho de la mañana. Estaban en el Océano Índico.

Se internaron navegando con África a babor “*corriendo la costa de la Cafrería*”⁹², y el 17 de agosto, dadas las fechas tardías que llevaban y según las instrucciones recibidas, se decidió seguir rumbo a Goa por fuera de la isla de San Lorenzo -Madagascar-, una ruta más rápida por los vientos dominantes, más constantes y prolongados, pero muy peligrosa por la multitud de bajos no incluidos en cartas ni derroteros. El día 4 de septiembre, Don García anota que empezaron a caer los primeros enfermos del llamado “*mal de Loanda*”; pero el día 23 ya eran muchos. Curioso y atento como siempre, el embajador describe con detalle la enfermedad que a él mismo iba a costarle la vida años después: “*hinchándose las piernas y muslos, con unas manchas negras o moradas de malísima y oculta calidad, subiéndose desde allí y poco a poco al vientre y luego al pecho, a donde luego mata*”⁹³. El 13 de octubre navegaban en busca de las islas de Mamale -es decir, las actuales Maldivas-, que están “*a cuarenta leguas de la ciudad de Cochín*”, pero tomado el sol en 9 grados escasos, se dudó de la posición en la que entonces se hallaban. Para entonces, además de las calmas, el calor y los peligros de los bajos, se declaró en las naves una verdadera plaga de ratones, y fueron tantos que “*sin haber ya en estos últimos días quien pudiese*

⁸⁸ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 16-18.

⁸⁹ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 26.

⁹⁰ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 29.

⁹¹ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 47 y 49.

⁹² G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 68.

⁹³ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 85.

defenderse”, se convirtieron en una de las mayores calamidades de todas las sufridas durante el viaje⁹⁴. El día 21 de octubre avistaron unos barcos de remo, ocupados por gentes de las islas de Mamale. Siguieron su navegación hasta que al fin, el 29 de octubre, a poco de amanecer, descubrieron por proa, a unas siete u ocho leguas “*grandes y encumbradas serranías, cubierto lo más alto de ellas por intervalos de espesa niebla, por donde se conoció claramente ser la costa y tierra firme de la India*”⁹⁵. Todavía hubieron de vivir horas difíciles, como cuando el 1 de noviembre, la nave San Felipe embarrancó en un bajo rocoso, pero el 6 avistaron por fin la punta de la isla de Goa “*y blanquear en ella la iglesia y devoto convento de Nuestra Señora del Cabo*”⁹⁶. Poco a poco entraron en el surgidero, y muchos navíos y barcas locales salieron a recibirles con frutas frescas y otros regalos, a más de parientes y amigos de aquellos que venían en los buques. Como anota con cuidado, era el jueves 6 de noviembre de 1614, tras siete meses menos dos días de continua navegación⁹⁷.



Fig. 3. Vista de Goa según el *Civitates orbis terrarum*, de G. Braun y F. Hohenberg (en J. M^a Córdoba, M^a C. Pérez Díe, eds.- *Op. cit.*, 2006, 190, fig. 29)

Por aquellos tiempos, los lectores curiosos europeos podían tener una imagen aproximada de la isla de Goa y sus monumentos, gracias a la lámina que G. Braun y F. Hogenberg publicaran en su *Civitates Orbis Terrarum*. Pero dicha vista estaba fechada hacia el 1500. Más preciso es el mapa de Antonio Bocarro⁹⁸, mucho más cercano al tiempo de Don García. La verdadera Goa había cambiado mucho, se había enriquecido más y crecido notablemente. En su edición del manuscrito, Manuel Serrano Sanz dividió la obra en libros y capítulos para facilitar la lectura y seguimiento de la obra. Así, en el primer volumen, el libro segundo y los cuatro capítulos que lo integran son las notas que Silva dedicara a la descripción de la isla y la ciudad de Goa, sus animales y plantas, sus habitantes portugueses, mestizos e indios, la religión de los brahmanes, sus vestidos y costumbres y una multitud de cosas curiosas⁹⁹. Tales páginas se me antojan magníficas y dignas de la mayor atención -J. M. Malhão Pereira escribe que son superiores a las de Linschotten o Pynard de Laval¹⁰⁰-, porque están plagadas de observaciones agudas e incluso simpáticas¹⁰¹, y han merecido ahora una cuidada consideración¹⁰². Pero no siendo

⁹⁴ G. de Silva y Figueroa.- *Op. cit.* (1903), 102.

⁹⁵ G. de Silva y Figueroa.- *Op. cit.* (1903), 117.

⁹⁶ G. de Silva y Figueroa.- *Op. cit.* (1903), 124.

⁹⁷ G. de Silva y Figueroa.- *Op. cit.* (1903), 124.

⁹⁸ A. Bocarro.- *Rellacoes das Fortalezas* Manuscrito 18217 de la Biblioteca Nacional. El mapa está en el T. II, Ref. f. 94, hoja 59. Véase: J. M^a Córdoba, M^a C. Pérez Díe.- *Op. cit.* (2006), 189.

⁹⁹ G. de Silva y Figueroa.- *Op. cit.* (1903), 127-218.

¹⁰⁰ J. M. Malhão Pereira.- *Op. cit.* (2011), 197.

¹⁰¹ J. M^a Córdoba.- *Op. cit.* (2005), 654-656.

objeto de mi trabajo el viaje en sí, sino el redescubrimiento que hizo de las antigüedades de Irán, por fuerza es preciso dejarlas atrás.

La urgencia de la misión ante el *šāh* ‘Abbās quedó pronto varada en Goa por la oposición larvada de las autoridades portuguesas. Luis Gil Fernández resume los esfuerzos, cita los informes remitidos y comenta los impedimentos puestos por el virrey, Jerónimo de Acevedo, el obispo de Cirene, fray Antonio de Gouvea y el mismo capitán de Ormuz, Luis de Gama¹⁰³. Disgustados por su condición no portuguesa, temerosos de que “*un representante directo del monarca, que en última instancia venía a defender los intereses de la corona de Portugal, fiscalizase los actos de sus ministros y diera informe de primera mano sobre su ineptitud, falta de previsión y rapacidad*”, se atrevían no solo a retrasar su partida sabotando la necesaria disposición de una nave en las épocas en la que era factible hacer la navegación hasta Arabia y Ormuz, sino incluso a impedir la salida de las múltiples misivas enviadas por el embajador¹⁰⁴. Eso aparte, los informes que consiguieron llegar a la corte tardaban tanto, lo mismo que las respuestas de ésta, que el embajador se desesperaba viendo cómo se complicaba la situación, cómo el *šāh* jugaba sus cartas sin atenerse a mantener las cosas hasta que se establecieran las negociaciones oportunas, y cómo se complicaba todo más aún gracias a los manejos del aventurero Robert Sherley, secundado por varios frailes agustinos. Harto de retrasos sin sentido, convencido de la oposición local y consciente de la ruina que se cernía sobre el imperio luso en la India y Arabia, él mismo procuró concertar un barco de un mercader de Baçain, sin artillería, soldados ni nada, pero el 19 de marzo de 1617 consiguió zarpar al fin rumbo a Irán¹⁰⁵. Tras cruzar el océano por una ruta más meridional de la aconsejada¹⁰⁶, navegar en cabotaje junto a la costa árabe de Omán¹⁰⁷ y desembarcar y describir el puerto, ciudad y fortalezas de Mascate¹⁰⁸, al fin la nave consiguió alcanzar la isla de Ormuz el 29 de abril, cuyas defensas le parecieron inquietantemente débiles¹⁰⁹, a la vista del negro horizonte que se barruntaba. A pesar de ello, en Ormuz se le pusieron las mismas dificultades que en Goa “*siendo causa principal de retrasar su jornada la mucha codicia de unos ministros y de los otros*”¹¹⁰, forzándole a pasar allí el verano: al fin, el 12 de octubre de 1617 logró pisar la tierra de Irán.

Al entrar en Irán, los problemas sufridos hasta entonces desaparecieron, pues las autoridades locales le recibieron “*con grandes demostraciones de cortesía*”¹¹¹ y ayudaron en lo posible a la buena marcha de sus jornadas hacia el *šāh* ‘Abbās, que se encontraba entonces muy al nordeste, en la antigua capital de Qazvīn. A partir de entonces, los *Comentarios* del embajador nos van describiendo todas sus etapas, los paisajes, las gentes y las ciudades de Irán. Como siempre, sus notas no tienen desperdicio y son objeto de estudios¹¹², pero por fascinantes que sus páginas sean¹¹³, forzoso es que resumamos sus

¹⁰² A. Barreto Xavier.- “Entre a curiosidade e a melancolia. Deambulações pela Goa de Don García”, en R. M. Loureiro y V. Rosende (coord.).- Op. cit. (2011), 207-243.

¹⁰³ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 285-298.

¹⁰⁴ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 290.

¹⁰⁵ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 223.

¹⁰⁶ Véanse los comentarios a la navegación hechos por J. M. Malhão Pereira.- Op. cit. (2011), 197-199.

¹⁰⁷ Entonces fue cuando, según parece, el embajador anotó en sus comentarios la primera mención conocida a ciertas construcciones funerarias propias de las culturas del III milenio a. C. en la Península de Omán. Véase, J. M^a Córdoba, M. Mañé Rodríguez.- “An early reference to the 3rd millennium graves at Oman. Questions on a Spanish manuscript of the 17th century”, *ISIMU* 10 (2007), 29-48.

¹⁰⁸ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 231-242.

¹⁰⁹ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 256.

¹¹⁰ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 268.

¹¹¹ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 271.

¹¹² Así, el trabajo de C. Mawer, “Travelling in Safavid Persia: Following in the footsteps of Don García de Silva y Figueroa”, en R. M. Loureiro y V. Rosende (coord.).- Op. cit. (2011), 313-343. Aunque no deja de ser sorprendente que la autora utilice como referencia del camino y libro de García de Silva, la edición de

últimas etapas. Organizada la caravana, avanzó el cortejo por la antigua Carmania y el “reino de Lara”, hasta alcanzar la ciudad del mismo nombre. Tras detenerse allí un tanto prosiguieron la marcha, entrando en Širāz el 24 de noviembre, donde el embajador resolvió invernar, dado lo avanzado de la estación, permaneciendo en la ciudad hasta el 4 de abril de 1618, aprovechando aquellos cuatro meses para visitarla y conocer la región, manteniendo además interesantes contactos con los eruditos locales¹¹⁴. Particularmente atractiva es la descripción del palacio en el que se alojó, sus pinturas, sus jardines o las famosas rosas de Širāz¹¹⁵. Tras algunas visitas más y entrevistas interesantes, a comienzos de abril se reanudó la marcha camino de Isfahān, en el curso de cuyo viaje tendría lugar su visita a las ruinas de Chilminara, donde haría las observaciones que le han hecho entrar en la historia del redescubrimiento de Oriente y Persépolis, y donde mandó hacer los primeros dibujos realistas conocidos de los relieves aqueménidas¹¹⁶. Pero de esto hablaremos más adelante.

El 1 de mayo hizo su entrada en Isfahān, desfilando por la gran plaza de Maidan, que describe con mucho detalle, así como el Palacio ‘Ālī Qapu y la mezquita nueva “*que aún ahora no está acabada*”¹¹⁷ -refiriéndose, creo, a la gran mezquita real, la Mas‘ūd-Šāh, que se yergue en el testero meridional, y que no sería acabada hasta mucho más tarde-, y otros edificios notables. El embajador no se detuvo esta vez demasiado, aunque tuvo tiempo de visitar las misiones católicas, el barrio armenio, la gran avenida arbolada y con acequia central, el gran puente de Jwāyū o describir las costumbres de las gentes de la ciudad¹¹⁸; pero dado que recibió mensaje del *šāh* ‘Abbās citándole en Qazvīn, el día 28 de mayo prosiguió su viaje hacia el norte. Tras pasar por otras ciudades y monumentos curiosos, por fin, el 15 de junio dejó la aldea en la que hizo su última etapa, y a caballo y con sus criados “*lucidos y bien aderezados de vestidos y penachos de varios colores, por lo que tocaba a la dignidad y la honra de la embajada, también él con hábito diferente de lo que su edad y gusto pedía*”¹¹⁹ se fue llegando a la ciudad de Qazvīn. A mitad del camino que le restaba se encontró con un gran cortejo que había salido a recibirle, en el que venían Dawud Khan y otros notables persas, junto con muchos dignatarios y personas principales, como el gobernador de la ciudad y el aposentador real, Usem Beg. Cuenta Don García que tras haber hablado con ellos y hechas las cortesías usuales, reanudaron todos la marcha para hacer su solemne entrada en la ciudad en la que entonces residía el *šāh* ‘Abbās. Pero su relato omite algo fundamental en nuestra historia, y es que nuestros dos héroes se encontraron por vez primera en este momento: un noble embajador de España, García de Silva y Figueroa, y un noble y culto aventurero italiano, Pietro della Valle. Partidos uno y

Wicquefort, de 1667, no tanto por lo antigua, cuanto por sus limitaciones y por existir la completa y mucho más cuidada de M. Serrano Sanz.

¹¹³ Incide L. Gil Fernández en la precisión de geógrafo y naturalista de Don García, en que denota especial habilidad en la descripción de ciudades, paisajes y edificios, en sus excelentes dotes de etnólogo, historiador y anticuario, en la impresión de objetividad que ofrecen sus páginas, concluyendo que entre los libros de viaje, sus *Comentarios* “ocupan un primerísimo lugar”. Así, L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 300. 3001 y 302.

¹¹⁴ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 303.304.

¹¹⁵ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 337-343.

¹¹⁶ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 372-394.

¹¹⁷ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1905), 30.

¹¹⁸ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1905), 25-36 y 36-51.

¹¹⁹ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1905), 79. L. Gil Fernández publica la descripción que hizo de la entrada del embajador, un religioso llamado fray Hernando Moraga. Decía éste que “*llevaba ocho pajes, ocho lacayos, mayordomo, maestresala, capellán y un padre de San Agustín, con todos los demás oficiales que un grande puede tener, todos a caballo, yendo delante una litera a uso de España, con dos camellos, muy rica, en que el embajador caminaba de noche y un palanquín de hombros de hombres a uso de la India. Irian cincuenta de a caballo. El embajador iba en un muy lucido caballo, muy bizarramente vestido de color rosa seca, con una cadena de oro y sombrero con cintillo de diamantes, que con él parecía estrellas*”. Así, L. G. Fernández.- Op. cit. (2009), 310.

otro de su patria el mismo año 1614, y habiendo cruzado ambos casi la mitad del mundo por océanos, mares y tierras, el 15 de junio de 1618 los dos se vieron por vez primera en la remota Qazvīn. Pero como dice L. Gil Fernández, al embajador se le olvida mencionar que entre los que le acompañaron a caballo en su último tramo estaba aquel noble italiano, que sabemos formó parte del cortejo oficial hasta su alojamiento, y con el que estuvo departiendo casi una hora¹²⁰. Porque sí, hubo este primer encuentro. ¿Cuestión de la propia fortuna? Más bien quizás, culminación del destino que la misma Clío les había marcado.

Pero hasta ese momento crucial y casi mágico para nosotros -tratado no hace mucho, pero desde un punto de vista distinto al nuestro¹²¹-, el viaje de Pietro Della Valle no había sido menos trabajoso, ni había estado falto de aventuras y hallazgos tan magníficos como los del español. Verdad es que si éste había dejado Lisboa con una misión y objetivo precisos, el italiano zarpó de Venecia con un voto religioso y para cumplir una peregrinación en principio, pero, animado también por su curiosidad enciclopédica y su aventurero espíritu, alimentado por las cartas que iba remitiendo a su amigo napolitano, convirtió su inicial promesa devota en una prodigiosa aventura y un fabuloso viaje. Seguro que al partir, tampoco él pensó que su experiencia había de llenar doce años de su vida.



*Fig. 4. Vista de Venecia, en un cuadro de C. Stanfield
(según C. Hibbert, Venecia, Ediciones Destino, Barcelona 1988, 160)*

Así pues y como dije más arriba, el 8 de junio de 1614 se hizo a la mar el galeón Gran Delfino, rumbo a Constantinopla. Escribiría luego nuestro viajero, en la carta dedicada a narrar su viaje por el Mediterráneo, datada el 23 de agosto en la capital otomana, que en el buque viajaban unas quinientas personas entre hombres y mujeres, soldados, marineros, comerciantes y pasajeros, cristianos católicos y herejes de varias sectas, griegos, armenios, turcos, persas, hebreos, italianos de casi todas las ciudades, franceses, españoles, portugueses, ingleses, alemanes, flamencos y, por concluir en pocas

¹²⁰ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 309.

¹²¹ E. C. Brancaforte.- "The Encounter between Pietro Della Valle and García de Silva y Figueroa at the Safavid Court of Shah 'Abbas I", en R. M. Loureiro y V. Rosende (coord.).- Op. cit. (2011), 395-409.

palabras, “*de casi todas las religiones y naciones del mundo*”¹²². Tras difícil navegación por el Adriático y de surcarlo varios días teniendo a la vista las amadas costas del reino de Nápoles, salieron a alta mar. Cuatro días pasaron en el puerto e isla de Corfú, entonces veneciana, donde quedaron casi cien soldados de los que integraban el pasaje, para alegría y mayor comodidad de cuantos ocupaban el galeón. Luego, tras dejar atrás el Golfo de Corinto y navegar entre las distintas islas que va citando, al llegar al extremo norte del Egeo, “*el domingo 3 de agosto, a buena hora de la mañana, dimos fondo bajo la isla de Tenedos*”¹²³, no lejos de donde se pensaba estaban las ruinas Troya. Desembarcó impulsado por el deseo de verlas y las visitó, dedicándole muchas páginas de sus recuerdos¹²⁴. Vueltos a la nave, entraron finalmente en el estrecho de los Dardanelos, rumbo que aprovechó para ir describiendo ambas orillas, la de Asia y la de Europa, hasta que el 15 de agosto llegaron a Constantinopla. Recapitulando aquella su primera experiencia, della Valle escribiría a su amigo Mario Schipano que “*todo este viaje mío ha sido gustosísimo para mí*”¹²⁵.



Fig. 5. Retrato de Pietro Della Valle, grabado en el frontispicio del cuarto volumen de su obra, *L'India*, co'l retorno alla patria (Roma, 1663)

La segunda de sus cartas, fechada el 25 de octubre del mismo año, la dedicó a describir Constantinopla¹²⁶. Todo el mundo se hacía lenguas entonces de la enorme ciudad,

¹²² P. della Valle.- *De' viaggi di Pietro Della Valle il Pellegrino. Parte prima cioè La Turchia*. Vitale Mascardi, Roma, 1650, 20.

¹²³ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 20.

¹²⁴ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 30-44.

¹²⁵ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 47.

¹²⁶ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 51-141.

tanto por su emplazamiento y topografía como por sus edificios suntuosos, aunque su vista externa resultaba más espléndida de lo que era en realidad, pues como el italiano fue comprobando, una vez se entraba en sus callejuelas se echaba de ver que muchas de sus casas estaban construidas con “*materiales viles: de madera, particularmente las tiendas*” ... “*y las otras mejores son de madera y barro*”¹²⁷. Pero la fama de la antigua capital bizantina era enorme, por lo que no podía faltar su imagen en el *Civitates orbis terrarum*. Sin embargo, la vista publicada por Georg Braun y Franz Hogenberg difería un tanto de la ciudad que visitara Pietro della Valle. Si las casas comunes eran muy simples, las grandes mezquitas le llamaron mucho la atención: “*lo que hay de notable son las mezquitas, y particularmente cuatro o cinco, construidas por los emperadores turcos, todas erigidas en lo más alto de las colinas*” ... “*creo que el modelo lo han tomado de la de Santa Sofía*”¹²⁸, magnífico monumento que describe también, lo mismo que los palacios. En cuanto a los monumentos antiguos se detiene con gusto en el hipódromo¹²⁹, así como en las grandes columnas conmemorativas, “*una historiada y llena de figuras, como las de Trajano o Antonino en Roma*”, algo menor, y que atribuía al emperador Arcadio¹³⁰. Naturalmente, su descripción de la ciudad se acompaña con la de las costumbres de los turcos, refiriéndose con notable atención a los derviches, su música y sus danzas¹³¹. Más adelante le dice a su corresponsal, que el 5 de octubre de aquel año había empezado “*la cuaresma o ayuno que cada año hacen los turcos*”, mes que ellos llaman “*ramazán o ramadhán*”¹³², y después le va contando en qué consiste y cómo se desarrolla. Bien integrado en la colonia europea, della Valle tuvo una buena relación con el embajador francés, tanto como para acompañarle en el curso de una visita oficial al visir, Muhammad Pachá, por lo que tuvo ocasión de conocer su palacio y las cortesías obligadas en tales encuentros¹³³. En la misma carta describe cómo iba el sultán a orar un viernes a la mezquita, quedándose sorprendido de la pompa que le acompañaba. Como curiosidad, en fin, en las últimas líneas de esta primera carta, le dice a su amigo Schipano que se había puesto a estudiar la lengua turca con un maestro hebreo¹³⁴, hábil en ella tanto como en el árabe y el persa.

Desde Constantinopla remitió otras ocho nuevas misivas¹³⁵ -en total, unas muy densas ciento sesenta páginas del libro original-, en las que fue desgranando su vida en la ciudad y, en la última, sus preparativos del viaje a Alejandría y Egipto. Los más de los sucesos contados son los propios de la vida cotidiana, hablando de su mudanza de aspecto -“*visto a la griega con un traje bizarro que quizás llevaré a Italia*”¹³⁶-, de sus preferencias de vestido en el hogar -“*a la turco con turbante visto por gusto en casa*”¹³⁷- o de sus comidas y las comidas típicas de los turcos. Da noticia de las bebidas del país, y es uno de los primeros europeos en hablar del café: “*tienen los turcos otra bebida de color negro*”,

¹²⁷ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 58.

¹²⁸ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 58-59.

¹²⁹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 71-76.

¹³⁰ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 77.

¹³¹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 102-105.

¹³² P. della Valle.- Op. cit. (1650), 108-109.

¹³³ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 131-135.

¹³⁴ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 140-141.

¹³⁵ P. della Valle.- Op. cit. (1650): “*Lettera 3. da Constantinopoli. De’7. di Febraio 1615.*”, 142-172. “*Lettera 4. da Constantinopoli. De’14. di Marzo 1615.*”, 173-174. “*Lettera 5. da Constantinopoli. De’20. di Marzo 1615.*”, 175-219. “*Lettera 6. da Constantinopoli. De’13. di Giugno 1615.*”, 220-249. “*Lettera 7. da Constantinopoli. De 27. di Giugno 1615.*”, 251-270. “*Lettera 8. da Constantinopoli. De gli 8. di Agosto 1615.*”, 271-283. “*Lettera 9. da Constantinopoli. De’4. di Settembre 1615.*”, 284-296. “*Lettera 10. da Constantinopoli. De’19. di Settembre 1615.*”, 297-302.

¹³⁶ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 147.

¹³⁷ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 148.

que bebían sorbiéndola poco a poco si se tomaba caliente, y “la llaman Cahue”¹³⁸ (café). Incluso detalla su procedencia “se hace de la semilla o fruto de un cierto árbol que nace en Arabia, hacia la ciudad de Meka, y el fruto que produce es llamado Cahue, de donde toma el nombre la bebida”¹³⁹. Igualmente aclara cuestiones poco entendidas aún en su tiempo, como por qué se decía Sublime Puerta: “he de advertir a vuestra señoría ... que Puerta se llama aquí a la corte, y también el Palacio o a la casa real del príncipe; modo antiguo de hablar en Oriente, usado entre los medos hacia los tiempos de Ciaxares, tío de Ciro, como indica Jenofonte”¹⁴⁰. Pero sobre todo vuelve a su vida diaria, filtrando siempre curiosos datos, como cuando en junio de 1615 le cuenta a su corresponsal y amigo que tenía un nuevo maestro de lengua turca, otro hebreo que para aclararle las dudas que se le planteaban, le ponía ejemplos en español, dado que esta lengua “la hablan casi todos los hebreos de aquí”¹⁴¹, obviamente, sefardíes descendientes de los expulsados de España a fines del siglo XV.



Fig. 6. Pietro della Valle en Egipto. Grabado en la edición alemana de su libro (P. della Valle.- Reiss-Beschreibung in unterschiedliche Theile der Welt ... Genf, 1674, p. 104)

Las últimas cartas fechadas en Constantinopla tienen un tono semejante: junto a lo cotidiano, atinadas observaciones. Así, en agosto da cuenta de sus avances en la lengua turca: después de cuarenta y dos lecciones se hacía entender hablando, comprendía casi todo cuanto le decían y progresaba con la escritura y la lectura¹⁴². Pero ya se acercaba el tiempo de reanudar su peregrinación, porque el 19 de septiembre le avisa a su amigo de que el galeón que iba a llevarle a Alejandría estaba en puerto, y que incluso tenía ya

¹³⁸ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 152.

¹³⁹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 153.

¹⁴⁰ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 223.

¹⁴¹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 259.

¹⁴² P. della Valle.- Op. cit. (1650), 175.

embarcado su equipaje¹⁴³. Así, poco después, a las veintidós horas del viernes 25 de septiembre, su barco se hizo a la mar.

Un mes después, la primera misiva datada en la tierra del Nilo llevaría fecha de 25 de enero del año 1616¹⁴⁴. Se trata de una larga carta que cuenta el viaje y casi toda su estancia allí. Hizo su singladura a bordo del galeón más grande que tenían los turcos, acompañado de unos cuantos servidores y provisto de cartas de recomendación facilitadas por el embajador francés. Escribe que el pasado mes de septiembre, el navío “*hízose a la vela rumbo a Alejandría, donde era preciso ir y desembarcar para ver Egipto e ir, como era mi intención, al Monte Sinaí antes de visitar la Tierra Santa*”¹⁴⁵. El buque fue siguiendo primero la costa e islas inmediatas a Anatolia, pasando por Gallípoli, Tenedos, Samos e Ikaría, Patmos, Kos y Rodas, donde pasaron algunos días descansando y visitando los alrededores. El día 13 de octubre se hicieron de nuevo a la mar, esta vez para cruzar el Mediterráneo sin mayor dilación, por lo que el 25 de octubre, entre las dos y las tres de la madrugada “*dimos fondo en la boca del puerto de Alejandría*”¹⁴⁶. Como tantos otros viajeros después de él, tampoco Pietro della Valle quedó muy impresionado con la célebre ciudad de Alejandro. Incluso anota que estuvieron muy poco en ella por dos razones: “*es un sitio en el que hay malaria y además, poquísimo que ver*”¹⁴⁷. Comenta algo de las murallas, que cree eran de tiempos de Alejandro, pero dice que casi todos los edificios están arruinados, destacando sólo la tantas veces citada Columna de Pompeyo -“*no sé por qué la llaman de Pompeyo*”, apunta con gracia-, que dice estaba muy bien conservada, completa con su pedestal, basa, fuste y capitel, y que era enorme, “*toda del mismo mármol que la aguja y bastante más grande que las del pórtico de la Rotonda en Roma*”¹⁴⁸, comparación de sutiles resonancias. Estando en Alejandría murió uno de sus criados, el intérprete Paolo Greco, víctima de larga enfermedad. Con los seis restantes siguió haciendo sus visitas: primero a Rosetta y luego por el Delta. El 3 de noviembre decidió proseguir viaje en barco de vela y timón -“*porque no tienen remos*”- hacia El Cairo. A vela o timoneando navegaban de día, reposando en tierra por las noches. Al fin, el 6 de noviembre atracaron en Bulac, que era el puerto de El Cairo, alojándose luego en casa del cónsul francés. Visitó con curiosidad toda la ciudad, sus grandes edificios y murallas, se metió entre la gente y las calles y, claro está, se acercó a la gran maravilla cercana, porque “*es preciso hablar un poco de las pirámides*”¹⁴⁹. Las enormes y legendarias construcciones, que se encontraban entonces a unas “*doce millas del río, en una llanura estéril a la que no llega la inundación*”¹⁵⁰, le dieron pie a un largo comentario histórico y de fuentes clásicas, como Diodoro Sículo, remitiéndose también y con frecuencia a su guía de mano, que llama el Belonio¹⁵¹, aclarando que no sólo existían las tres mayores, sino una gran cantidad de otras menores. La descripción de aquellas que llama maravilla del mundo -“*y cuando lo digo yo, que vengo de Italia y de Roma, vuestra Señoría puede pensar que sea verdad*”-, le ocupa unas cuantas páginas llenas de sabrosos detalles, como cuando escribe que “*no tuve*

¹⁴³ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 297.

¹⁴⁴ P. della Valle.- Op. cit. (1650), “Lettera 11. dal Cairo. De’25. di Gennaio 1616”, 303-451.

¹⁴⁵ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 306.

¹⁴⁶ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 325.

¹⁴⁷ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 325.

¹⁴⁸ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 328.

¹⁴⁹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 357.

¹⁵⁰ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 357.

¹⁵¹ Creo que Pietro Della Valle se refiere a la obra de Pierre Belon de Mans, médico y farmacéutico enamorado de los viajes y el mundo, que llegó a Egipto en 1547. Publicó un libro muy ameno que tendría justa fama: *Les Observations de Plusieurs Singularités et Choses Memorables, Trouvées en Grece, Asie, Indée, Egypte, Arabie et Autres Pays Estranges*. Paris, 1553. En 1589, en Amberes se publicó una versión en latín. Sobre este viajero, véase: R. Vargas-Hidalgo.- *El breviario del vagabundo*. Compañía Literaria, S. L., Madrid 1998, 64. Igualmente, véase A. Invernizzi, op. cit. (2005), 114.

tiempo ni paciencia de medirlas”, dando por válidas las indicaciones publicadas en su famosa guía¹⁵². Al lado, la esfinge yacía medio sepultada por las dunas de arena, mientras los alrededores eran campo de desolación, abrumadores por su inmenso silencio. Con ayuda de unos campesinos se puso a excavar en busca de momias. Encontró una tumba y sarcófago con su momia dentro, un cuerpo que según él, debía haber correspondido a una doncella, dado su tamaño y delicadeza. Hizo abrir y hurgar entre los revestimientos y las vendas, en busca de objetos, porque “*en El Cairo me dijeron ... que se encuentran dentro de las momias ... pero no vi nada*”¹⁵³. De aquella jornada fascinante escribe a su amigo Mario que habían de hablar sobre muchas cosas cuando volviera a Italia, muchas que tenían que interesarle sobremanera, “*como no menos le agradará verlas cuando in scia’llàh (sic) le muestre en Nápoles mis momias que ya he enviado a Nápoles vía Sicilia*”¹⁵⁴.

El 14 de diciembre, poco antes de la caída de la noche se puso en camino para llevar a cabo su visita al monasterio del Monte Sinaí. La marcha iba a ser muy dura, razón por la que tuvo que contratar una caravana de camellos, gastando casi un día en una compleja y lenta negociación que le sacó de sus casillas¹⁵⁵. El concurso de los camellos era imprescindible, pues dice también que, como el camino que había que hacer carecía de agua, los camellos eran los únicos animales capaces de resistirlo. La vigilia de Navidad alcanzaron los muros del monasterio, donde se alojaron, visitándolo luego con atenta devoción. Naturalmente, unos días después fueron al monte Horeb y al monte Sinaí. Le dijeron que desde la cumbre de éste era posible “*descubrir muy lejos el mar Rojo y el Mediterráneo también*”¹⁵⁶. Pero como en la cima había mucha nieve y flotaba una gran niebla que apenas sí dejaba distinguir “*nada a cuatro palmos*”, no pudieron ver ni uno ni otro. De vuelta al monasterio, como muchos otros piadosos peregrinos antes y después de él, dejó un recuerdo votivo en honor de Santa Catalina. Llevaba preparada para ello una tablilla de plata, con una inscripción en latín¹⁵⁷. Al fin, el 29 de diciembre abandonaron el monasterio y marcharon de vuelta a El Cairo, dispuestos a preparar la continuación del viaje a Tierra Santa, donde esperaba llegar en plena Semana Santa y Pascua. Como la ruta era muy dura y falta de agua en casi todos sus tramos, había que hacer buena provisión de ella para todo el viaje. Irían en caravana, aunque como escribe en carta de 7 de marzo, “*esta vez es pequeña, no creo que pasemos de cien camellos en total*”¹⁵⁸. Hasta el momento de la partida aprovechó el tiempo para visitar algunos sitios poco frecuentes de la capital egipcia, de lo que da parte a su amigo con gracioso desparpajo. Lo primero es el aviso de que va a contarle cosas que espera no lleguen a “*ofender oídos castos como los de Su Señoría*”¹⁵⁹. Le escribe luego que hay fuera de la ciudad de El Cairo muchos sitios donde se ejercía la prostitución. No se trataba de pueblos o barrios -puesto que insiste en que no hay casas-, sino una especie de áreas con instalaciones muy elementales y ocupados por mujeres “*que sin temer castigo alguno, quieren hacer públicamente el arte de la*

¹⁵² P. della Valle.- Op. cit. (1650). Para la descripción, 360-368. La referencia a su buen juicio como italiano, 360. Y la acotación sobre la validez de la guía y su falta de tiempo para medirlas, 361.

¹⁵³ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 386.

¹⁵⁴ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 399.

¹⁵⁵ La negociación debió ser larga y compleja, tanto que, como dice con desesperación, para fijar el precio y elegir los camellos adecuados “*estos malditos árabes, con mil gritos que nunca acababan, consumieron a despecho del mundo una jornada entera*”. Así, P. della Valle.- Op. cit. (1650), 401.

¹⁵⁶ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 427.

¹⁵⁷ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 432-433: la inscripción -433- finaliza diciendo que: “*...PETRUS DE VALLE / PATRICIUS ROMANUS / ITINERIS ET PIETATIS IUXTA / MONUMENTUM HOC POSUIT / M.D.C.XV.*”

¹⁵⁸ P. della Valle.- Op. cit. (1650), “*Lettera 12. dal Cairo. De’7. di Marzo 1616*”, 452-473. Véase 453.

¹⁵⁹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 456.

*meretriz*¹⁶⁰. Andando entre las construcciones, los visitantes las veían a uno y otro lado, pues “*se exponen libremente, vestidas o desnudas, a quien quiera*”¹⁶¹, ejerciendo su oficio en pequeños reservados, sobre la misma tierra, a cubierto apenas de quien pasara por allí. Y no sólo eso, pues con poco gasto se podían improvisar espectáculos a cual más subido de tono. Cuenta que “*por poquísimos dinero participan todas las mujeres del entorno, se desnudan y hacen entre ellas mil juegos extraños, saltos bailes y otras cosas las más locas del mundo que es bien callarlas*”¹⁶². Dos siglos después, Gustav Flaubert narraría experiencias parecidas en El Cairo y durante su viaje por el Nilo, aunque a diferencia del italiano -si es que éste no calla, como sería lógico por otra parte-, el novelista francés pasó con gusto a mayores¹⁶³. En la misma línea, della Valle escribe sobre unas bailarinas profesionales, que se acompañaban con instrumentos de música y cantos, que ofrecieron su arte en una boda copta, lo que le trajo a la memoria que ya había disfrutado de su espectáculo durante el carnaval en su misma casa. Dice que estas bailarinas son llamadas *cenghì*, por uno de los instrumentos que tañen, en turco *cengh*, que es una especie de arpa. Los espectáculos consistían en bailes muy gentiles, acompañados de música y canciones amorosas, y los pasos de baile trataban de evocar la historia cantada. Pero añade que las *cenghì* de El Cairo eran muy distintas de las de Constantinopla. Tal vez por el calor o por ser más proclives al mal, dice él, pues los bailes “*consisten en movimientos del talle, hechos en tierra, sobre un tapiz, en distintas formas y posturas, pero todas representando actos obscenos, cien veces más descarados que los de la chacona o la zarabanda española: en conclusión, que las gaditanas de Marcial no tendrían nada que aprender aquí. Y lo hacen a la vez que cierto sonido y canto que yo le haré escuchar con la guitarra, Señor Doctor, cuando vuelva*”¹⁶⁴. No puede negarse que tanto las experiencias vividas como la forma de contarlas tienen una pícaro gracia, y más si pensamos que se trata de recuerdos escritos en 1616, aunque publicados en Roma -en la misma Roma-, treinta y cuatro años después.

Poco después de aquellas últimas visitas y descripciones de la vida diaria de El Cairo, Pietro della Valle recuperó la seriedad, y se puso a narrar lo que aún pensaba iba a ser la “*última parte de nuestra sagrada peregrinación*”, en una larguísima misiva fechada el 15 de junio en Aleppo¹⁶⁵. El martes 8 de marzo de 1616 se puso en camino con varios camellos y algunos asnos, acompañado de varios servidores y una alegre tropa de amigos cairotas árabes, turcos y europeos, que le siguieron algunos kilómetros como despedida. Después, el desierto y los campos de cultivo, aldeas y soledades hasta que el 24 de marzo llegaron a Gaza, “*ciudad famosa, principio de Palestina y tierra de filisteos*”, donde descansó un tiempo y visitó las curiosidades, como “*el lugar donde estuvo el palacio antiguo arruinado por obra de Sansón*”¹⁶⁶. Días después se adentraron en la región, pasando por Giaffo -hoy, Tal Aviv/Yafo, que dice era el puerto de Palestina- y por Rama. Sufrieron entonces el primer intento de robo a cargo de una banda de árabes armados con

¹⁶⁰ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 456.

¹⁶¹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 457.

¹⁶² P. della Valle.- Op. cit. (1650), 457.

¹⁶³ Bien es verdad que el libro de viaje a Oriente de Gustav Flaubert, tal y como lo conocemos hoy, responde a sus notas personales, y no es un texto preparado para publicar. No creo que de haber llegado a hacerlo -lo que en verdad no quiso en modo alguno, costándole ello una fuerte discusión con su amigo Maxime Du Camp-, hubiera dado a la luz detalles de sus experiencias en los burdeles y con las famosas almeas. Así, véase G. Flaubert.- *Voyage en Orient*, en *Oeuvres complètes*, edición y notas de B. Masson, Aux Éditions du Seuil, Paris 1994, Tome Deux, 549-705. Vid. 561 ó 573-574. Para una versión española: *Viaje a Oriente (Octubre, 1849- Junio, 1851)*. Edición de M. Gras Balaguer. Ediciones Cátedra, S. A., Madrid, 1993. Escenas de este tipo en 88 ó 133-134.

¹⁶⁴ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 459.

¹⁶⁵ P. della Valle.- Op. cit. (1650), “*Lettera 13. da Aleppo. De’ 15. di Giugno 1616*”, 474-634.

¹⁶⁶ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 486 y 488-489.

largas lanzas, defendiéndose los peregrinos con bravura y teniendo que tirar de la espada el mismo Pietro Della Valle¹⁶⁷. El día 29 de marzo salieron de Emaús, avanzando aquella última etapa hacia la Ciudad Santa a través de montañas y valles muy bien cultivados, hasta que al mediodía llegaron a los muros de Jerusalén y entraron por la “*puerta que llaman de Rama, en árabe Bad al Chahil, próxima al castillo o ciudadela*”¹⁶⁸, alojándose en el convento del Santo Sepulcro. Ya en la ciudad, nuestro viajero se sumergió en las ceremonias de la Semana Santa y en las devociones propias de los peregrinos. El Jueves Santo caminó por la Vía Dolorosa y estuvo en Getsemaní y el torrente Cedrón; el Viernes Santo oró en la iglesia del Santo Sepulcro e hizo varias visitas piadosas, ocasión que le da pie a citar los abusos que las autoridades turcas ejercían sobre los peregrinos, especialmente los pobres, que sin ser avisados se encontraban con gabelas para ejercer cualquier devoción: por entrar en la ciudad, por acceder al Santo Sepulcro, por ir al Jordán o al Monte de la Cuaresma, etc., etc. Y cierra su lista de agravios diciendo a su amigo Mario Schipano: “*de modo que Vuestra Señoría ve cómo tratan mal los turcos a los pobres peregrinos*”¹⁶⁹. El Domingo de Resurrección oyó misa en la iglesia del Santo Sepulcro, en el que depositó una tablilla de plata “*semejante a la otra que dejé ya en el Monte Sinaí, sobre el sepulcro de Santa Catalina*”¹⁷⁰. Los objetivos del viaje trazado en Italia parecían pues haberse cumplido en su totalidad. Incluso se sentía orgulloso del esfuerzo aplicado, gracias al cual había conseguido su objetivo y bien, por lo que escribió que estaba “*plenamente satisfecho de la visita a todos los lugares santos y notables de Jerusalén y sus alrededores, que ciertamente no sé si nunca italiano alguno habría visto tantos*”¹⁷¹. Así pues, el 19 de abril, tras despedirse cordialmente de los padres franciscanos, salió de Jerusalén por el camino de Damasco. El viaje fue lento y problemático, dado que uno de sus servidores italianos más cercanos, Tomaso, se encontraba muy enfermo. Pasaron por Nazaret y muchos otros sitios evocadores, divisaron los Montes Líbano nevados en la lejanía y, al fin, el último día de abril, tras caminar mucho tiempo por una llanura pelada y sin apenas vegetación, llegaron a una zona llena de cultivos y arbolado, y hacia el final de la tarde a las murallas de Damasco, puesto que era aquella una “*ciudad que como Roma, está de tal modo rodeada de jardines, que antes de llegar a sus muros se camina durante una milla o dos por en medio de ellos*”¹⁷². Después de alojarse todos y encomendar a Tomaso al cuidado de los médicos, comenzó a visitar la ciudad, trabando conocimiento con un sacerdote maronita, llamado Michel Tatila, que le habló en italiano y con el que compartió todos los días que duró su estancia en Damasco. Della Valle visita y describe todos los sitios de interés histórico o religioso, como el lugar donde San Pablo cayó de su montura, las mezquitas o los bazares que le impresionaron favorablemente, diciendo que eran “*muy bellos y espaciosos, algunos cubiertos con cúpula, todos protegidos, con un trazado muy grande y contruidos en buena fábrica de piedra*”¹⁷³. En su carta dice que la ciudad de Damasco le parecía tan grande como Nápoles, incluso similar a aquella en muchas cosas, como su abigarrada población, la magnitud de sus populosos barrios o sus muchos jardines. Pero había que partir, y el 23 de mayo salieron con dirección a Aleppo. Pasaron por Homs, cerca de la cual vería “*la bella llanura donde Aureliano, emperador*

¹⁶⁷ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 495.

¹⁶⁸ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 497.

¹⁶⁹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 522.

¹⁷⁰ Por su comentario sabemos que Mario Schipano había escrito las leyendas latinas de ambas tablillas. La que dejó en el Santo Sepulcro de Jerusalén decía así: “*PETRUS DE VALLE / PATRICIUS ROMANUS / SACRAE PEREGRINATIONIS LABORES / SUSCEPTIQUE VOTI PIETATEM / HOC DONARIO CONSIGNAVIT / M.D.C.X.V.I.*” Así, P. della Valle.- Op. cit. (1650), 535.

¹⁷¹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 575.

¹⁷² P. della Valle.- Op. cit. (1650), 598.

¹⁷³ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 601.

*nuestro, dio batalla y tuvo gran victoria contra la famosa reina Zenobia*¹⁷⁴. En Hama volvería a citar a su guía de cabecera, el celeberrimo Belonio, cuando al llegar ante las no menos famosas norias de Hama, dice que “*observamos aquí estas mismas ruedas grandísimas de madera vistas en el Belonio, que suben el agua del río y la llevan a lo alto, desde donde se distribuye por toda la ciudad*”¹⁷⁵. Continuaron luego su marcha y tras cruzar algunos sitios interesantes, a las tres horas del día 3 de junio llegaron a la ciudad de Aleppo, donde su destino iba a tomar un rumbo por completo inesperado.

Los cónsules de Francia y Venecia le recibieron muy cordiales, asegurando su alojamiento. Durante los tres meses que pasó en Aleppo, Pietro della Valle tuvo ocasión de visitar la ciudad, con sus bazares y mezquitas, aunque la verdad es que no le gustó demasiado, a excepción de su impresionante fortaleza central: “*sólo el castillo me agrada mucho*”¹⁷⁶. Más importante es destacar que durante su larga estancia fue madurando la idea que quizás estaba ya naciendo en su cabeza, cuando salieron de Jerusalén camino de Damasco: marchar al este. Aleppo era el centro de un intensísimo tráfico de mercancías y comerciantes. Allí confluían bienes de todo Oriente, como “*joyas, sedas, especias y tejidos*”, y comerciantes europeos o por cuenta de éstos actuaban ventajosamente, como probaba la presencia de cónsules de Francia, Venecia, Holanda e Inglaterra¹⁷⁷. Una buena parte de esa riqueza venía o iba hacia Irán. Della Valle pensaba y pensaba, empezando entonces a barruntar qué hacer a partir de ese momento: volver a Italia o, quizás En su primera carta desde Aleppo escribía a su amigo: “*de aquí en adelante quiero andar solo y ver qué cosa sabré hacer*”. Pero dudaba, pues añade luego que “*bien quiero irme pronto de aquí, porque no sé qué hacer*”¹⁷⁸. En una nueva carta también fechada en Aleppo¹⁷⁹ empieza a definirse con mayor claridad su creciente interés: por vez primera aparece citada Persia, aunque sea por la casual circunstancia de la llegada a Aleppo del Pachá de Damasco “*que iba a la guerra de Persia a encontrarse con el Gran Visir*”¹⁸⁰. En esta carta breve da cuenta de dos fenómenos vividos por él durante su estancia: un terremoto -“*tan grande que las gruesísimas bóvedas y los muros fortísimos del alojamiento donde yo estaba temblaron todos como hojas sacudidas por el viento*”¹⁸¹- y un eclipse lunar, observado poco antes del alba. Por fin, el gran giro de su vida sería decidido y contado a Mario Schipano en una de las más breves cartas de su correspondencia, fechada el 16 de septiembre de aquel mismo año, en la que el viajero adopta un tono literario y casi humorístico, en el mejor espíritu de la academia romana¹⁸². Le dice a su amigo que había llegado hasta sus oídos “*tal fama de la belleza de la Aurora*” -refiriéndose, claro está, al gran imperio safaví de *šāh* ‘Abbās, que por el este se enfrentaba entonces a los turcos-, “*que inflamándome del ardiente deseo de verla y aún de gozarla, he sido impelido a emprender otro viaje no menor que el ya hecho*”¹⁸³, y le dice que para ello ha de atravesar los países estériles de los hijos de Ammón, cruzar las aguas del Paraíso que riegan la Torre de Babel y marchar así hacia el reino de la Aurora. La suerte estaba echada. Sin saberlo, comenzó así la marcha hacia su ignorada cita en Qazvīn con un embajador español.

Ya de camino hacia Bagdad, primera etapa de su viaje a Irán, le escribirá a su amigo desde el desierto mismo otra breve carta, informándole de la necesidad de ir en

¹⁷⁴ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 610.

¹⁷⁵ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 611.

¹⁷⁶ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 617.

¹⁷⁷ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 617.

¹⁷⁸ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 625.

¹⁷⁹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), “Lettera 14. da Aleppo. De’27. di Agosto 1616”, 627-634.

¹⁸⁰ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 629.

¹⁸¹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 629-630.

¹⁸² P. della Valle.- Op. cit. (1650), “Lettera 15. da Aleppo. De’16. di Settembre 1616”, 635-640.

¹⁸³ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 635.

caravana por los peligros de la ruta, y de que había comenzado a estudiar el árabe¹⁸⁴. Pero hasta su alojamiento en la antigua capital del Tigris no le contaría en detalle las circunstancias del trayecto y las primeras experiencias en Mesopotamia. Volvió entonces a dar razones de su nuevo viaje, diciendo que sobre todo era “*un ansia ardiente ... por andar a ver y conocer en vivo a un valeroso rey entre todos los del mundo*”¹⁸⁵. Como las autoridades turcas ponían toda suerte de trabas o incluso impedían los desplazamientos de europeos por su territorio oriental en dirección a Irán, conscientes como eran de que los más iban a poner sus conocimientos al servicio de los enemigos de la Sublime Puerta, a trazar alianzas contra Estambul o a comerciar con pérdida para la economía otomana, el viaje hubo de prepararse con todo secreto. Quiso primero aprovechar una caravana que iba camino del Éufrates desde Aleppo, pero no fue posible. Después se supo de otra que “*por la vía de la Arabia desierta atravesaba todo el desierto en línea recta sin tocar casi nunca lugar habitado*”¹⁸⁶: se escogió ésta y se acordó un punto de encuentro en la estepa. Equipado y despedido secretamente por los cónsules de Francia y Venecia, el viernes 16 de septiembre de 1616, “*afeitada la cabeza, puesto el turbante y vestido con todos los míos al estilo sirio, para no ser conocidos*”¹⁸⁷, partió en busca de su caravana, que entonces se encontraba a unas seis millas de Aleppo. Luego vendría la dura marcha por el desierto de Siria, la estancia en las ruinas de Achla y otras contingencias, hasta que el sábado 1 de octubre, “*a poco más de una hora de sol, ... vi correr el Éufrates, tan famoso en el Mundo Antiguo*”¹⁸⁸. Prosiguieron luego su curso, más cerca o menos, pero siempre a la vista, hasta que el día 6 llegaron a la ciudad de ‘Ānah¹⁸⁹, donde se solía cruzar la corriente valiéndose de una profusión de barcas, manejadas por gentes que hacían profesión del transporte de viajeros y caravanas de una a otra orilla. Los habitantes de aquel lugar le llamaron mucho la atención, pues eran beduinos, pero “*beduinos los más civiles del mundo y de vestido y presencia no sólo honorables, sino caprichosísimos*”¹⁹⁰. Permanecieron cinco días allí, recuperándose del viaje, hasta que el domingo 9 de octubre, toda la caravana pasó al otro lado del Éufrates. Diez días después llegaron a la orilla del Tigris, que entonces le pareció “*sin duda más grande que el Éufrates*”¹⁹¹. Prosiguieron bajando su curso y descansaron aquella noche en Imán Musa: la mañana del día 20 de octubre se pusieron de nuevo en camino, y poco después llegaron a Bagdad. Aquella legendaria ciudad tampoco le agradó demasiado. Escribe que su parte occidental era como gran barrio abierto y sin murallas, al oeste del Tigris, pero que la parte “*principal de la ciudad, circundada de murallas todo alrededor y junto al río era la de la orilla izquierda, a Oriente del Tigris*”. Que las dos partes de la misma estaban construidas con adobes buenos pero sin cal, “*al estilo turco, por lo que sucede que son poco sólidas y faltas de durabilidad*”¹⁹². Comenta luego del castillo donde residía el Pachá, de los muchos bazares cubiertos y bien surtidos, los jardines de palmeras datileras, granados y limoneros, así como del puente de barcas que unía los dos grandes distritos. Dice también que cada año se producían inundaciones hacia el mes de agosto, debido al “*deshielo de las nieves de las montañas*”¹⁹³. Estando allí se produjo un hecho luctuoso entre dos de los servidores italianos que le habían acompañado hasta entonces: uno de ellos asesinó al otro. Como viajaban de incógnito fue preciso esconder el

¹⁸⁴ P. della Valle.- Op. cit. (1650), “Lettera 16. del Padiglione nel Deserto. De’21. di Settembre 1616”, 641-649.

¹⁸⁵ P. della Valle.- Op. cit. (1650), “Lettera 17. da Baghdad. De’10 e 23. di Dicembre 1616”, 650-770. Vid. 651.

¹⁸⁶ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 653.

¹⁸⁷ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 654.

¹⁸⁸ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 667.

¹⁸⁹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 671.

¹⁹⁰ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 678.

¹⁹¹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 683.

¹⁹² P. della Valle.- Op. cit. (1650), 691.

¹⁹³ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 696.

cadáver de Lorenzo y hundirlo luego en el río, con un peso atado en los pies¹⁹⁴. El asesino, Tomasso, se refugió primero en casa de un renegado maltés, pero terminaría siendo enviado de vuelta a Aleppo. El 19 de noviembre se propuso ir a conocer las ruinas de Babilonia y así, tras un viaje de algunos días y haberse parado en el caravansar de Musējib y en alguno más, como tantos otros viajeros europeos harían después de él, a mediodía del 23 de noviembre alcanzó Babilonia. Pietro della Valle hizo una curiosa descripción de sus ruinas, tomando datos y muestras e incluso excavando en una gran plataforma -sin duda, la colina de Babel-, apreciando cosas tan llamativas como los materiales de construcción, que “*son todos adobes muy grandes y gruesos de tierra cruda*”¹⁹⁵, *secados al sol, según creo, al estilo de las tapias de España, y están aparejados no con buena cal, sino con el mismo barro*”¹⁹⁶. Acabada su visita se dirigió a Hilla y luego volvió a Bagdad.

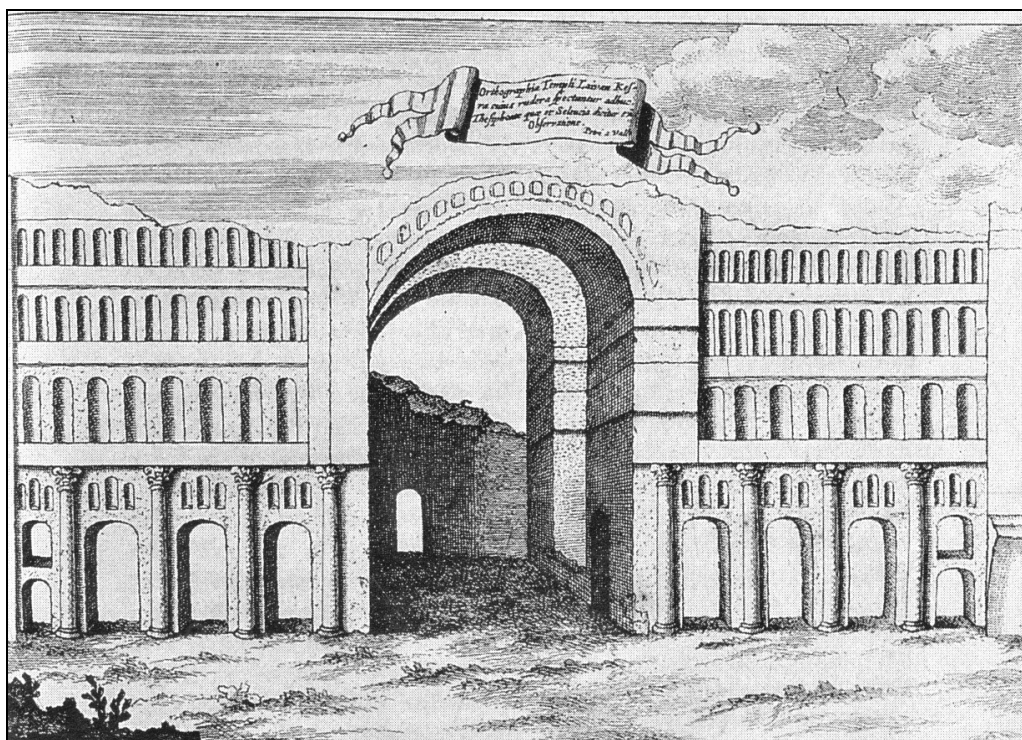


Fig. 7. Fachada e iwān del palacio sasánida en Ctesifonte, según dibujo del pintor que acompañaba a Pietro della Valle, grabado para la obra de Athanasius Kircher *Turris Babel*, Amsterdam 1679 (en A. Invernizzi, op. cit. (2005), fig. 37)

Durante su estancia allí aún haría algunos otros viajes por los alrededores, con la idea de conocer ruinas o monumentos de los que le hablaban sus amigos o conocidos. Así, da cuenta de un viaje en barca curso abajo del Tigris, para ir a ver ciertos lugares antiguos que “*los hebreos de ese país dicen que son de Nabucodonosor, pero a mi parecer se*

¹⁹⁴ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 703.

¹⁹⁵ Repito su terminología, aunque es bien sabido que en español se utiliza la palabra adobe para designar al elemento de construcción cuadrangular o rectangular secado al sol; ladrillo, para el elemento de formato parecido pero cocido en hornos adecuados, y tapial, a la masa con la que se elaboran los adobes, pero colocada en este caso entre tablones, y apelmazada luego -retirándose los tablones una vez seca-, con la que se daba cuerpo y alzado a las bardas o tapias del medio rural.

¹⁹⁶ Las notas y los comentarios sobre Babilonia merecen mucho más espacio del que aquí puedo dedicarle. Para su descripción, véase P. della Valle.- Op. cit. (1650), 712-718. Antonio Invernizzi considera con detalle el asunto en su edición limitada a temas escogidos, que compara los datos publicados después y los del diario que el viajero italiano llevaba consigo, aún no publicado. Así P. della Valle.- *In viaggio per l'Oriente. Le mummie, Babilonia, Persepoli*. Edición de Antonio Invernizzi. Edizioni dell'Orso, Alessandria 2001, 29-31.

*engañan y son bastante más modernas*¹⁹⁷. Plácidamente se dejaron llevar por la corriente, pasando junto a la desembocadura del río Diyala “*que viene de Persia*”, hasta que llegaron a una localidad llamada Sulayman Pac, dominada por una impresionante construcción, de lejos parecida a un arco triunfal. Así que “*la primera cosa que hicimos nada más saltar a tierra fue andar derechos ... a ver las ruinas de un gran edificio, en torno a una milla tierra adentro, que los hebreos de hoy dicen que era el templo donde Nabucodonosor hacía adorar su estatua de oro*”¹⁹⁸. Se trataba en realidad de las ruinas de Ctesifonte, lo que deduce el viajero fiándose de los informes árabes y las fuentes clásicas. Literalmente dice que los musulmanes, “*más doctos y que yo creo más*”, llamaban al lugar “*Aiuan Kefra*”, o atrio del César, construido según ellos por el rey de Persia¹⁹⁹. De donde concluye que era la ciudad de Ctesifonte mencionada “*en las guerras de nuestros emperadores con los persas o con los partos*”²⁰⁰. Describe su fábrica, toda ella hecha “*con ladrillos de buena calidad, gruesísimos muros y fachada orientada al este*”, recordando que el pintor que le acompañaba hizo un dibujo en perspectiva de la ruina²⁰¹. Vueltos a Bagdad, la carta continúa con algo del mayor interés para su biografía personal: las circunstancias de su boda y la persona de su esposa, Ma’anī. Empieza el largo relato diciéndole que le resta contarle algo de sus “*amores babilónicos*”, habidos en una región donde había sido instruido en sus lides, y que a diferencia de lo vivido en Roma o Nápoles, no le habían hecho delirar, recordando con ello las amargas y dolores de sus amoríos romanos. Pero como su amigo Mario Schipano era tan formal, se lo guardaba “*para contárselo despacio a nuestro Sr. Coletta, que no es tan serio*”, y pasa a escribirle a Mario, largo y tendido, de su esposa y de las circunstancias de su matrimonio. Como bien sabemos hoy, era ella asiria de nación y sangre, de aquellos antiquísimos cristianos que así se decían, dotada de excelentes cualidades, y una belleza que, como buen enamorado, describe con arrobos y verdadero cariño. Dice que se llamaba Ma’anī “*palabra árabe que se traduce por inteligencia*”²⁰², que había nacido en Mardin, de donde sus parientes y correligionarios habían sido expulsados por los kurdos, que era cristiana nestoriana, de madre armenia, que hablaba árabe y turco - “*como hace por lo común conmigo*”²⁰³. Luego cuenta despacio y con curiosísimos detalles cómo supo de ella, cómo llegó a conocerla e incluso su noviazgo y la primera vez que se cogieron de la mano y besó su frente.

Después de tan entrañable relato, Pietro della Valle detalla sus planes para ir a Isfahān en treinta días de ruta, con una caravana de 15 ó 16 mulos, porque quería “*ver aquella ciudad, aunque no esté allí la Corte*”²⁰⁴, pasando luego por Media a Qazvīn, y después de alcanzar la dicha corte y ver al rey, tornar presto a Italia. Pero la salida de Bagdad se iba a retrasar por rumores de guerras entre turcos y persas, y su retorno a Italia se pospondría aún mucho más. Todavía escribió otra carta desde la antigua capital de los ‘abbāsīs²⁰⁵, fechada el 2 de enero de 1617, víspera de su partida hacia Irán, donde cuenta que retrasó su viaje para hacerlo coincidir con el de unos comerciantes persas, que ya había

¹⁹⁷ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 727.

¹⁹⁸ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 728 y 730-731.

¹⁹⁹ Ciertamente, las ruinas aún visibles corresponden a la fachada e *īwān* del palacio sasánida, pero la ciudad fue fundada por los partos, que la convirtieron en una de sus capitales. Septimio Severo la conquistó y los partos la recuperaron poco después, hasta que los sasánidas hicieron de ella su centro principal en el 224 d. C. Aunque aún no hayan salido a la luz los restos de época parto, no hay que olvidar que en el arco de Septimio Severo se refleja Ctesifonte como un *īwān* y un gran palacio con cúpula. Así, U. Ellerbrock y S. Winkelmann.- *Die Parther. Die vergessene Grossmacht*. Verlag Philipp von Zabern, Darmstadt / Mainz 2012. Vid. 103.

²⁰⁰ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 731.

²⁰¹ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 733 y 734.

²⁰² P. della Valle.- Op. cit. (1650), 743.

²⁰³ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 743-744.

²⁰⁴ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 767.

²⁰⁵ P. della Valle.- Op. cit. (1650), “Lettera 18. da Bagdad. De’2. di Gennaio 1617”, 771-780.

mandado fuera de Bagdad una buena parte de su equipaje y las tiendas, pero que aquella noche había resuelto dormir en casa. El resto de la carta es una relación de las plantas, especias y minerales que recogía y mandaba a Italia. Al fin, el 3 de enero comenzaron la última etapa de aquella tan ya larga peregrinación.

Sus viajes y vivencias en el Irán safaví ocuparían dos gruesos volúmenes²⁰⁶, que lamentablemente no verían la luz hasta después de su muerte, acaecida en 1652. Las 492 páginas del primer volumen recogen cinco cartas de extensión variable, datadas las más en Isfahān: en la quinta y última, precisamente, se escribe de su encuentro con el embajador español. La primera misiva es de 17 de marzo de 1617²⁰⁷: dos días después, el embajador de Felipe III de España zarpaba al fin desde el puerto de Goa, rumbo a Irán y a su ignorada cita con Pietro della Valle. Acercándonos pues a ese momento, en estas cartas sabemos de los últimos avatares del viaje del italiano. Por la primera carta nos informamos de su trayecto entre Bagdad e Isfahān. El camino transitaba por el lado derecho del río Diyala, país seco y poco habitado, sólo y en parte por kurdos, de quienes habla: “*su traje es entre el turco y el persa, las mujeres van libremente, con el rostro descubierto y hablan normalmente con todos los hombres, tanto del país como extranjeros*”²⁰⁸. El 8 de enero entraron en territorio persa, pasando por Khānaqīn y, poco después, por unas ruinas que le merecen algunos comentarios: Qasr-i Shīrin, el “palacio de Shīrin”. Recuerda Pietro Della Valle que en su opinión se trataba de un palacio “*que fue de la Reina de un Chosrou, rey de Persia, de cuyos amores hay un poema famosísimo en persa*”²⁰⁹. Como es bien sabido, la cristiana Shīrin fue la esposa favorita de Cosroes II (590-628) y, entre muchos otros poetas, sus amores con el Rey de Reyes fueron descritos por Firdusi²¹⁰. Aunque no muy bien conocido, el complejo de Qasr-i Shīrin parece al tiempo una fortaleza, un gran palacio²¹¹ y un conjunto de jardines alimentados por un acueducto notable, y la relación con Cosroes y Shīrin²¹² podría muy bien ser cierta, aunque hasta ahora no haya sido investigado convenientemente²¹³. Adentrándose en Irán, el viajero italiano trocó sus vestidos por los propios de Persia. El día 13 andaban entre montañas nevadas, y la nieve y la ventisca ya “*no nos abandonó hasta Isfahān*”²¹⁴. Los fríos eran muchos, sufriendo todos tanto por ello como por la vista, dañada con el resplandor continuado de la nieve. Su esposa, joven y delicada, pero que cabalgaba bravamente y con buen ánimo, terminó enfermando pues, como dice él, “*estaba criada en un país calurosísimo, como Bagdad*”²¹⁵. Ya en Kangāvar, della Valle comenta las ventajas de Persia sobre Turquía en cuanto a bondad, población y cultura, en modo alguno inferior a la que tenía en esa época la Cristiandad²¹⁶. Hamadan le

²⁰⁶ P. della Valle.- *Viaggi di Pietro della Valle il Pellegrino. Descritti da lui medesimo in Lettere familiari All'erudito suo amico Mario Schipano. La Persia. Parte Prima*. A spese di Biagio Deversin, In Roma MDCLVIII: *Viaggi di Pietro della Valle il Pellegrino. Descritti da lui medesimo in Lettere familiari All'erudito suo amico Mario Schipano. La Persia. Parte Seconda*. A spese di Biagio Deversin, In Roma MDCLVIII. En el primer volumen, tras una dedicatoria a Su Santidad Alejandro VII, firmada por los hijos de Pietro della Valle -llamados Valerio, Erasmo, Francesco y Paolo-, sigue una nota también sin paginar, dirigida a los lectores y debida al mismo editor. Dice en ella Biagio Deversin, que tras la muerte de Pietro della Valle, la publicación del viaje por Persia se debía agradecer a a su esposa, María della Valle, y a sus señores hijos.

²⁰⁷ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), “Lettera 1. da Spahān. De' 17. di Marzo 1617”, 1-57.

²⁰⁸ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 6.

²⁰⁹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 8.

²¹⁰ A. Christensen.- *L'Iran sous les sassanides*. Ejnar Munksgaard, Copenhague 1944, 475-476.

²¹¹ D. Huff.- “Architecture sassanide”, en B. Overlaet (coord.).- *Splendeur des Sassanides*. Musées royaux d'Art et d'Histoire, Bruxelles 1993, 45-61. Vid. 52.

²¹² R. N. Frye.- *The History of Ancient Iran*. Verlag C. H. Beck, München 1984, 337.

²¹³ K. Schippmann.- *Grundzüge der Geschichte des sasanidischen Reiches*. Wissenschaftliche Buschgesellschaft, Darmstadt 1990, 119.

²¹⁴ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 8.

²¹⁵ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 16.

²¹⁶ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 18.

pareció una ciudad muy poblada, pero rústica, aunque llena de jardines. Se nota que iba con gusto, sorprendido del buen orden y cuidado existentes, pues “*Persia está toda habitada, es segura para caminar ... no se oye de correrías ni asaltos de ladrones que en Turquía son muy frecuentes*”²¹⁷. Ya cerca de su destino, en la localidad de Chāli Siāh, encontró a un servidor de los padres carmelitas descalzos de Isfahān, “*que informados por mi carta de mi llegada, me anunciaron a un ministro del rey*”, comunicándole que era un noble²¹⁸. Por fin, el 22 de febrero de 1617 llegaba a la gran ciudad del *šāh*. Dice nuestro viajero que quería partir a ver al monarca, pero con las guerras y las embajadas cambió de parecer, pues ignoraba además dónde podría encontrarse en aquel entonces. Así que resolvió quedarse allí todo un año, iniciando el relato de su vida en Irán con la descripción de la ciudad. Además de llamar la atención sobre los barrios de Taurus y Yulfa, Pietro della Valle dice que había dos cosas en Isfahān que le sorprendieron especialmente, cosas que podían parangonarse y superar incluso, a obras parejas de Constantinopla o de toda la Cristiandad: la plaza de Maydān y la gran calle. De la primera dice que “*mide 690 pasos míos de largo por unos 230 de ancho, y toda alrededor es de un mismo orden de arquitectura, igual y ajustado, nunca interrumpido por calles ni nada ... la cual unidad de arquitectura, tan grande, parece tan bien a la vista ... que me atrevo incluso a anteponerla a la Piazza Navona*”²¹⁹. También destacó la belleza del puente sobre el río, que era “*más ancho que los de Roma y tres o cuatro veces más largo que los nuestros*”²²⁰, así como la gracia de sus pórticos pensados en la gente de a pie. Por lo demás, la carta habla también de los alrededores de la ciudad y su agradable paisaje, de su población, tan varia y numerosa, de Roberto Sherley y de la libertad en que vivían gentes de tan diferente procedencia, pues “*todas las naciones extranjeras, de país o de creencias, por antigua costumbre y privilegio, viven y pueden vivir a su modo*”²²¹, de manera que él ya podía ser, abiertamente, Pietro Della Valle, huésped del rey.

La segunda carta, de 19 de marzo, está dedicada casi toda ella al discurso que pensaba pronunciar en la *Accademia degli Umoristi* cuando presentara el libro de sus viajes, una vez de vuelta a Italia²²². Sin embargo, la quinta y fechada el 18 de diciembre²²³ nos interesa más, porque junto a curiosas noticias sobre la población y las costumbres de las gentes de la India allí asentadas, o de los fieles zoroastrianos de Irán, declara las razones por las que había decidido quedarse un tiempo en el país. Escribe que éstas eran: la primera, porque quería servirlo en la guerra contra los turcos²²⁴, y la segunda, porque tenía ánimo de tratar con el monarca dos asuntos importantes. Uno de paz, en parte relativo a su esposa: la situación y condiciones de los asirios y caldeos. El otro de guerra, empujarle a la lucha contra los turcos, “*nuestros comunes enemigos*”²²⁵. Mediante esta carta sabemos también de las enemistades entre ingleses, portugueses y españoles, de los oficios “*diplomáticos*” de los religiosos en nombre de España, de la influencia de la comunidad de los carmelitas descalzos, que habían conseguido incluso conversiones de notorios protestantes, como “*el señor Alberto de Schilling, caballero alemán de Silesia, gran amigo mío, nacido hereje en Alemania*”²²⁶. Finalmente, la quinta y larguísima carta, fechada en dos ciudades distintas, Farahābāb y Qazvīn²²⁷, narra su gran viaje al encuentro del

²¹⁷ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 26.

²¹⁸ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 29-30.

²¹⁹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 33.

²²⁰ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 35.

²²¹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 55.

²²² P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), “Lettera 2. Da Sphahān. De’19. di Marzo 1617”, 58-66.

²²³ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), “Lettera 3. Da Sphahān. De’18. di Dicembre 1617”, 67-137.

²²⁴ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 97.

²²⁵ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 101.

²²⁶ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 135.

²²⁷ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), “Lettera 4. Da Ferhabad. De’primi giorni di Maggio, E da Cazvin. De’25. di Luglio 1618”, 138-315.

monarca, su estancia junto al Caspio y sus primeros pasos en la ciudad donde iba a encontrarse con el embajador español. El viernes 19 de enero de 1618 salieron de Isfahān, acompañados un tiempo por todos los padres carmelitas y agustinos, a más de “*todos los demás francos seculares*”. Luego, siguieron solos hacia la ciudad de Farahābāb, en la provincia caspiana de Mazanderan, donde tenían noticia de que por aquellos días se encontraba el rey²²⁸. Su joven esposa -tenía sólo veinte años- seguía la marcha a caballo, y Pietro della Valle la alaba por su sobriedad, por su valentía, por la gallardía con la que montaba a caballo, sin fatiga y como cualquier otro miembro de la caravana. Poco a poco y en dirección norte, hacia las montañas del Elburz, pasaron por Kāshān, alcanzando el 5 de febrero de 1618 los piedemontes en la localidad de Fīrūz-Kūh. Avanzando entre montañas, en una pequeña villa se encontró con Robert Gifford, “*gentilhombre inglés, conocido mío de antes*”²²⁹. El arbolado paisaje -tanto más cuanto más avanzaba hacia la vertiente septentrional del Elburz- le maravillaba, haciéndole reflexionar sobre cuanto se había dicho antes de Hircania, pues “*los antiguos (la) tenían por un país muy áspero, habitado sólo por tigres muy fieros (sí es que Mazanderan se incluye en aquella), pero ahora yo la encuentro un país muy bello, y habitado por unas de las mejores y más corteses gentes que haya en el mundo*”²³⁰. El 14 de febrero llegaron finalmente a Farahābāb, donde fue alojado por el visir. Era portador de dos cartas de presentación de su persona y visita, firmadas por el Vicario General de los Carmelitas. Una para Aga-mir, primer secretario del rey -con el que anudaría una buena amistad- y otra para Hussein-Beg que era, como “*dicen en España, Aposentador Mayor*”²³¹. Un grande de la corte vino a cumplimentarle y a informarse directamente de él, de cuánto pensaba quedarse, de su esposa y sus planes. Della Valle los reitera más adelante, afirmándose en su creciente animosidad contra los turcos: “*con el ardiente deseo que he sentido siempre de hacer mal a los turcos, sobre todo después de haber recorrido Turquía y visitado Tierra Santa*”²³². El 2 de mayo fue invitado por Agamir a ir a Ašraf, y mientras comían y charlaban animadamente junto a otros nobles, apareció de improviso el šāh ‘Abbās, cuyo aspecto describe: “*pequeño de estatura, más o menos como yo y quizás menos ... tiene nariz aguileña, bigote y cejas aún negras -si es que no se los tiñe-, lo demás del rostro y el mentón rasurado ... los ojos vivísimos, brillantes, risueños*”²³³. Después, el monarca le hizo multitud de preguntas, las más relativas al embajador español que se acercaba o a la política española con los turcos. El 11 de mayo la corte se trasladó a Qazvīn, al tenerse noticias de una amenaza turca. Poco a poco, todos los demás cortesanos o huéspedes le siguieron. Pietro Della Valle pasó por Teherán el día 6 de junio, y el 10 entró en Qazvīn, ciudad que le impresionó desfavorablemente: “*las calles son torpísimas, estrechas, torcidas, sin pavimentar y polvorientas ... los bazares de mala y torpe arquitectura*”. Nada justificaba las buenas informaciones que le habían dado de ella.

Al fin, la quinta carta, firmada de nuevo en Isfahān²³⁴, nos da cuenta de una audiencia pública dada por el monarca ante la puerta de su palacio, en la que estuvo presente el viajero italiano -oportunidad en la que ‘Abbās “*llamó al Mehimandar que cuida de los huéspedes, y le preguntó que se informase si yo estaba allí por algún negocio o por querer cosa alguna*”²³⁵-, y también nos informa de que al día siguiente supieron que el embajador español estaba a menos de una legua de la ciudad. Pietro della Valle mandó un intérprete suyo para visitarle, y un día después se adelantó al cortejo general y se encontró

²²⁸ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 144.

²²⁹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 181.

²³⁰ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 182-183.

²³¹ El cargo en sí lo escribe en español. P. della Valle.- Op. cit. Parte Prima (1658), 200-201.

²³² P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 206.

²³³ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 242-243.

²³⁴ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), “Lettera 5. Da Sphahàn. De’22. di Aprile, Et 8. di Maggio 1619”, 316-492.

²³⁵ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 317.

con el embajador, usando “*todos los términos de buena crianza y cortesía*”. A poco se les unieron muchos nobles persas, como Hussein Beg, y todos juntos fueron cabalgando y haciendo entrada en Qazvīn. El italiano observó atento al español, y parece evidente que entre los dos no surgió ninguna simpatía especial. Escribiría de él a Mario Schipano que “*este embajador de España se llama Don García de Silva y Figueroa; es bastante viejo, no sólo con la barba blanca, sino también falto de dientes, pero con todo es robusto. Entró en la ciudad a caballo, aunque para viajar solía ir en litera. Viene muy bien vestido, con todos los suyos, a la española: envarados, con gorgueras y otras galanterías que aquí son raras*”²³⁶. Añade además que fueron con el embajador hasta su alojamiento, y que él “*no sólo le acompañó hasta la cámara sino que se entretuvo en hablar de las cosas del país más de una hora*”²³⁷. Era, como ya se indicó más arriba, el 15 de junio de 1618.

3.- EL REDESCUBRIMIENTO DE LA ANTIGÜEDAD

Cerrado el circuito de tan largo viaje con su encuentro en el remoto norte de Irán, cuatro años después de que ambos hubieran partido de su patria y recorrido una buena parte del globo, hemos de abandonar el detalle de sus experiencias cortesanas y diplomáticas para entrar de lleno en el asunto principal que motiva estas páginas: sus aportaciones al redescubrimiento de la Antigüedad. Porque uno y otro se revelaron extraordinarios, distintos y primeros en muchas de las más interesantes referencias, como en la identificación segura de la ciudad de Darío y otras ruinas y monumentos, en la comprensión de la precisa naturaleza de los signos cuneiformes, en destacar las características peculiares de la arquitectura de las antiguas culturas de Oriente, en la realización de la primera documentación gráfica realista de relieves escultóricos o grandes monumentos, y en otras más que vamos a considerar. Las aportaciones de García de Silva han sido señaladas ya en algunas ocasiones²³⁸; las de Pietro Della Valle también, si bien éstas han merecido acaso mayor atención²³⁹. Pero voy a considerarlas ambas de nuevo y, sobre todo, valorarlas por lo que suponen unas y otras en sí y en la historia misma de la definición de la Antigüedad, en lo que andando el tiempo sería la ciencia de la Arqueología de Oriente Próximo.

3.1.- García de Silva y el hallazgo de Persépolis

La tarde del 5 de abril de 1618, el embajador español abandonó Šīrāz, camino de Isfahān. Pasó la primera noche en un caravansar medio en ruinas, y la siguiente en lo que entonces era un pequeño lugar, llamado Zarqān. Al amanecer, tras haber ordenado que los más de su séquito y la parte de la carga que aún esperaba, siguieran ruta hacia Mahin, donde él se les uniría más adelante, con una pequeña parte de sus servidores y un “*derviche o ermitaño*” por guía se encaminó la mañana del día 7 a lo que llama Margascan -debía referirse al pueblo y liso valle de Marv Dasht-, a cuatro leguas de donde había dormido aquella noche. Pues en el extremo nordeste de dicha llanura se encontraban las “*tan*

²³⁶ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 324.

²³⁷ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 325.

²³⁸ J. M^a Córdoba.- Op. cit. (1994), 353-360; (2005), 645-669; (2006), 89-97. J. M^a Córdoba y M. Mañé.- Op. cit. (2007), 29-48. F. Caramelo.- “Visões da antiguidade nos Comentários de Don García de Silva y Figueroa”, en R. M. Loureiro y V. Rosende (coord.).- Op. cit. (2011), 345-366.

²³⁹ A. Invernizzi.- “Discovering Babylon with Pietro Della Valle”, en P. Matthiae y otros (ed.).- *Proceedings of the 1st International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East*. Università di Roma La Sapienza, Roma 2000, 643-648; Op. cit. (2001): “La découverte d’Ur par Pietro della Valle”, en C. Breniquet y Ch. Kepinski (eds.).- *Études mésopotamiennes*. Éditions Recherche sur les Civilisations, Paris 2001, 243-248.

*renombradas ruinas de Chilminara*²⁴⁰: y luego de cruzar una región especialmente agradable, a mediodía llegó a la vista de aquellas, alojándose en una casa para descansar un poco con los suyos. Y por estar convencido -“*sin poderse poner duda alguna en ello*”-, de que aquellas ruinas de Chilminara tenían que ser las de Persépolis, fijó su posición en 28° y 58' de Latitud Norte.

Tras haber comido y reposado, a las 3 de la tarde de aquel día cubrió el cuarto de legua que mediaba entre la casa y las ruinas hasta llegar “*al pie del monte en cuya primera y más baja falda estaba esta gran máquina fundada*”²⁴¹. Es bueno recordar el día y la hora con precisión, pues aquella visita del embajador español es uno de los momentos cruciales en el redescubrimiento de la Antigüedad: las primeras horas de la tarde del 7 de abril del año 1618. Puede que antes de comenzar la ascensión a la gigantesca plataforma, Don García de Silva recordara a algunos de los anteriores visitantes del lugar, como al agustino portugués Antonio de Gouvea, que había publicado un libro titulado *Relaçam en qve se tratam as gverras e grandes victorias ...* (Lisboa, 1611), en cuyas páginas hablaba del lugar y sus imponentes ruinas, aunque sin relacionarlas con Persépolis y sí con la antigua Šīrāz. Pero la verdad es que García de Silva iba a ser pionero y original, apoyando su propuesta en los clásicos -Diodoro Sículo, Arriano, Plutarco, Quinto Curcio-, algunos más cercanos en el tiempo, como el boloñés Angelo Cospo, los comentarios que, en persona, le había hecho en España Antonio de Gouvea²⁴² y, sobre todo, afirmado en la propia convicción nacida de su misma experiencia entre tales columnas, relieves y ruinas.

Al pie de la montaña de Kuh-i Rahmat, parcialmente apoyada en la ladera, se levantaba una enorme plataforma de unos 450 m de frente por otros 300 de profundidad, que en algunos puntos alcanzaba los 15 m de altura. Don García destaca que el muro visto de aquella enorme construcción estaba formado por “*pedras de marmor, cuadradas, de maravillosa grandeza y de más de dos picas de altas*”²⁴³. Aunque hoy sepamos que en principio hubo un acceso meridional²⁴⁴, la entrada definitiva sería la monumental al oeste, formada por una doble escalinata de medidas y elementos colosales. Don García y los suyos subieron por ella, destacando el embajador en sus comentarios que eran parejas en trazado, en dos tramos cada una, que tenían “*estas hermosas y soberbias escaleras cuarenta pies, y no más alto cada escalón que quatro dedos, y el asiento de cada uno algo más de dos palmos*”²⁴⁵, por lo que deduce que debieron ser pensadas también para permitir el ascenso de los jinetes y sus monturas. Es notable que desde el inicio de su visita, el embajador tomara especial cuidado en anotar medidas precisas de cada elemento, en considerar la calidad de los trabajos de cantería o la perfección de los aparejos, y en proponer la funcionalidad posible de cada construcción. Así, en las escalinatas dice que lo que más sorprendía era el tamaño de las piedras usadas, pues habían sido ajustadas en bloques de cuarenta pies de ancho -unos siete metros-, que a su vez integraban cinco o seis escalones de altura en el mismo bloque, y que estos enormes módulos estaban tan finamente ajustados que era casi imposible distinguir las juntas, de modo que “*muchos juzgaron luego que las vieron ser toda la escalera de una sola piedra, o labrada en alguna peña que en aquella parte se hallase*”²⁴⁶. Acabado el ascenso que por ambos lados de las escalinatas converge en el mismo punto, se abrió ante ellos toda la extensión del espacio superior y, enfrente mismo, el pórtico que según sabemos hoy fue otrora llamado “Puerta

²⁴⁰ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 369.

²⁴¹ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 373.

²⁴² G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 393-394.

²⁴³ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 373.

²⁴⁴ H. Koch.- *Persépolis. Glänzende Hauptstadt des Perserreichs*. Verlag Philipp von Zabern, Mainz am Rhein 2001, 19.

²⁴⁵ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 374.

²⁴⁶ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 374.

de los países”, una construcción cuadrangular de 24,75 m de lado, con muros de adobe tiempo atrás perdidos, cuatro columnas en su interior y dos puertas monumentales, flanqueadas por dos animales gigantescos la del oeste, dos toros con cabeza humana en la del este. Una triple inscripción cuneiforme en persa antiguo, elamita y babilonio había declarado en su día que, por la voluntad de Ahuramazda, el Gran Rey y Rey de Reyes, Jerjes (486-465 a. C.), había levantado la “puerta de los países”²⁴⁷. Los animales monumentales de la fachada principal los veía Don García como “*dos grandísimos caballos de marmor blanco, mayor cada uno de ellos que un gran elefante*”, pero como se habían esculpido “*a lo heroico*”²⁴⁸, no le parecían en la proporción de verdaderos caballos: alaba luego la perfección del arquitrabe y su cornisa, el cuidado y finura de la talla, las proporciones de la única columna aún en pie y el monumental pórtico del este, con otros dos animales gigantescos, con cabeza humana. Esta impresionante entrada parecía orientar sus pasos a un espacio en el que aún se levantaban veintisiete enormes columnas, que por su tamaño y aspecto habían dado nombre popular al lugar, pues recordaban a los alminares, que eran -dice- “*unas torrecillas ... de gran altura, que tienen en sus mezquitas principales, mayormente en las grandes ciudades*”²⁴⁹. De lo escrito por el embajador deducimos que estaba hablando de los restos de la *apadana*, parcialmente enterrados por la acumulación de escombros, como el mismo Don García se cuida de señalar: “*a lo que ... buenamente se puede juzgar, ... por estar todo aquel plano donde están las columnas fundadas, muy ciego y levantado con las muchas ruinas y tierra que se le ha agregado*”²⁵⁰. Como es bien sabido, el colosal edificio se levantaba sobre una especie de *podium* de unos 2,60 m de altura y 60 m de lado. Tras modernas excavaciones²⁵¹ sabemos que la planta original se articulaba en tres pórticos -norte, este y oeste-, con doce columnas cada uno en dos filas, y una gran sala interior cuya techumbre estuvo apoyada por treinta y seis columnas en seis filas de a seis. A los pórticos norte y este se accedía por dobles escalinatas que flanqueaban los muros de cierre, decorados con relieves que representaban guardias, nobles, carros y grupos nacionales portadores de ofrendas. El parapeto de los tramos centrales se había decorado con bajorrelieves de guardias, así como del rey y el heredero recibiendo una audiencia. En aquel entonces, los escombros dificultaban la comprensión del conjunto, y como faltaba ya un buen número de columnas -cuyas basas habían quedado cubiertas por los derrumbes-, a Don García le pareció que las veintisiete columnas aún alzadas integraban un conjunto de seis hileras de ocho columnas cada hilera -es decir, que sumó las dos filas de uno de los pórticos a las treinta y seis del conjunto interior-, y que por ese cálculo y por “*las señales en que los pedestales o basas estaban fundados*”²⁵², concluye que debieron ser en total cuarenta y ocho columnas. Muchas se veían quebradas y medio enterradas: unas tenían perfectas estrías hasta arriba -las de la derecha de por donde entraron-, sin capitel, dice, aunque en lo alto de una de ellas se veía un *prótomos* de caballo, pero en conjunto le parecieron que hacían “*una bellísima perspectiva con admirable proporción y simetría*”²⁵³. Y aunque no fueran de una sola pieza, sino formadas por tres o cuatro tambores, estaban éstos tan perfectamente ajustados que lo parecían. Pensaba el viajero que sin la basa debían medir entre sesenta y setenta pies de altura. Eso aparte, las basas solas y los tambores sueltos le permitieron distinguir en el

²⁴⁷ H. Koch.- Op. cit. (2001), 22. Igualmente, P. Lecoq.- *Les inscriptions de la Perse achéménide*. Gallimard, 1997, 251-252.

²⁴⁸ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 374-375.

²⁴⁹ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 375-376.

²⁵⁰ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 377.

²⁵¹ E. Schmidt.- *Persepolis. I*. Oriental Institute Publications, LXVIII, University of Chicago Press, Chicago 1953, 70-106 y 162-169, planos 15-61.

²⁵² G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 376.

²⁵³ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 376-377.

centro “un agujero cuadrado de medio pie, conforme a las piedras grandes que hoy vemos en Europa de la obra romana antigua”²⁵⁴, donde se habían encastrado las grapas o lañas de “hierro o plomo” que habían trabado la obra. Cuidadoso en las medidas, Don García notaba la regularidad de distancia entre las distintas basas -“veinte pasos, de a dos pies y medio cada paso”- y, si bien el escombros acumulado le impedía asegurarlo, suponía que, de acuerdo con lo suntuoso del edificio, el suelo debía “estar cubierto de losas y tablas del propio marmor”²⁵⁵. Prosiguió la visita por otro conjunto marcado por nueva suerte de *podium* con escalinata decorada de relieves, con escenas de oferentes en procesión, así como animales cazando, como “un ferocísimo león que despedaza a un toro, tan al natural y con tanta ferocidad y braveza, que propiamente parecía vivo”²⁵⁶. El conjunto le parecía un patio rodeado de cuatro lonjas de sesenta pasos por doce, con numerosos apartamentos, entradas cuidadosamente esculpidas, jambas, arquitrabes y ventanas de piedra, destacando en las esculpidas “la perfección y belleza” y en todas “la dureza, lisura y hermosura de las piedras”²⁵⁷, y como eran oscuras y muy bien pulidas, el perro alano que les acompañaba se puso a ladrar su misma efigie reflejada en éstas, lo que provocó el natural regocijo²⁵⁸.

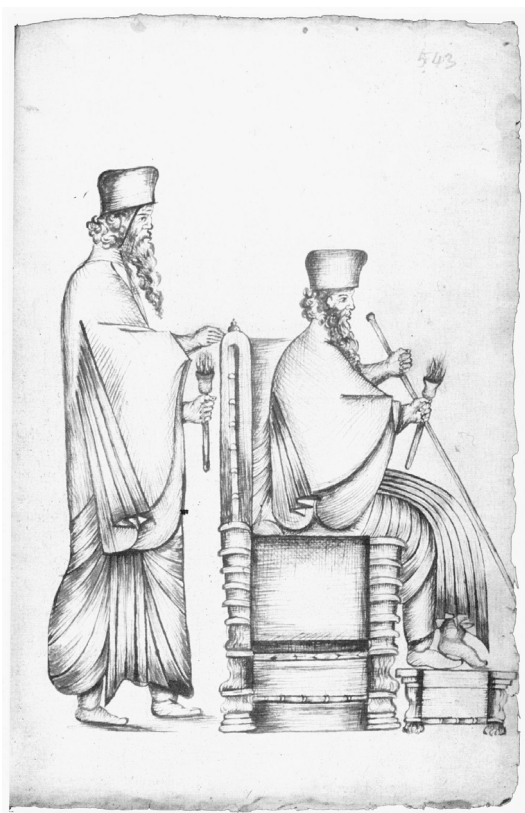


Fig. 8. Dibujo de uno de los relieves de Persépolis, mandado hacer por Don García de Silva, incluido en el Mss 18217 (según A. Invernizzi, 2001, fig. 21)

La descripción de relieves, puertas y ventanas, profusión de estancias y el acceso al conjunto mediante escalinata con relieves parece indicar que el embajador se estaba refiriendo al gran conjunto de las múltiples edificaciones que hoy llamamos escalinata de Artajerjes III (359-338 a. C.), palacio de Darío (522-486 a. C.), palacio de Artajerjes I (465-424 a. C.), palacio de Jerjes (486-465 a. C.), palacio de Artajerjes III, el Palacio D y el Tripylon²⁵⁹, dado que el complejo del mal llamado harén y el supuesto tesoro debían ser entonces un simple e indefinible montón de escombros y tierra. Al menos así lo creo en principio, a la vista de grabados hechos o publicados por viajeros posteriores, pero muy cercanos en el tiempo, como H. Jäger, J. Chardin o A. Bembo²⁶⁰.

Tras la descripción de estos complejos, Don García de Silva dedica varias páginas de su manuscrito a describir escenas y figuras de los relieves²⁶¹, destacando bien lo que le parecían figuras principales -el rey sentado en un trono con escabel a sus pies y

²⁵⁴ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 377-378.

²⁵⁵ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 378.

²⁵⁶ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 379.

²⁵⁷ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 380.

²⁵⁸ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 381-382.

²⁵⁹ H. Koch.- Op. cit. (2001), 41-45, 45-50, 50-51, 5154, 5556, 56, 56-57, 57-63 y 63-65, respectivamente.

²⁶⁰ Así, A. Invernizzi, op. cit. (2005), figuras 64, 77 y 78, o 106 y 108 para el último de los citados. Sobre el viaje de éste último y las láminas de J. G. Grelot, entonces tomadas, véase A. Bembo.- *Viaggio e Giornale per Parte dell'Asia (1671-1675)*, edición de A. Invernizzi. CESMEO, Torino 2005.

²⁶¹ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 382-387.

el príncipe detrás, o el monarca protegido por un quitasol que porta un servidor-, de las numerosas efigies de nobles o portadores de ofrendas, como los que llevaban torques, recipientes u otros objetos. El embajador mandó que un pintor integrado en su séquito copiara varias figuras y relieves, cuidando lo hiciera con una mínima veracidad. Andando el tiempo, aquellas curiosas láminas y su manuscrito original acabarían en la Biblioteca Nacional de España. Como se trata de los primeros dibujos no fantasiosos hechos en las ruinas de Persépolis, es importante señalar su primacía y el interés de los mismos, extremos ya glosados hoy por los especialistas²⁶².

Luego, Don García prosigue narrando su visita, que desde el confuso complejo meridional, donde el perro había provocado la simpatía de todos con sus juegos, le llevó

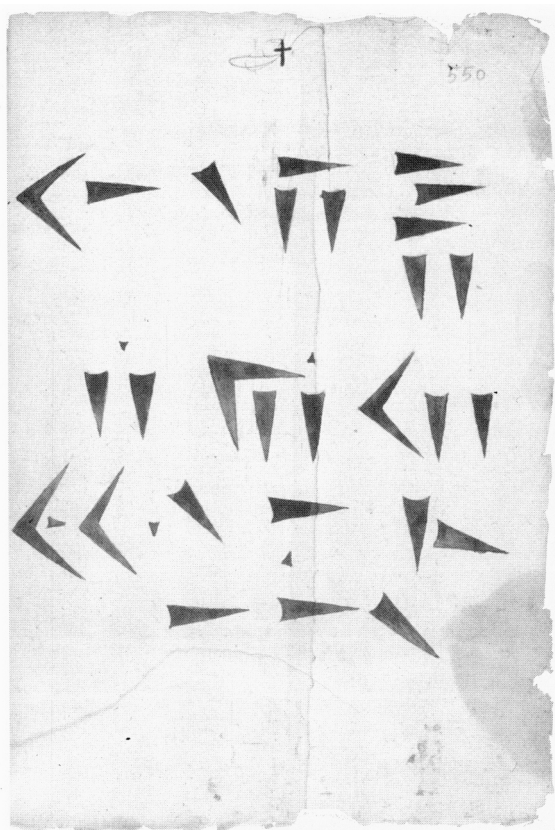


Fig. 9. Signos cuneiformes de Persépolis, mandados copiar por el embajador español. Lámina del Mss 18271 (según A. Invernizzi, 2001, fig. 30)

hasta otra acumulación más cercana a la ladera, casi en el centro de la mitad oriental del plano superior de la plataforma. Consideró que aquella ruina debía haber sido otro edificio de características similares a las de los ya vistos, pero mucho mayor, pues le parecía un cuadrado “perfecto de cien pasos de cada lado”, con numerosos nichos y puertas de piedra decoradas con relieves, aún en pie tras la desaparición de los muros de adobe, y un gran patio en el centro con “muchos y gruesos pedazos de columnas, la mayor parte enterrados”²⁶³. Sin duda estaba describiendo el gran conjunto de lo que se ha dado en llamar salón del trono o de las cien columnas²⁶⁴. Determinado por una enorme sala de 68,50 m de lado, que superaba en más de 1000 m² a la ya enorme superficie de la *apadana*, el edificio tuvo en su día una techumbre soportada por diez filas de diez columnas cada una, totalizando las cien que le han dado nombre. Allí mismo, sobre arquivoltas y frisos aparecían unos signos grabados profundamente en las piedras, que no se podían confundir con las muchas inscripciones dejadas por las gentes que por allí habían pasado a lo largo de los siglos, hechas con letras “arábicas, armenias, indianas y caldeas”²⁶⁵, rayadas o pintadas sobre las piedras, dado que las que estaban grabadas, bien ordenadas y talladas debían ser las que recordaban a los antiguos constructores. Por eso mismo, el embajador mandó al pintor que había hecho los dibujos de los relieves que “también sacase un renglón de una inscripción grande que estaba grabada en el triunfo de una escalera” -quizás se refiere al texto colocado en el centro del

²⁶² Cuando da cuenta de la copia de inscripciones, dice que “mandó el embajador al mismo pintor que dibujó las imágenes”: así, G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 388. Sobre los dibujos recogidos a instancias de García de Silva, es notable el estudio de A. Invernizzi en: op. cit. (2001), 71-79.

²⁶³ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 387-388.

²⁶⁴ E. Schmidt.- Op. cit. (1953), 129-137. También, H. Koch.- Op. cit. (2001), 68-70.

²⁶⁵ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 388.

frente exterior de la escalera del Palacio de Darío-, pues aquellas letras “*compuestas todas de pirámides pequeñas, puestas en diferentes formas, de manera que distintamente se diferenciaba un carácter del otro*” correspondían a las propias “*inscripciones de este antiquísimo edificio*”²⁶⁶. Es decir, que por vez primera también en la historia de la literatura de viajes y el redescubrimiento de Oriente, un erudito y viajero europeo por Oriente, Don García de Silva y Figueroa, estaba señalando que los signos en forma de pirámide -o cuneiforme, como se diría luego- habían sido escritura y no adorno, nada menos que la escritura propia de los antiguos persas.

En la cuesta misma de la ladera de la montaña, al otro lado de los restos de muralla aún visibles y “*que rodeaba todo lo que se ha descrito*”, había otra construcción a la que se accedía subiendo una escalera de piedra. Una vez arriba se encontraban ante “*una pared de treinta pies de alto y otro tanto de ancho ... en que había muchas figuras esculpidas*”, y al menos una principal, “*como de rey*”²⁶⁷. Delante de la fachada, entre ésta y la escalinata, le dijeron que había una especie de cista excavada en la roca, llena de agua de lluvia, de unos siete u ocho pies de largo por tres de ancho, como si hubiera sido una sepultura²⁶⁸. Unos cuarenta o cincuenta pasos hacia el sudeste, en la misma ladera, había otra construcción semejante, también cavada en la roca, con escaleras delante y una fachada esculpida y decorada con figuras. Pero él no llegó a ver ambas construcciones, dado que estando “*cansado de haber andado tanto tiempo mirando lo demás ... no se atrevió a subir ni ver estos dos últimos edificios pegados al monte*”²⁶⁹. Naturalmente, hoy sabemos bien que Don García habla de lo que llamamos “Tumba Norte o Tumba VI”, atribuida a Artajerjes III²⁷⁰, y que la otra construcción pareja, llamada “Tumba Sur o Tumba V”, suele asociarse con Artajerjes II²⁷¹. Los últimos párrafos de las páginas que el embajador español escribió sobre el lugar de Chilminara están dedicados a argumentar su hipótesis: que “*mirando bien el sitio ... nadie podría dudar haber sido en él la grande y famosa Persépolis*”²⁷², señalando que, a diferencia de las ruinas de Nínive y Babilonia, en aquel lugar coincidían “*variedad de escultura y excelente arquitectura ... perfección, dureza y hermosura de tantos marmores y jaspes*”²⁷³, a más de la presencia cercana de “*lo que parece haber sido sepulturas reales*”. En conclusión, que todo sumaba “*apariencia verdadera de haber sido la real casa y fortaleza de Persépolis*”²⁷⁴. Y refrendando su deducción, recuerda lo dicho por Arriano, Diodoro Sículo, Plutarco y Quinto Curcio alabando el palacio de los reyes persas por su belleza, así como los detalles de Diodoro sobre la fortaleza misma, o sobre la cercana presencia de las tumbas reales, “*y como en Persia, donde esto se escribe, falta del todo socorro y comodidad de los libros*” para consultar las dudas, “*habiendo visto y notado el embajador muchos años antes que pudiese él ni otro nadie imaginar que había de venir a Persia, el lugar de Diodoro en que describe el alcázar real de Persépolis, y también por la relación que fray Antonio de Gouvea, obispo de Cirene, le hizo en España, aunque indistinta y confusamente, de aquesta insigne fábrica*”²⁷⁵, así lo concluye. No cabía otra

²⁶⁶ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 389 y 388, respectivamente.

²⁶⁷ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 389.

²⁶⁸ Como en la terraza ante la fachada del hipogeo no existe cista alguna, y algunos metros más hacia el sudeste sí se conserva la boca de una cisterna de 4,15 metros de lado, es posible que los informantes mezclaran las referencias o Don García las confundiera, y la supuesta tumba excavada no se refiera sino a la cisterna. Sobre ésta última, véase H. Koch.- Op. cit. (2001), 73-74.

²⁶⁹ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 390.

²⁷⁰ H. Koch.- Op. cit. (2001), 71-74.

²⁷¹ H. Koch.- Op. cit. (2001), 74-75.

²⁷² G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 391.

²⁷³ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 391.

²⁷⁴ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 392.

²⁷⁵ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), 394.

posibilidad. Como en el caso de los signos escritos, también en esto era la primera vez que una descripción inteligente y directa de las ruinas, acompañada del comentario a las fuentes clásicas y los relatos de algunos viajeros, culminaba en tan sensacional afirmación: Persépolis, la vieja capital y palacio de Darío y los monarcas aqueménidas, se ocultaba en las ruinas que los persas y tantos otros viajeros europeos habían llamado Chilminara.

Tan relevantes conclusiones aseguran el digno papel que Don García de Silva posee en la historia de la ciencia. No obstante, y aunque este trabajo se limita a los hallazgos hechos en Irán, me siento incapaz de no mencionar al menos otras dos aportaciones igualmente dignas del embajador español: una de las primeras menciones a los monumentos funerarios de las antiguas culturas de la Península de Omán²⁷⁶, y su interesante descripción de las ruinas de Babilonia²⁷⁷, que por sí misma merecería una consideración específica que aquí no cabe hacer.

3.2.- Pietro della Valle y la primera curiosidad arqueológica

El relato de la jornada de Pietro Della Valle en Persépolis y la descripción consiguiente de sus ruinas y los lugares cercanos se recogen en la décimoquinta carta de las escritas en Persia, publicada en la segunda parte de los volúmenes dedicados al recuerdo de su estancia y viajes por el país²⁷⁸. Fechada en Šīrāz, escribe el viajero italiano que, habiendo obtenido el *placet* del *šāh* ‘Abbās para marchar de vuelta a su país, salió de Isfahān camino de la dicha Šīrāz el viernes 1 de octubre de 1621 y, tras seguir ruta y parar en distintas aldeas y caravansares, la mañana del miércoles 13 de octubre, habiendo dejado atrás el lugar donde habían pernoctado y cruzado la corriente del río Kur, avanzó “*hacia la famosa antigüedad que llamamos hoy Chejil minār, que es como decir, cuarenta columnas, reliquia soberbia de la antigua Persépolis*”²⁷⁹. La seguridad con la que señala el antiguo nombre de su objetivo, sin asomo de duda ni propuesta argumentada en las fuentes clásicas, cuando solía hacer buen uso de ellas en cualquier circunstancia -por ejemplo muy poco antes, pues al referirse al río Kur se remontaba a Estrabón, Diodoro o Quinto Curcio²⁸⁰- es realmente llamativa. Y es que da por sentada la identificación entre Chehil minār-Chilminara-Persépolis, cuando en las obras publicadas en las últimas décadas y potencialmente conocidas por él, como el *Rerum Persicarum Historia*, de Pietro Bizzarri (1583²⁸¹), o la *Relaçam ...*, de Antonio de Gouvea (1611)²⁸² -pues hay que dejar aparte los manuscritos de Girolamo Vecchietti, que no serían editados hasta mucho después²⁸³, o las notas personales del embajador español, no publicadas hasta una muy posterior e incompleta edición francesa²⁸⁴-, no se había hecho antes semejante propuesta en modo alguno, si es que no se confundía Šīrāz con Persépolis o, en el mejor de los casos, la escasez de datos era tal que no podrían haber servido de nada. Así que, como el mismo A. Invernizzi reconoce, las observaciones de della Valle sacan provecho evidente de las

²⁷⁶ J. M^a Córdoba y M. Mañé Rodríguez.- Op. cit. (2007), 29-48.

²⁷⁷ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1905), 81-112.

²⁷⁸ P. della Valle.- *Viaggi di Pietro della Valle il Pellegrino. Descritti da lui medesimo in Lettere familiari All'erudito suo amico Mario Schipano. La Persia. Parte Seconda*. A spese di Biagio Deversin, In Roma MDCLVIII. Véase, “Lettera 15. da Sciraz. De’21 di Ottobre 1621”, 258-303.

²⁷⁹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 278.

²⁸⁰ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 277.

²⁸¹ Fragmentos de la obra y datos de edición en A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 147.

²⁸² El párrafo correspondiente en A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 158-160.

²⁸³ Para las tardías ediciones y estudios, véase A. Invernizzi.- Op. cit. (2005), 169-170.

²⁸⁴ Por cierto, cuando Pietro della Valle llevaba ya casi quince años fallecido. Así, G. de Silva y Figueroa.- *L’Ambassade de D. Garcia de Silva Figueroa en Perse*. Traduit de l’Espagnol par Monsieur de Vicqfort. Chez Jean de Puis, à Paris 1667.

conversaciones que hubo de tener anteriormente con el embajador de España²⁸⁵, que había visitado el lugar algunos años antes, tomado notas y redactado sus conclusiones, quizás, en la inmediata y larga espera de Isfahān, antes de seguir camino hacia el norte. Y como vimos más arriba, él había sido el primero y el único hasta entonces en proponer, con argumentos variados y razonables, que Chilmínara y Persépolis eran la misma cosa. Lo lastimoso es que, acaso por la manifiesta falta de simpatía mutua, Pietro della Valle considerara irrelevante mencionar el nombre de García de Silva, lo que sí hizo en sus diarios personales, como señala el mismo Antonio Invernizzi²⁸⁶, dejando entrever en la cita tales conversaciones. Pero eso son flaquezas humanas que poco importan ahora.

Como bien sabemos por sus datos biográficos y los múltiples indicios que lo prueban, reiterados a lo largo de su viaje y sus copiosas cartas, Pietro della Valle poseía una profunda formación humanística y conocía bien a los clásicos grecolatinos e incluso a los bizantinos. En su descripción de las ruinas de Persépolis cita a Estrabón, Diodoro Sículo, Quinto Curcio, Eliano o Agatías, y entre los informantes más cercanos a Filippo Ferrari. Unía a ello una auténtica curiosidad arqueológica, capaz de hacerle tomar la piqueta y verificar cosas tan peregrinas entonces como saber cómo y de qué estaba hecha una estructura. Así, en Babilonia, recuerda que una edificación “*fue observada por mí mismo con diligencia, rompiéndola con piquetas en varios lugares*”²⁸⁷. Pero tornando a Irán y Persépolis, antes que él, el único que había hecho una inspección detallada de las ruinas y era dueño de un parejo conocimiento de las fuentes clásicas, además de inteligente capacidad para observar las ruinas, parecida a la del italiano, había sido Don García de Silva y Figueroa. Separados tal vez por carácter, pero próximos en tan singular afición, por fuerza tuvieron que cambiar impresiones más de una vez, por lo que Pietro della Valle disponía de una opinión cualificada y pionera antes de llegar al lugar de Persépolis. Ello no resta nada, claro está, al interés que tienen las observaciones del viajero italiano, que al fin y al cabo y durante mucho tiempo -hasta la publicación de los viajes de Jean Thévenot, en 1674²⁸⁸- sería autor de la más completa descripción de Persépolis conocida en los medios cultos europeos, pese a su tardía publicación.

Antes de acceder a las ruinas. Pietro Della Valle se detiene a comentar las razones del nombre que los naturales del país habían otorgado al lugar -Cehil minār-, pasando luego a describirlas *grosso modo*, diciendo que era una grande y antiquísima edificación, toda de piedra, situada en el extremo de la llanura, al pie de un monte; que no se podía comprender bien su estructura “*por estar casi toda en ruinas*”, avanzando con error notable que podría haber sido un templo o un palacio real en parte, incluso un lugar de sepulturas, pero que él se inclinaba “*más por la opinión de que había sido un templo*”²⁸⁹, lo que no deja de sorprender, teniendo en cuenta los indicios aportados por las fuentes clásicas. Empezando su visita, nuestro viajero se dirigió hacia la doble escalinata de mármol. Dice

²⁸⁵ Como escribe literalmente el autor, “*la sua visita di Persepoli segue di pochi anni quella di Garcia de Silva y Figueroa, e la relazione ha verosimilmente tratto vantaggio dai colloqui avuti in precedenza con l’ambasciatore spagnolo, benché le conclusioni siano in parte diverse*”. Así A. Invernizzi, op. cit. (2005), 194.

²⁸⁶ A. Invernizzi.- Op. cit. (2001), 69-70. Igualmente, véase la cita en el conjunto del texto del diario, confrontado con lo publicado en 1658, en la página 184 del mismo libro de A. Invernizzi. La mención de Pietro Della Valle decía así: “*Don Garzia de Silva y Figueroa, che fu in Persia ambasciator di Spagna, et era huomo dotto d’historia, diceva che Diodoro Siculo ne fa menzione come di chosa antichissima anco al suo tempo*”, refiriéndose a Persépolis, claro está.

²⁸⁷ P. della Valle.- Op. cit. (1650), 716.

²⁸⁸ Como en el caso de Pietro Della Valle, el segundo volumen de los viajes de Jean Thévenot (1663-1667), su *Suite du Voyage de Levant*, salió a la luz tras su temprana muerte, acaecida en 1667, cuando la descripción de Persia de Pietro della Valle llevaba circulando entre los eruditos más de nueve años. Sobre J. Thévenot y su libro, véase A. Invernizzi, op. cit. (2005), 284-292.

²⁸⁹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 281.

que ambas escalinatas eran anchas, como de “*treinta pies de los míos, calzados con zapatos al estilo de Persia*”, y que cada escalón tenía un pie y medio de ancho. Que éstos eran poco altos, que la escalinata se desarrollaba en dos tramos y que había contado cincuenta y tres escalones en el primero y cuarenta y ocho en el segundo²⁹⁰. Una vez sobre la enorme plataforma, della Valle dice hallarse en una gran llanura igual a una plaza, en medio de la cual vio solamente, frente a la misma escalinata, una ruina que no sabía definir, a menos que fuese una especie de pórtico que llevaba a otro espacio más interior. Delante se alzaban “*dos monstruos que tienen cuerpo de caballo ... cabeza de hombre con barba y melena largas*”²⁹¹ -pero la cabeza humana la tienen solo los colosos que miran hacia el interior-, y “*otros a guisa de grifos*”. Le asombraron por su tamaño -“*su base es larga, veintiocho pies de los míos*”-, así como las columnas del espacio interior, dos aún en pie y dos caídas.

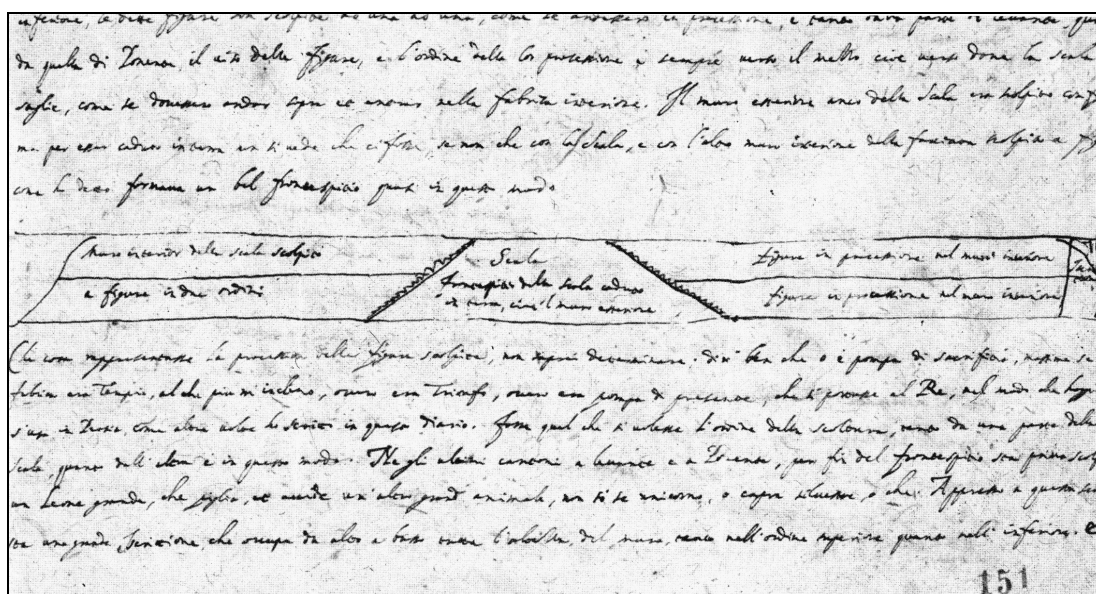


Fig. 10. Persépolis, croquis de la escalinata de la apadana, incluido en el diario de Pietro Della Valle (según A. Invernizzi, 2001, fig. 7)

Como hiciera tiempo atrás Don García, Pietro se dirigió luego hacia la derecha, al conjunto de ruinas marcadas por la concentración de columnas, que en su tiempo fueran la *apadana*. Antes reparó en un pilón próximo a la esquina sureste de la “Puerta de los países” -“*un gran vaso de mármol, cuadrado, hecho quizás para tener agua para lavarse*”²⁹²-, y luego se puso a describir la escalinata del pórtico norte de la *apadana*, “*de mármol, doble ésta también, por la que se sube desde dos lados*”²⁹³, donde señala que había esculpidas muchas figuras en procesión, mirando o marchando todas en el sentido que habrían llevado si hubieran utilizado la escalera para subir al interior del edificio, y que el relieve del parapeto central, con figuras de mayor tamaño -hoy parcialmente restaurado- se había desmoronado. Disertaba sobre qué cosa podían representar, pero que le parecía que “*o bien eran ritos de sacrificio*” -lo que sería lógico si se trata de un templo- “*o era triunfo o séquito de un rey*”²⁹⁴. En el extremo oriental del paramento mayor escribe que había una larga inscripción que “*no se sabe en qué lengua o escritura está hecha*”, ni

²⁹⁰ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 282.

²⁹¹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 283.

²⁹² P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 284.

²⁹³ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 284.

²⁹⁴ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 285.

tampoco sabría decir, prosigue, “*si esta especie de carácter se escribía de la derecha a la izquierda al modo de los orientales, o por el contrario, de la izquierda a la derecha a nuestro modo*”²⁹⁵. Y añade que copió cinco caracteres de esta inscripción, aclarando que son los que se editan a continuación -en realidad, en la cabecera de la página siguiente, en la edición de 1658²⁹⁶-: estos signos publicados harían parte de la más que justa fama de Pietro della Valle, pues serían considerados por los eruditos como las primeras copias hechas de inscripciones cuneiformes. Un detalle más, que añade algunas líneas después, me lleva a pensar que también habló de este asunto con García de Silva, aunque no le cite, pues al referirse al tipo de letra sugiere que su aspecto semeja “*figuras piramidales*”, utilizando la misma palabra que el español usara en su día y que, probablemente, habría empleado en las conversaciones mantenidas con el italiano. Lo que sorprende es que della Valle no mencione siquiera si estos signos podrían haber sido la escritura de los antiguos persas.

Después, nuestro viajero comenta los relieves que adornaban las escalinatas: destaca que algunos llevan una vestimenta muy semejante a la que “*llevan hoy en Persia las gentes de Mazanderan y los campesinos de las aldeas de Persia cerca del mar*”²⁹⁷, diferenciándose sólo en el tocado. Y describe además lo que portaban, objetos varios o animales como corderos, carneros, camellos, asnos, bueyes, etc. Cortejo tal le lleva a pensar que “*si la pompa esculpida es de un sacrificio, fácilmente también el edificio será un templo*”²⁹⁸. Viene luego su inspección de las ruinas -propriadamente dichas- de la *apadana*. Tras subir las escalinatas y pasar el espacio de lo que piensa habría sido una especie de pórtico, se accedía a un gran plano sembrado de grandes columnas “*que tres hombres, con sus brazos extendidos y cogidos de la manos, apenas si podrían abrazarlas*”²⁹⁹. La mayoría de éstas yacían caídas, y della Valle cuenta en pie sólo veinticinco, calculando que en total debieron ser cuarenta, cuyas basas aún se podían ver completas. No parece haber distinguido los pórticos situados al este y al oeste, y por eso piensa que “*a mi parecer, no son todas las columnas iguales en altura*”³⁰⁰, y que en todas, las altas y las bajas, se distinguía en lo alto un remate semejante, “*muy diferente de nuestros capiteles*”³⁰¹.

Prosigue luego la visita hacia el sur, lo mismo que tiempo atrás hiciera Don García, llegando a una concentración de ruinas -los llamados palacios de Darío, Artajerjes I, Jerjes, Artajerjes III, Palacio D y Tripylon, como vimos más arriba³⁰²-, en las que creyó ver cámaras diversas, a más de “*un espacio vacío, enlosado con mármol, a guisa de un pequeño patio*”³⁰³. Entre los distintos elementos que iba contemplando le sedujeron los relieves, en especial uno que tenía esculpida una “*figura grande de un hombre que muestra ser muy principal, y de mayor dignidad que los otros*”³⁰⁴, vestido con una traje largo hasta los pies, que llevaba en la mano derecha una especie de bastón para apoyarse o, acaso, como símbolo de su autoridad. Al lado señala la figura de otro hombre que “*mantiene en alto una gran sombrilla, sobre la cabeza del hombre principal*” -refiriéndose, quizás, a uno aún *in situ*- que, en su opinión, podía ser un rey o un sacerdote³⁰⁵. Tras referirse a otros grupos de ruinas, Pietro della Valle dejó por aquel día su visita.

²⁹⁵ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 285.

²⁹⁶ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 286.

²⁹⁷ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 287.

²⁹⁸ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 287.

²⁹⁹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 290.

³⁰⁰ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 290.

³⁰¹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 291.

³⁰² H. Koch.- Op. cit. (2001), 41-56.

³⁰³ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 291.

³⁰⁴ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 292.

³⁰⁵ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 292.

El jueves 14 de octubre, escribe que, tras conocer todo cuanto le ofrecía Cehilminar, cabalgó en torno a una legua para ver ciertas esculturas antiguas hechas al pie

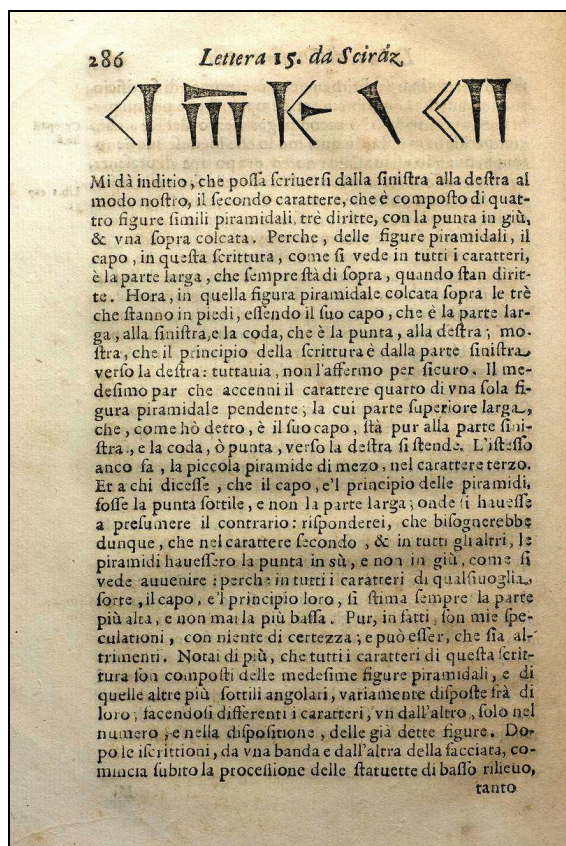


Fig. 11. Página número 286 del tercer volumen de la obra de Pietro della Valle, *La Persia. Parte Seconda* (Roma, 1658), en la que se publican los signos cuneiformes copiados en Persépolis

de los montes que circundaban la llanura³⁰⁶: se refiere, ni más ni menos, que al complejo de Naqs-i Rustam³⁰⁷, roquedales en donde se habían excavado, como hoy sabemos, las tumbas de Darío el Grande (522-486 a. C.), y se supone que las de Jerjes (486-465 a. C.), Artajerjes I (465-424 a. C.) y Darío II (425-404 a. C.), y a cuyo pie se esculpieron, siglos después, ocho grandes relieves de otros tantos monarcas sasánidas³⁰⁸; además, ante todo aquello se alzaban las ruinas de una especie de torre enigmática, que la gente llamada la Ka'ba Zardust. Si en Persépolis seguía los pasos de Silva y Figueroa, en Naqs-i Rustam, por el contrario, el italiano era pionero y el primero en proporcionar una información muy interesante³⁰⁹. Lo primero que describe son algunos relieves de tamaño gigantesco, en su opinión, como uno que representaba “un jinete a caballo, vestido con un traje largo, encrespado, con el tocado de cabeza que en Cehilminar lleva el hombre principal. En la mano izquierda empuña una maza, del estilo de las que en nuestras estatuas antiguas se dice la maza de Hércules. Con la derecha sujeta un aro redondo, que por su derecha mantiene otro caballero a caballo que está frente a él, vestido de modo similar ...”³¹⁰. Creo que aquí se refiere al que representa la investidura de Ardašir (224-240 d. C.)³¹¹, primer monarca de la dinastía sasánida, situado en el extremo más occidental del conjunto y, por tanto, el primero también que alcanzaría a ver della Valle al llegar al conjunto. Luego dice que en otro lugar estaba esculpido un nuevo caballero semejante, con la misma vestidura, apoyando su mano izquierda en el pomo de su espada, que no “es curva como la usan hoy los orientales, sino recta, a nuestro estilo”, y que su mano derecha “coge la mano de otro hombre que está en pie y que le viene al encuentro”³¹², refiriéndose con seguridad, me parece a mí, al relieve de victoria de Šapur I (240-272 d. C.), triunfador sobre los emperadores romanos Filipo el

³⁰⁶ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 293-294.

³⁰⁷ H. Koch.- Op. cit. (2001), 79-83.

³⁰⁸ H. Koch.- Op. cit. (2001), 84-86.

³⁰⁹ Si dejamos a un lado la breve mención de Giosafat Barbaro. Así, véase nota 65.

³¹⁰ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 294.

³¹¹ L. Vanden Berghe.- “La sculpture”, en B. Overlaet (coord.).- *Splendeur des Sassanides*. Musées royaux d'Art et d'Histoire, Bruxelles 1993, 71-88. Vid. 76. H. Koch.- Op. cit. (2001), 86.

³¹² P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 294.

Árabe -con quien acordó un tratado el 244- y Valeriano, al que apresó el año 260³¹³. También se refiere a otros relieves con menos detalle, hallados en distintos puntos de la pared rocosa, y de todos concluye que “no puedo comprender qué cosa representan”³¹⁴. En cualquier caso, con su descripción y cuidada atención, Pietro della Valle fue el primero en considerar el valor e interés de los relieves sasánidas de Naqs-i Rostam, cuya relación con la tradición aqueménida y el iranismo ha destacado y propuesto tan atinadamente Leo Trümpelmann³¹⁵.

Luego, el noble romano pasa a considerar las tumbas rupestres, llamando primero la atención sobre lo que estimaba dos “pedestales de forma cuadrada”, en cuya parte superior había dos huecos vacíos, de los que “podría pensarse que fueron hechos para conservar las cenizas de algún cuerpo”, refiriéndose así, según me parece, a los llamados altares de fuego que se alzan junto al Hussayn Kuh³¹⁶, en cuya pared rocosa distinguió también algunos nichos excavados³¹⁷. Por cierto, los notas dejadas sobre tales nichos suponen la primera referencia conocida al *astodan* en la literatura de viajes, y la primera consideración a cargo de un erudito, que es lo que al fin y al cabo era ya Pietro della Valle. Bien es verdad que no los interpretó, pero al menos dice que estaban “cavados en alto muchos orificios, como ventanas, algunos más pequeños, otros más grandes, cuyo interior tiene capacidad para un hombre y más; los cuales sin embargo, si no han bastado para conservar los cuerpos, no sabría decir qué cosa pudieron ser”³¹⁸, reiterando así su natural agudeza. Volviendo luego a las tumbas aqueménidas en sí, dice que en varios lugares se veían como cuadrados excavados en la roca, pero tan altos que no se podía acceder a ellos. Dice que eran como “fachadas de una edificación, esto es, con una puerta en medio, con columnas de un lado y otro que sostenían el arquitrabe, friso, cornisa y frontispicio, de bastante buena arquitectura”, con figuras talladas que él no podía distinguir bien, pero una le parecía como “un hombre que sostenía con una mano un arco por la punta”³¹⁹. No pudo subir a ninguna, pero como en Cehilminar había entrado en una de las dos abiertas en la ladera de la montaña, inmediatas a la plataforma, creía que, como apuntara Diodoro, debían haber sido tumbas reales. Igualmente, della Valle supo unir aquí su lógica, su espíritu observador y su buen conocimiento de las fuentes escritas en una conclusión que se desprende de tales observaciones: que las supuestas “fachadas” con cámaras señaladas en Naqs-i Rostam y en Cehilminar habían sido las tumbas de los reyes aqueménidas.

Y en fin, la última de sus observaciones estaría dedicada a la llamada Ka’ba Zardust, que define como una cámara cuadrada situada al pie del monte, pero en la llanura, una especie de torre levantada con piedra de mármol y cerrada por todas partes, con una sola puerta, situada en un lugar inaccesible, que “creo que hubo de ser sepultura”³²⁰. Y tras esto escribe que, dedicados dos días a ver aquellas ruinas, la noche del jueves, tras haber cenado, partieron todos camino de Šīrāz. Verdad es que su descripción de Persépolis, en mi opinión, no es mejor que la que escribiera Don García de Silva, pero también es interesante, está llena de observaciones curiosas y, además, se enriquece con su descripción de Naqs-i Rostam y sus varios monumentos. Y sobre todo, llegó a ser conocida de todos los eruditos europeos, gracias a su oportuna publicación, por lo que los libros de

³¹³ L. Vanden Berghe.- Op. cit., (1993), 83. También, H. Koch.- Op. cit. (2001), 85.

³¹⁴ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 295.

³¹⁵ L. Trümpelmann.- *Zwischen Persepolis und Firuzabad. Gräber, Paläste und Felsreliefs im alten Persien*. Verlag Philipp von Zabern, Mainz am Rhein 1991, 45-47.

³¹⁶ H. Koch.- Op. cit. (2001), 86.

³¹⁷ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 296. L. Trümpelmann.- Op. cit. (1991), 24-25.

³¹⁸ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 296.

³¹⁹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 296.

³²⁰ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 297-298.

della Valle y cuanto contienen -no sólo Persépolis-, cimentarían su papel estelar en la historia del redescubrimiento de Oriente.

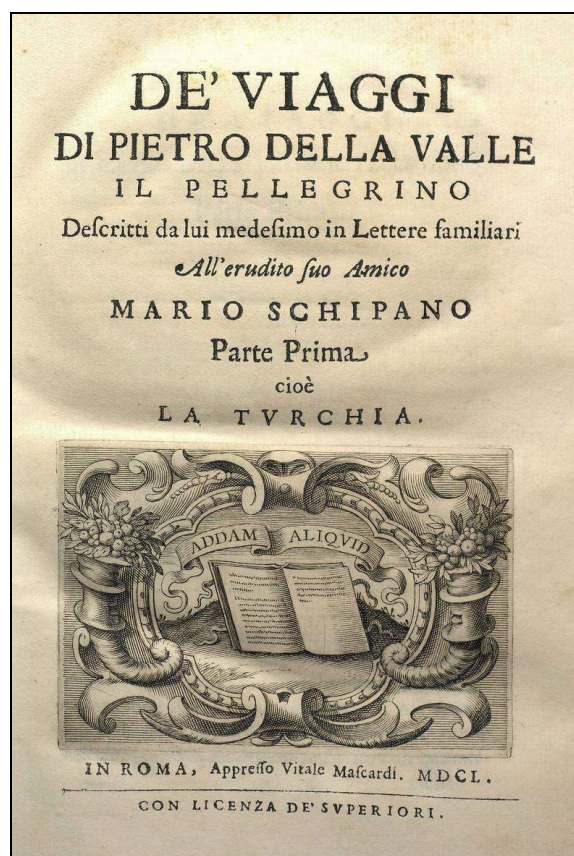
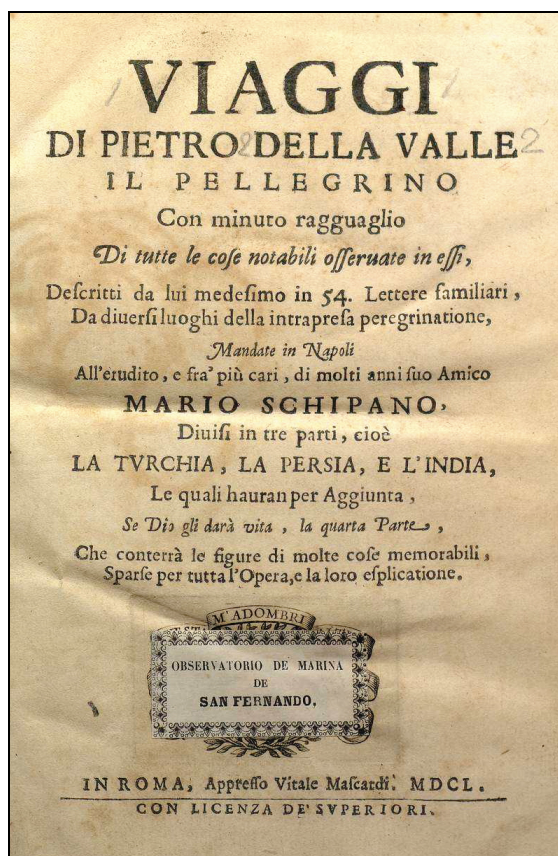


Fig. 12. Portada general de la obra, cabecera del primer volumen, y portada del mismo, dedicado a La Turchia, en la edición hecha en Roma, en 1650, utilizada en este trabajo

La visita de Pietro della Valle a Persépolis y la descripción que hizo de sus ruinas alimentaron en parte su bien ganada fama, pero, como ha señalado Antonio Invernizzi en varias ocasiones, el viajero italiano sería autor de otras aportaciones señeras en el campo de las primeras observaciones sobre ruinas y ciudades de la Antigüedad oriental. Más arriba hice breve mención de sus comentarios sobre Ctesifonte o Babilonia, nos restaría aún la primera mención al que siglos después sería conocido como el yacimiento emblemático de los sumerios: Ur³²¹. Pero la verdad es que sus libros están llenos de valiosas referencias a las distintas ruinas con las que se encontró, y en todos ellos demostró la curiosidad y la agudeza intuitiva propia de un arqueólogo en ciernes.

³²¹ P. della Valle.- *De' Viaggi di Pietro della Valle il Pellegrino. Descritti da lui medesimo in Lettere familiari All'erudito suo amico Mario Schipano. Parte Terza, cioè l'India, co' l'ritrno alla patria.* A spese di Biagio Deversin e Felice Cesaretti, In Roma MDCLXIII. Vid. 396-399. Por cierto, dos signos que aparecían en una inscripción impresa sobre un sello de piedra, según parece, le llamaron especialmente la atención por haberlos visto también en ladrillos. Aquellos signos que suponía letras eran "uno como una pirámide echada así" -y lo dibuja en línea- "y el otro como una estrella de ocho puntas de esta forma", dibujándolo también a continuación: vid. 398. Creo que por vez primera en la literatura erudita o de viajes, se hace aquí mención expresa a dos signos bien conocidos de la antigua escritura cuneiforme, el signo LÚ.GAL y el signo DINGIR. Sobre la visita a Ur véase también A. Invernizzi.- Op. cit. (2001.a), 243-248.

4.- LA FORTUNA DE LAS PERSONAS Y SUS DESCUBRIMIENTOS

Más allá de su común interés por las antiguas ruinas y la historia remota de los países que visitaban, ni el embajador español ni el noble italiano congeniaron entre sí durante el tiempo que coincidieron en la corte del *šāh* ‘Abbās. No se han dedicado demasiadas páginas a este asunto³²², en parte porque ellos mismos no se mostraron especialmente elocuentes en sus obras, pero entre lo poco escrito cabe deducir una escasa empatía. Quizás porque como Elio C. Brancaforte apunta, “*Silva Figueroa, que fuera un buen embajador y un burócrata excelente, no podía apreciar a un espíritu libre como della Valle, el extravagante aventurero*”³²³. Es obvio que, como otros aventureros semejantes, presentes en la corte safaví, Pietro della Valle aspiraba a ejercer en el *šāh* una influencia imposible, pues el monarca estaba bien informado de quiénes eran cada uno de ellos y lo que representaban. Es cierto que sus buenas relaciones con los religiosos le abrieron las puertas del secretario de ‘Abbās el Grande, pero estas mismas relaciones le hicieron caer en las prevenciones de los frailes contra el embajador, un tanto harto de las intromisiones de aquellos en su gestión, pues como escribe L. Gil Fernández, “*no congeniaba con aquellos religiosos que tenían más vocación para la intriga política que para el apostolado*”³²⁴. Así pues, aspirando uno a ganar en la corte un papel que no le competía, y deseoso el otro de conseguir una gestión directa y reservada con el *šāh* de Irán, tal y como correspondía a su alta condición de embajador del rey de España, las relaciones entre ambos no debieron ser ni numerosas ni excesivamente cordiales. Della Valle gusta señalar lo que estima impropio en la actuación del embajador, y no deja de notarse cierto regocijo cuando cuenta que, el día de la primera entrevista con el monarca, Silva hubo de esperar ante la puerta del jardín dos horas hasta que el *šāh* estuviera en condición de recibirle: “*me dicen que esperó en aquel lugar dos horas con mucha aflicción de ánimo y cuerpo; de ánimo porque le parecía extraño verse obligado a esperar en la calle, y tanto que en Europa no se vería algo igual; de cuerpo, porque debiendo sentarse en las alfombras, en el mismo suelo, durante el mayor calor del día y al descubierto, el pobre viejo debía estar sin duda con no poco trabajo*”³²⁵. Igualmente señala lo impropio que resultaba que el español urgiera entrevistas directas y reservadas, pues “*sabido que el rey debía partir presto de Qazvīn, tuvo un gran fracaso al intentar alcanzar una audiencia secreta, cosa que en Persia raramente se usa*”³²⁶, pero omite comentar la conducta del monarca, cuando era evidente que ‘Abbās quería ganar tiempo y rehuir temas candentes, como la ocupación de Bahrayn y sus pretensiones en Ormuz. Y, en fin, cuando acabadas sus gestiones y obtenido licencia del *šāh*, el embajador español dejó Isfahān el 25 de agosto de 1619, el comportamiento y los comentarios de Pietro della Valle no pudieron ser más elocuentes de sus sentimientos, pues escribe que cuando se marchó el embajador de España “*fue acompañado de mucha gente y de todos los francos que se encontraban aquí. Sólo yo no fui por la poca correspondencia que había habido en esta corte entre nosotros*”³²⁷. Un frío final para un encuentro que sin que ellos lo supieran, desde luego, a pesar de todo habría de hermanarles para siempre en la historia.

Por su parte, García de Silva estuvo lejos de mostrar cordialidad alguna con el italiano, aunque además del día de su llegada a Qazvīn, como vimos más arriba, con seguridad hubo de hablar con él en más de una ocasión. Sin duda tenía una cierta prevención, dado que en sus primeros días en la capital del norte le dijeron que el rey

³²² E. Brancaforte.- Op. cit. (2011), 395-409.

³²³ E. Brancaforte.- Op. cit. (2011), 409.

³²⁴ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 306.

³²⁵ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 327-328. Nótese que al referirse al embajador español le señala, literalmente, como “*povero vecchio*”.

³²⁶ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 345.

³²⁷ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 61.

tomaría a mal que se le abordara sobre el asunto de Ormuz, tal y como había hecho saber “*un italiano natural de Roma, llamado Pedro del Val*”. Con esta tarjeta de visita, el embajador, que venía en parte a intentar solucionar los problemas de Ormuz, no es extraño que considerara cualquier acción de Pietro como una interferencia impropia. Por eso habla sin simpatía alguna, cuando escribe que “*éste, por curiosidad y natural inclinación, como otros muchos tienen de andar vagando y peregrinando por el mundo, después de haber gastado algunos años en Constantinopla, Siria y Egipto, vino desde Aleppo a Bagdad y allí se casó con una mujer pobre, de profesión cristiana nestoriana, aunque después de llegado con ella y una su hermana a Isfahān ... se redujeron a nuestra católica y romana religión*”. Añade que, vestidos los tres a la moda persa, iban y venían por allí, sin saberse bien para qué se encontraba en la corte el noble italiano, a pesar de que “*algunas veces le hubiesen dicho que si no tenía cosa que tratar particularmente con el rey se volviese ...*”³²⁸. Y es que, como escribe E. C. Brancaforte, “*un noble romano que trataba de pasar por persa vistiendo las ropas del país, que seguía a la corte del šāh sin una buena razón aparente, era algo que no entraba en el orden general de las cosas*”,³²⁹ al menos para la mentalidad de un noble y embajador español de comienzos del siglo XVII.

El resto de las vidas y avatares de uno y otro son temas de interés absorbente, pero de imposible atención en las páginas de este estudio. Silva volvió a Goa deseoso de tornar a España cuanto antes, no sólo porque así lo ansiaba por su mucha edad, sino también por la gravedad de la situación y los nubarrones que se cernían sobre las posesiones portuguesas. A finales de octubre de 1619 llegó a Ormuz, viéndose forzado a invernar en la isla, a la espera de las naves rumbo a Goa. Tuvo entonces tiempo de verificar que la isla estaba mal defendida, que faltaban tropas y bastimentos, y que las murallas estaban lejos de ser inexpugnables³³⁰. A finales de marzo de 1620 se cansó de aguardar, concertando pasaje en un patache de Cochín, que había arribado a Ormuz y quería volver presto. Y así, tras tormentas y peligros varios en alta mar, su nave fondeó en Goa el 25 de abril de 1620. A pesar de la gravedad de la situación, de nuevo se vio allí bloqueado por la falta de cooperación y las suspicacias lusas. Como escribe Luis G. Gil, “*el embajador ardía en deseos de regresar a España*”³³¹, por lo que aprovechó una carabela portuguesa recién llegada: la oposición del gobernador le forzó a armarla a su costa, pero el 19 de diciembre de 1620 pudo zarpar rumbo a España. Sería empeño vano. El buque consiguió llegar hasta Mozambique, en enero de 1621, pero como ya era muy tarde para la navegación, se topó con fuertes vientos contrarios que no pudo superar, viéndose forzado a tornar a Goa, el 14 de marzo. De nuevo en la capital del imperio portugués de la India, Don García tuvo que permanecer casi tres años más “*sin encontrar en las autoridades portuguesas, ni el debido apoyo ni el trato que le correspondía*”³³², ni, claro está, ayuda para conseguir embarcación alguna. Durante su última y larga estancia en la ciudad, Don García sería testigo de numerosas desgracias, como la explosión del polvorín de Goa, que ocasionó “*tan horrible temblor que toda la casa parecía venirse abajo*”, a más de muerte y destrucción sin cuento³³³. Supo también de la pérdida de Ormuz, ocupada por el ejército del šāh, con ayuda inglesa, pese a la resistencia de gentes como Ruy Freire o Baltasar de Chaves entre otros. La campaña y pérdida de Ormuz fue todo un episodio trágico y complejo³³⁴ que Don García narró en lo que pudo informarse³³⁵: significaba un desastre sin paliativos. A finales de aquel año 1622, buques ingleses y holandeses bloquearon impunemente el puerto de

³²⁸ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1905), 121.

³²⁹ E. C. Brancaforte.- Op. cit. (2011), 409.

³³⁰ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1905), 467-473.

³³¹ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 351.

³³² L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 354.

³³³ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1905), 560-564.

³³⁴ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 423-462.

³³⁵ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1905), Silva 567-585.

Goa, retirándose sólo a últimos de febrero de 1623³³⁶. Pasó el embajador el resto del año en la India, hasta que el 28 de enero de 1624 pudo embarcarse al fin rumbo a Lisboa. No había de llegar. En alta mar siguió escribiendo las anotaciones de su ya enorme manuscrito: la última, el 28 de abril de 1624. En una copia de aquel, que también se conserva, se incluyó una nota en la que puede leerse que Don García murió el “*22 de julio de 1624, a las ocho horas de la noche, del mal de Loanda, en 35° norte, ciento diez leguas de las islas de Flores y Cuervo. Echaron su cuerpo a la mar, en un cajón cargado de piedras*”³³⁷. Habían doblado ya el Cabo de Buena Esperanza, pero la muerte le impidió culminar su misión ante el rey y volver a su añorada patria. Luis Gil ha rescatado el recuerdo que le tributaría uno de los miembros de la embajada, en una relación que hizo llegar después al monarca, lamentando que la muerte de “*tan grato, prudente y valeroso señor*” le hubiera privado a él de su amparo, y al rey de España y Portugal de los avisos necesarios para salvar aquel rincón del imperio³³⁸.

Por su parte, el viaje de vuelta a Europa de Pietro della Valle tendría mayor éxito, aunque el noble italiano perdiera en el camino lo que más quería. Tras haber seguido al rey en su campaña contra los turcos, enfermo y aquejado de fiebres, cuando éste licenció al ejército y se marchó al descanso de Fārāhabad, él decidió buscar “*la comodidad de Isfahān por su enfermedad, que se había agravado mucho*”³³⁹. El martes 20 de noviembre de 1618 dejó Qazvīn. Pronto llegó a la ciudad más brillante del Irán safaví, donde habría de quedarse hasta finales de 1621, bien acogido por las comunidades religiosas, donde gozaba de muchos amigos, y entre la comunidad europea y persa y, naturalmente, entre las diferentes confesiones cristianas. Pero sus pretensiones políticas y de ganar influencia en la corte estaban por completo fuera de la realidad y, junto a diferentes problemas relacionados con su entorno familiar, tampoco tuvo éxito en sus planes relacionados con la comunidad caldea. Así que, sobre todo por causa de su salud, que no acababa de reponerse, “*con licencia del rey de Persia para volverme a mi país*”, el viernes 1 de octubre de 1621 abandonó Isfahān³⁴⁰, con la idea de llegar a Bandar ‘Abbās y embarcarse rumbo a Goa, primero, y Europa después. Las guerras que estaban entonces teniendo los persas con los portugueses le dejaron bloqueado en las inmediaciones y, estando en Mīnāb, cerca de su objetivo, su esposa Ma’anī, que estaba embarazada y que con él esperaba ilusionada su primer hijo, cayó enferma, el pequeño nació muerto y su esposa empeoró luego hasta morir. El relato de su enfermedad³⁴¹ y muerte constituye uno de los fragmentos más emocionantes de los escritos por su pluma. Descansaba Ma’anī en una cama alta, mientras él, por no separarse de su lado ni un momento, pasaba el día con ella y, a la noche, dormía en el suelo, sobre una alfombra pegada al lecho de su esposa. Todavía hoy, sus recuerdos de los postreros momentos llegan a hacer un nudo en la garganta del lector, cuando escribe que la última noche, “*no sintiéndose cómoda en su lecho, dado que la inquietaba una angustia mortal, quiso echarse en el suelo y acostose sobre la alfombra, junto a mi, al lado de mi corazón, acaso porque quiso mostrarme con este extremo un mayor signo de amor, viniendo a morir a mi lado*” ... “*las últimas palabras que me dijo fueron advertirme que perdía la voz*”. Pero murió dulcemente, pues recuerda que lo hizo sin sufrimiento “*ni señal de agonía, con un breve y ligerísimo suspiro, estrechándome la mano y con los ojos*

³³⁶ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1905), Silva 594-603.

³³⁷ G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903). La publicó M. Serrano Sanz en su introducción a la edición primera del libro de Don García. Así, véase XVII, nota 1.

³³⁸ L. Gil Fernández.- Op. cit. (2009), 357.

³³⁹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Prima (1658), 453.

³⁴⁰ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 266.

³⁴¹ P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658). Todo cuanto aconteció en su enfermedad y muerte, así como el embalsamamiento del cuerpo de su esposa, está recogido en la “Lettera 16. da i Giardini di Sciraz. De’27. di Luglio 1622”, 304-440, especialmente en 347-354.

vueltos a mi, me sonrió con su boca y entregó el alma a Dios”³⁴². Desolado, como no quería dejar allí sepultado el cuerpo, sino llevarlo de vuelta consigo y enterrarlo “en tierra de cristianos, en sagrado”, resolvió no continuar camino, sino embalsamarlo y esconderlo, hasta que, suponiendo las gentes del país que había sido enterrado, pudiera él proseguir viaje de vuelta. Aquella decisión haría mucho más difícil su retorno, pero había de conseguirlo. Por el momento volvió a caer enfermo, se recuperó poco a poco en Šīrāz, y en enero de 1623 se pudo embarcar por fin en un barco inglés, rumbo a Goa. La parte tercera de su obra narra justamente su estancia en la India y su viaje de vuelta a Italia³⁴³. La primera carta fechada en Goa es de 27 de abril de 1623 y dice que, tras haber vestido a la siria y a la persa durante tantos años, había cambiado finalmente su traje oriental por el europeo. En Goa residiría aún bastante tiempo, bloqueado por los mismos problemas que Don García: la falta de buques y la guerra en el mar. Realizó un par de viajes por los alrededores, conociendo otras regiones de la India, hasta que por fin, a fines del año 1624, “determinado a volver a la patria no por la vía de Portugal, sino por la de Bassora, y de allí por tierra a Aleppo, que me parece ser mejor y más corta”, consiguió embarcarse rumbo a Mascate, desde donde escribiría una de sus cartas fechada el 19 de enero de 1625³⁴⁴. En mayo de 1625 volvía a hacerlo desde la ciudad de Basra-Bassora, y el 5 de agosto escribía ya desde Aleppo. El 29 de agosto de aquel año cargaba su equipaje en la nave atracada en Alejandreta “con los otros vestidos, y con estos la caja con el cuerpo de Sitti Ma’anī escondido dentro”³⁴⁵. Luego, tras feliz navegación que fue siguiendo por Chipre, Malta, Siracusa y Messina, después de desembarcar en Nápoles y alojarse en casa de su amigo Mario Schipano, rodeado del afecto y la admiración de cuantos le esperaban, la noche del 28 de marzo de 1626 entraba en Roma. Más de doce años de su vida quedaban atrás para siempre. Comenzaba entonces el camino de la gloria.



Fig. 13. Portadas de los volúmenes segundo, La Persia. Parte Prima (Roma, 1658), tercero, La Persia. Parte seconda (Roma, 1658) y cuarto, L’India, c’ol ritorno alla patria (Roma, 1663), de las ediciones usadas en este estudio.

³⁴² P. della Valle.- Op. cit., Parte Seconda (1658), 349-350.

³⁴³ P. della Valle.- Op. Cit., Parte Terza (1663).

³⁴⁴ P. della Valle.- Op. Cit., Parte Terza (1663), “Lettera 9. di Mascat. De’ 19. gennaio 1625”, 334-353. Vid. 334.

³⁴⁵ P. della Valle.- Op. Cit., Parte Terza (1663), 437.

Verdad es que nuestros dos viajeros sufrieron trabajos sin cuento a lo largo de sus empresas, pero al menos uno sobrevivió, y eso decidió quién había de portar la corona de la fama, bien merecida por ambos. En 1628, Pietro della Valle publicó un informe sobre el rey ‘Abbās³⁴⁶, pero volcado en sus aficiones y sus gestiones en beneficio de los cristianos orientales, hasta 1650 no sacaría en Roma el primer volumen de su viaje, que le hizo célebre, seguido en la misma ciudad por los dos tomos del segundo en 1658 y el tercero en 1663, volúmenes éstos que no pudo llegar a ver, desgraciadamente, al morir en su ciudad natal el año 1652. Pero sus obras, convertidas en un acontecimiento cultural, pronto fueron traducidas al holandés³⁴⁷ y, en 1673-1674, al francés³⁴⁸. Desde entonces y hasta hoy, las traducciones y las ediciones se fueron multiplicando aquí allá. Por eso, durante mucho tiempo y hasta hace bien poco, Pietro della Valle quedaría como el más temprano redescubridor de Persépolis, de la escritura cuneiforme en cuanto tal y de tantas cosas en las que, ciertamente, fue feliz y pionero descubridor. Pero faltaba una corrección justa: el recuerdo de quien le había antecedido en algunos de estos hallazgos. Porque si la fortuna le fue amistosa al italiano, al español se le mostró amarga. Su muerte sobrevenida en 1624, en

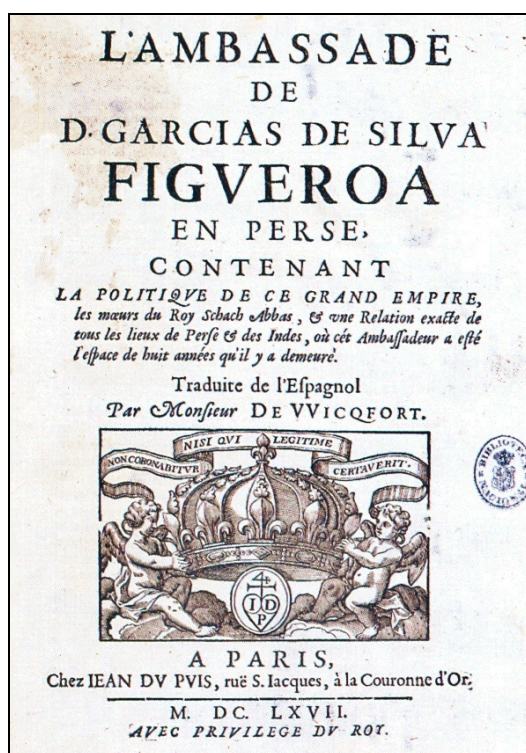


Fig. 14. Portada de la edición francesa de los Comentarios, de García de Silva, realizada por Wicfort en 1667 (en J. M^a Córdoba, M^a C. Pérez Díe, eds.- Op. cit., 2006, 191, fig. 31)

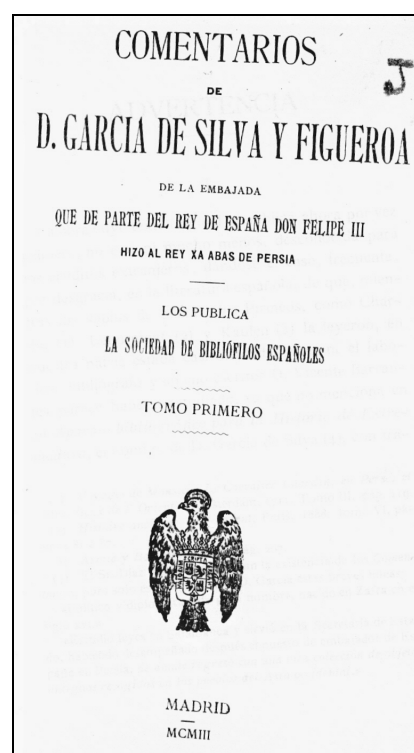


Fig. 15. Portada del primer volumen de la edición española de García de Silva, hecha por M. Serrano Sanz en 1903

el curso de su viaje de vuelta a España, arrumbó sus papeles en el olvido, dado que la frescura y el interés de una simple relación, una breve carta en latín, dirigida al Marqués de Bédmar y publicada en Amberes en 1620³⁴⁹, no era sino una feliz pero corta noticia de su

³⁴⁶ P. della Valle.- *Delle conditioni di Abbàs Rè di Persia*. Nella Stamperia di Francesco Baba, Venetia 1628.

³⁴⁷ *De Volkome Beschrijving der voortreffelijcke Reizen van der Deurluchtige Reiziger Pietro della Valle, Edelman va Romem*. Abraham Wolfgang, Amsterdam 1664-1666.

³⁴⁸ P. della Valle.- *Les fameux Voyages de Pietro Della Valle*. Chez Gervais Clovzier, à Paris 1673, 1674.

³⁴⁹ L. Gil.- “La Epistola de rebus Persarum de don García de Silva y Figueroa”, en R. M. Loureiro y V. Rosende (coord.).- Op. cit. (2011), 61-83.

aventura, que ni siquiera dejaba colegir lo mucho que su autor llevaba ya escrito: un buen montón de pliegos de lo que podría haber sido en su tiempo, un libro excepcional. La incompleta y no bien documentada traducción francesa de M. de Wicqfort, aparecida en París en 1667³⁵⁰, no le haría justicia, sin contar que el libro se ofreció a la curiosidad de lectores y eruditos cuando ya las obras de Della Valle agrandaban su fama. Por eso, la primacía que en derecho le corresponde por sus descubrimientos en Persépolis quedó relegada, lo mismo que los muchos detalles interesantes y la amenísima descripción del Irán safaví o la India portuguesa. Hasta comienzos del siglo XX no comenzaría su recuperación, cuando M. Serrano y Sanz publicara con esmero, y en dos excelentes volúmenes, el manuscrito original conservado en Madrid. Felizmente, la figura de Don García no ha cesado de crecer desde aquel instante.

5.- EPÍLOGO

Hoy, al fin, siglos después de aquellos hechos, la vida y la obra de ambos viajeros forman parte ya de la historia de la ciencia en Oriente. A uno y a otro se le reconocen tanto sus grandes aportaciones como la belleza y el interés de sus obras, merecedoras de estudios profundos y publicaciones magníficas. Pero de cada uno quedan, además, recuerdos humanos y entrañables que suelen pasar desapercibidos. De García de Silva, cuyo cuerpo fuera confiado a las olas del Océano Atlántico, no se conserva capilla, monumento ni cenotafio alguno. Sin hijos que guardaran su memoria, su testamento hológrafo, firmado en Goa, legaba todos sus bienes a los hermanos de la cofradía de la Caridad de la ciudad de Zafra³⁵¹, en cuyo convento de San Benito, la capilla del Santo Cristo sería dotada por él con buenos ducados para su embellecimiento, “*por ser capilla que fundaron sus antecesores*”³⁵². Pero nada, claro está, se conservaría luego en su memoria. Sin embargo, tras los muros de la Biblioteca Nacional española, situada en una plaza acosada por el agobiante tráfico madrileño, en el silencio de los anaqueles protegidos, se guarda un grueso y delicado manuscrito del siglo XVII, catalogado con la sigla Mss 18217. Es de mano de Don García, lleno de correcciones introducidas por él en los muchos tiempos muertos que su inacabable viaje por mar, la India y Persia le concediera para ello. Su letra, que cambiaría sutilmente con los años, es emocionante testimonio del envejecimiento de uno de nuestros mejores caballeros que, como decía al principio, compartía con el héroe de Cervantes su valeroso ánimo y su sentido del honor. Lo mismo que su par en el viaje, el pundonor y la historia, el noble romano Pietro della Valle. En lo alto de la antigua colina del Capitolio, ceñida a su pie por el acelerado tráfico de las calles de Roma, se alza la basílica medieval de Santa María in Ara Coeli. Quizás las empinadas escalinatas inauguradas por el tribuno Cola di Rienzi desanimen a los apresurados turistas. Por eso es fácil entrar en la inmensa nave y hallarla solitaria, suavemente iluminada al atardecer, por la luz que filtran los ventanales altos de la nave central. A la izquierda, en medio de las capillas dedicadas al recuerdo de nobles familias romanas, se abre la que dotara la familia de los della Valle. Quizás pocos lo sepan, pero es momento de recordar aquí que entre sus miembros duerme el sueño eterno una joven cristiana asiria nestoriana, nacida en Mardin y educada en Bagdad, llamada Ma’anī Jowayrī. Porque los restos de la esposa bienamada de Pietro della Valle, aquella gentil amazona que valerosa cabalgara junto al aventurero italiano por las llanuras de Iraq y las montañas y valles de Irán, descansan aquí, en el

³⁵⁰ *L’Ambassade de D. Garcias de Silva Figueroa en Perse*. À Paris, Chez Jean du Puis, M.DC.LXVII.

³⁵¹ L. Gil Fernández (ed.).- Op. cit. (1989), 175-176: Op. cit. (2011), 56. Decía Don García en su testamento, “*en la capilla y entierro de mis padres y hermanos que está en el Convento de San Francisco de la dicha villa de Zafra a la paret derecha de la capilla mayor*”.

³⁵² Así lo cuenta Fray José de Santa Cruz en su historia de dicho convento, según nota de Manuel Serrano Sanz.- Así, G. de Silva y Figueroa.- Op. cit. (1903), XVII, nota 1.

corazón de Roma. Y es que, como vimos más atrás, cuando ella murió, inesperadamente, en pleno viaje de vuelta a Italia, Pietro no fue capaz de dejar tras sí el cuerpo de quien tanto le había amado, y a quien tanto había amado él. Por eso lo embalsamó y oculto lo llevó consigo el resto de su larga epopeya por el mar, la India y Mesopotamia, hasta que pudo entregarlo en la paz de los suyos, en la capilla familiar del Campidoglio³⁵³. Allí esperaba Ma'anī el reencuentro de ambos esposos en la muerte, cuando tras el fallecimiento de Pietro el 25 de abril de 1652, recibiera sepultura a su lado en la tranquila penumbra de la iglesia romana. Ante la verja que cierra la capilla, se me antoja hoy que tan noble caballero dio también así testimonio de honor y sentimientos elevados, los mismos que le habían animado y de los que tanto él, como Don García de Silva y Figueroa, dieron tan cumplida prueba en su titánica y gran aventura por el redescubrimiento de Irán.

³⁵³ Al final de su obra, en la "Lettera 18. da Roma. Del primo di Agosto 1626", escribe Pietro Della Valle que, antes de meter el cuerpo de su esposa en la caja de plomo que había mandado hacer, quiso ver sus restos por última vez. Luego la selló y colocó encima un epitafio que decía: MAANI GIODERIDIAE / HEROINAE PRAESTANTISSIMAE / PETRI DE VALLE PERINI UXORIS / MORTALES EXVVIAE. Y con sus mismas manos, como dice, la sepultó a la derecha del altar, a mano izquierda entrando en la capilla de su familia. Así P. della Valle.- Op. Cit., Parte Terza (1663), 505-506.